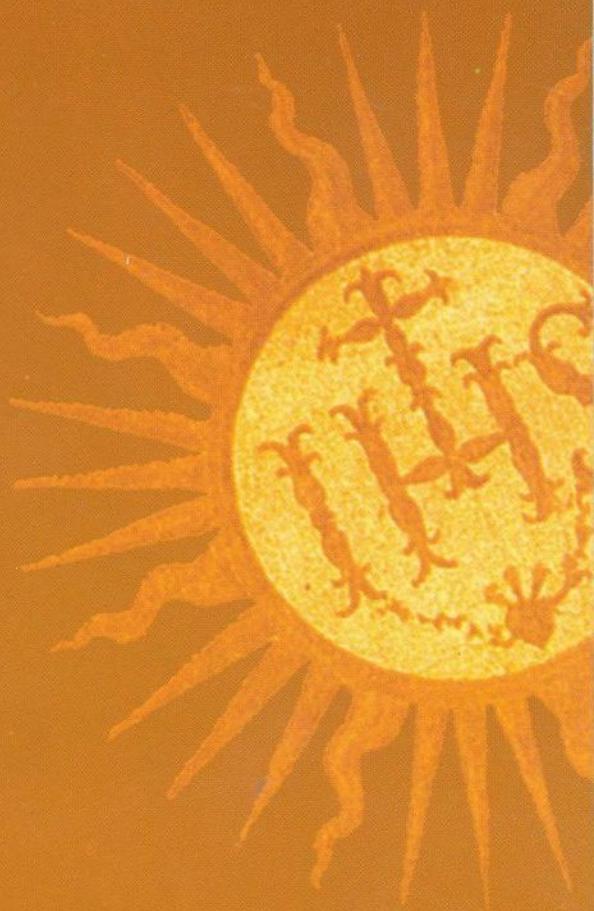


cuadernos **ignacianos** 4

El laico ignaciano



El Laico Ignaciano

Serie Cuadernos Ignacianos *4*



AUSJAL
Universidad Católica Andrés Bello
Caracas, 2002

Compañía de Jesús
El Laico Ignaciano
Universidad Católica Andrés Bello
Montalbán. Caracas (1020)
Apartado 20.332

Diseño y Producción: Publicaciones UCAB
Diagramación: Reyna T. Contreras M.
Corrección: Javier Duplá

©Universidad Católica Andrés Bello
Primera Edición, año 2002
Hecho de Depósito de Ley



Reservado todos los derechos
No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información,
ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado
- electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.- sin el permiso previo de los
titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Índice general

Presentación

Javier Duplá, s.j. 5

La espiritualidad ignaciana es laical. Apuntes sobre “Ignacianidad”

Carlos Rafael Cabarrús, s.j. 9

Glosas sobre el documento “Colaboración con los laicos en la misión” de la Conferencia de Provinciales de América Latina

Javier Duplá, s.j. 35

Para una espiritualidad ignaciana al “modo laical”

Juan Miguel Zaldúa, s.j. 53

Notas sobre la participación del laico en el Colegio San Ignacio

Germán Castillo Pinto 77

Seguir a Jesús hoy: Apuntes para una espiritualidad del educador cristiano

Antonio Pérez Esclarín 115

Consejo Editorial y de Arbitraje

Director

F. Javier Duplá, S. J.

Editor

Emilio Píriz Pérez

Arturo Peraza, S. J.

Edgar Contreras

Jannabell Hernández

Myriam López de Valdivieso

Presentación

Javier Duplá s.j.

El número 4 de CUADERNOS IGNACIANOS está dedicado al laico ignaciano, es decir, a los hombres y mujeres que quieren ser seguidores de Jesucristo desde el carisma y la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. Se trata de un tema que va cobrando cada vez mayor importancia dentro de la Compañía de Jesús, posiblemente como una forma doméstica de actualizar y hacer real el regalo del Espíritu a la Iglesia universal en el Concilio Vaticano II (1962-65). En efecto, la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* dedica todo un capítulo a la autocomprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios, compuesto por todos los que en el bautismo reciben la vocación primaria a ser hijos de Dios y hermanos entre sí por medio de Jesucristo. De ahí se derivan muchas consecuencias teológicas y prácticas acerca de lo que significa ser cristiano y vivir como cristiano. Ignacio de Loyola recibió como laico el regalo de la conversión, que le hizo poner toda su vida al servicio de Jesucristo; como laico concibió y escribió lo fundamental de los Ejercicios Espirituales, comenzó a hablar de Dios y hacer el bien y reunió a sus primeros compañeros. Dieciséis años transcurrieron entre su conversión y su ordenación como sacerdote y dos años más hasta que fue aprobada la Compañía de Jesús por Paulo III.

De ahí que esté plenamente justificado el título de la contribución de Carlos Rafael Cabarrús s.j. a este número de CUADERNOS: “La espiritualidad ignaciana es laical”. Agradecemos al P. Cabarrús que nos haya permitido publicar su magnífico trabajo, aparecido antes en la revista *Diakonía*. Hace en él un recorrido del itinerario espiritual de Ignacio de Loyola y pone en los Ejercicios Espirituales “la cuna de la ignacianidad”, es decir, de esa espiritualidad tan rica que transforma

al ser humano desde sus raíces más profundas y le entusiasma con el servicio divino. Los rasgos del espíritu ignaciano los condensa Cabarrús en “ser compañero(a), sentirse apasionado(a) por la misión, buscar la mayor gloria de Dios, poder convivir con la paradoja, tener una experiencia de oración muy concreta, caminar superando etapas, y vivir en espíritu de discernimiento”. La explicación de cada uno de estos rasgos servirá para enriquecer el espíritu del lector de este artículo.

Cabarrús resume las exigencias prácticas de la ignacianidad o espíritu ignaciano en tres: experiencia, compromiso y formación. Experiencia de los Ejercicios de San Ignacio, compromiso con la transformación del mundo y formación intelectual constante para mejor servir. Al final de su artículo presenta el autor algunos requisitos y señales o modos de detectar la vivencia de la ignacianidad.

La contribución del autor de estas líneas a este número de CUADERNOS consiste en un comentario parcial del documento “Colaboración con los laicos en la misión”, de la Conferencia de Provinciales de América Latina. En él se presenta los aportes sobre el tema de los laicos en los documentos oficiales de la Iglesia, al menos los más significativos en los últimos 40 años, así como en los documentos de la Compañía de Jesús. También se presenta a modo de ejemplo un cuadro resumen de algunos apostolados de jesuitas y laicos en la formación del laicado venezolano durante este curso 2001-2, no sólo en lo referente a la espiritualidad, sino también en otros campos de la formación humana.

La contribución de Juan Miguel Zaldúa s.j., enriquecida con los aportes de Edgar Contreras y Suzan de Matteo, que fue presentada en el Congreso de la CLACIES en Buenos Aires, nos habla de un Ignacio enteramente dedicado a la formación espiritual de jesuitas y laicos, tanto personalmente como sobre todo por carta. Expresa lo que para San Ignacio significa la vida seglar cristiana. El seglar – y por cierto también el jesuita – rehacen en su itinerario los rasgos principales de la vida de Jesús: impulso hacia la novedad, conciencia de su filiación divina, necesidad de discernir y vivir eligiendo, conciencia de enviado (sentido de misión). “Esto plantea una serie de desafíos y posibilidades, que encuentran en la espiritualidad ignaciana orientación y respuesta”.

Esos desafíos son los de vivir en el mundo sin ser del mundo, sin adoptar sus objetivos, criterios y sensibilidad. ¿Cómo realizarse como cristiano en el mundo de hoy sin tener que negarlo ni huir de él? ¿Cómo pasar de una fe de creencias a una fe de experiencia de Dios? ¿Cómo crecer y madurar sin desniveles entre los distintos aspectos de la vida real: ámbito personal, familiar, profesional, laboral y social? Por último, el trabajo aborda el tema de la vivencia cristiana junto con los demás, en comunidad, frente a la tradicional tendencia individualista tan arraigada. La comunidad por excelencia es la Iglesia y de ahí que el “sentir con la Iglesia” sea uno de los rasgos más recurrentes de la espiritualidad de San Ignacio.

Dos contribuciones se presentan también en este número de CUADERNOS desde la experiencia de una vida dedicada al servicio de los demás: la de Germán Castillo Pinto, que este año cumple sesenta años de haber entrado como niño en contacto con los jesuitas, y la de Antonio Pérez Esclarín, prolífico y reconocido escritor sobre temas educativos, que ha dedicado toda su vida a Fe y Alegría, residiendo en Maracaibo y proyectando su timbrada voz y sus vibrantes convicciones por toda la geografía venezolana y por no pocos lugares americanos y españoles.

Germán Castillo Pinto ha pasado por todas las escalas de incorporación a una obra jesuítica, en este caso el Colegio San Ignacio de Caracas: alumno, profesor, coordinador, director. En su trabajo nos presenta su recorrido vital, íntimamente vinculado a la historia del Colegio San Ignacio, donde ingresa como alumno en 1942. La primera parte del artículo es relevante para la historia de las relaciones entre el Estado venezolano y la iglesia en el siglo XIX y comienzos del XX. Rememora a los jesuitas de su niñez y adolescencia, su calidad humana, su cercanía a los alumnos. Presenta la colaboración que como laicos jóvenes hacían los alumnos egresados del colegio a las iniciativas apostólicas de entonces, en ambientes políticamente adversos. Ofrece un recorrido de las instituciones colegiales o surgidas a su vera, que han querido hacer realidad los postulados sociales de la Compañía de Jesús. Germán Castillo ha estado ligado largo tiempo a otras dos obras de la Compañía de Jesús en Venezuela: la Universidad Católica Andrés Bello y el Centro de Reflexión y Planificación Educativa. Nos cuenta, pues, su andadura en esas instituciones y su contribución a ellas. En resumen, toda la vida colaborando como laico con espíritu ignaciano a la extensión del Reino de Dios.

Antonio Pérez Esclarín contribuye con un artículo vibrante, dirigido al educador, que denuncia a una sociedad egoísta, comodona e insolidaria, a la que sólo se puede transformar desde la vivencia radical del seguimiento de Jesús. Se trata de un artículo testimonial que hará mucho bien a quien lo lea, porque está escrito desde el corazón y la experiencia. Termina con una apelación a los educadores a que hagan realidad en su vida la parábola del buen samaritano (Lc. 10, 25-37).

La espiritualidad ignaciana es laical

Apuntes sobre “Ignacianidad”¹

Carlos Rafael Cabarrús, SJ

Cada vez más, gracias a Dios, nos encontramos explícito el fenómeno de personas –mujeres y hombres, casadas y solteras– que vibran con lo Ignaciano. Nos las podemos encontrar en instituciones de la Compañía de Jesús o fuera de ellas. Gente que se ha acercado de alguna manera a los jesuitas, a las religiosas que viven esta espiritualidad, o a quienes viven de algún modo lo Ignaciano, y experimentan una cierta sintonía con el *modo de proceder* de los jesuitas. A todas estas personas les dedico estas líneas que quieren favorecer el poner más en evidencia un carisma legítimo que está por tomar aún más cuerpo dentro del mundo laical².

Es mi deseo que estas páginas³ puedan significar a la vivencia de la espiritualidad ignaciana por personas laicas, algo similar a lo que significó para los

¹ El P. Arrupe, en una Alocución que dirigió a los participantes del Simposio sobre Segunda Enseñanza (13 de septiembre de 1980) empleó esta palabra cuando decía: “*la educación que reciban nuestros alumnos les dotará de cierta ignacianidad, si me permitís el término*”. Hoy quiero recuperar esta formulación del P. Arrupe para hablar de espiritualidad ignaciana laical.

² Quiero agradecer a los laicos y laicas ignacianos(as) que de alguna manera, con sus inquietudes vitales, me retaron a escribir estas páginas. También a aquellas personas laicas y jesuitas que leyeron y aportaron a ellas antes de su publicación, y especialmente a Esther Lucía Awad Aubad, sin quien este artículo no tendría la fluidez, el orden y la hondura que ahora tiene.

³ Este artículo recoge la presentación hecha a laicos y laicas en Fortaleza, Brasil, en junio de 1999, y en las CVX en Guadalajara, México, en noviembre del mismo año.

jesuitas, a principios de la década del 80, el documento del padre Arrupe *“El modo nuestro de proceder”*⁴. En aquel entonces (después de la crisis de los años 70) no estaba muy clara la identidad del jesuita en nuestros tiempos... El padre Arrupe revivió las fuentes, redescubrió el discernimiento y, en general, revitalizó nuestra identidad. Algo semejante está pasando ahora con la espiritualidad laical desde lo ignaciano, y es una urgencia trabajar por hacerla más diáfana, y sobre todo más cercana a un mayor número de mujeres y hombres que puedan encontrar en ella un *“modo de proceder”* en el mundo.

Sé que estas páginas sólo podrán ser plenamente comprendidas por aquellas personas que han hecho el *“itinerario de la ignacianidad”*⁵: especialmente la experiencia de los Ejercicios Espirituales⁶, y la experiencia de estar comprometido(a) con la tarea del Reino. A los laicos(as)⁷ que han hecho este itinerario, les ayudarán a comprender mejor los rasgos de la espiritualidad que ya han experimentado. A los jesuitas y religiosas formadas en esta espiritualidad, les darán pistas para saber detectar y potenciar esas señales de ignacianidad en las personas que los rodean. Sin embargo, también quiero que sean una invitación a

⁴ ARRUPE, Pedro. *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*. Santander, Sal Terrae, 1981. 696 pág.

⁵ Tal como lo planteamos en el final de este artículo: conocimiento personal profundo como punto de partida; experiencia de trabajo comprometido y/o convivencia con los más necesitados, experiencia de grupo, y de oración; formación en discernimiento; algo de conocimiento de la vida de Ignacio, y vivencia de los Ejercicios Espirituales como experiencia fundante. Cfr. Última parte de este artículo.

⁶ Para quienes se inician en el tema: los Ejercicios espirituales, son experiencias de oración (de 8 o 10 días generalmente, y de 30 días conforme a como lo escribió San Ignacio), en clima de desierto –apartado del medio en el que se vive y en silencio–. Es una experiencia que siempre debe ser acompañada por alguien que da los temas para la oración y con quien se confronta cada día lo que va aconteciendo en ella. Tienen en sí mismos una secuencia: una entrada ubicadora –el Principio y fundamento–, luego la experiencia de la misericordia, sentirse pecador(a) perdonado(a) e invitado(a) por ello mismo a construir el Reino –Meditación del Reino–. La mejor manera de construirlo es el seguimiento de Jesús –contemplación de la encarnación, nacimiento, vida oculta, y la vida pública, meditación de dos banderas (la de Jesús o contra Jesús), meditación de “binarios” –tipos de gente– (evaluación a la voluntad de seguir a Jesús), consideración de tres maneras de humildad (evaluación de la fuerza del afecto con que se sigue a Jesús). Este seguimiento entraña la experiencia pascual: la cruz y la resurrección. Terminan con el broche de la *“contemplación para alcanzar amor”*.

⁷ Se entiende por laico(a) –al igual que en la época de Ignacio–, a aquellas personas que no pertenecen al clero, ni a ninguna orden religiosa.

dejarse afectar, para aquellas personas que apenas empiezan a acercarse a esta espiritualidad..., quizá muchas ideas y conceptos no los alcancen a desentrañar todavía; tal vez les sea difícil comprender toda la significación de la experiencia de los Ejercicios; pero, sin duda alguna, será posible que se dejen impresionar e interpelar por los rasgos que caracterizan la ignacianidad, y que posiblemente han visto vivir a otros(as) y se han sentido atraídos(as) por ellos.

El laico Ignacio de Loyola

Lo primero que quiero resaltar, es el carácter de laico de Ignacio de Loyola cuando experimentó todas aquellas vivencias que luego plasmó en los Ejercicios Espirituales, y finalmente marcaron el modo en la Compañía de Jesús. Ignacio de Loyola era laico cuando inició su proceso de conversión en Loyola y empieza a reconocer la existencia de diversos espíritus. Era laico cuando vivió la intensa experiencia de Manresa⁸. Era laico cuando experimentó y escribió los Ejercicios Espirituales. Era laico cuando empezó a tener junto a él compañeros a los que les fue dando los Ejercicios, y así les fue comunicando un modo específico de ser.

La espiritualidad Ignaciana, *la ignacianidad*, nace pues como un carisma⁹ laical, descubierto por un laico y con una metodología –los Ejercicios– que fueron concebidos desde esta perspectiva. Sólo pasados muchos años y muchas experiencias, los compañeros deciden constituir la Compañía de Jesús, en donde se plasma la espiritualidad Ignaciana cuando ésta se hace congregación religiosa. Pero el origen del carisma Ignaciano es laical: en Manresa, en 1522, vivió Ignacio la experiencia espiritual más fuerte (la misma que luego plasma como “método” en los Ejercicios espirituales), y sólo hasta 1534, en Montmartre (París), hace votos religiosos; es decir, durante más de diez años vivió su espiritualidad como laico. La Compañía de Jesús da un modelo de cómo se hace cuerpo un carisma, pero no

⁸ Pueblo al cual se desvió Ignacio cuando se dirigía hacia Barcelona en el inicio de su peregrinación a Jerusalén, después de haber velado sus armas ante la Virgen de Monserrate. En esta población junto al río Cardoner, una gruta de poca profundidad sirvió a Ignacio para sus prácticas de oración y penitencia.

⁹ Carisma es la manera de captar y vivir el Evangelio de Jesús. La genialidad de Ignacio es que su carisma, su modo de captar a Jesús, lo hizo *método* (en los ejercicios), y por eso *lo puede difundir*. Esta también es la causa por la cual este carisma sólo puede comprenderse en profundidad después de haber hecho la experiencia de los Ejercicios.

lo agota, por principio. El carisma Ignaciano puede ser vivido –y es vivido– en personas y en instituciones no jesuitas, con pleno derecho¹⁰.

Estas afirmaciones, toman fuerza, si miramos detenidamente la historia de Ignacio. La fuente de la *espiritualidad Ignaciana* se dio en la experiencia de Manresa, justo después de su conversión, y esta experiencia la vivió él como un laico. Como laico Ignacio escribió los Ejercicios después de haber sido una experiencia vivida en él. El peregrino penitente –laico– que llega a Manresa, sale convertido en un peregrino apóstol –laico–. Esos once meses son de los más decisivos en la vida de Ignacio y en su obra: durante esa estadía es cuando tiene una de las experiencias místicas que más marcarán a Ignacio: *la del Cardoner*¹¹. Allí, como él mismo lo expresa:

Se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas (...) y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el curso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes” (Autobiografía, 30)¹².

Luego, una vez que se ha persuadido Ignacio de que no puede vivir y morir en Tierra Santa, como era su hondo deseo desde su convalecencia, comienza

¹⁰ Ignacio mismo lo veía así: en 1543 obtiene la bula de Paulo III para erigir la compañía de Santa Marta, para las pecadoras arrepentidas; y en 1546 crea el monasterio de Santa Catarina della Rosa, dirigido por laicos y dedicado a educar jovencitas en peligro de caer en la prostitución, y aunque la bula de aprobación aparece después de su muerte, es una obra tomada muy en serio por sus compañeros. Cfr. RAVIER, André. *Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús*. Obra Nacional de la buena prensa, México, 1991. 567 págs.

¹¹ Iba hacia la Iglesia de San Pablo, caminando junto al río Cardoner –en las inmediaciones de Manresa– y se sentó a descansar mirando la profundidad del agua.

¹² Las referencias a la Autobiografía, el Diario Espiritual, y las Constituciones, están tomadas de las Obras completas de Ignacio de Loyola, BAC. Madrid, 1982.

—porque experimenta que lo necesita para poder fundamentar y contagiar su experiencia— la formación intelectual. Allí su vocación laical, la típica suya, comienza a manifestar un elemento importante: búsqueda de compañeros a quienes les va dando los Ejercicios y les va comunicando un modo de ser. Pedro Fabro, uno de sus primeros compañeros, en 1540 es el fundador y animador de uno de estos grupos llamado “congregación del Nombre de Jesús”. El objetivo de esta agrupación era la renovación de la vida espiritual de los seculares, el apostolado de enseñar la doctrina cristiana, asistir a los pobres vagabundos y acompañar a los ajusticiados en la hora de la muerte¹³.

Sin embargo, la Compañía de Jesús, por muchas razones históricas, prácticamente se ha adueñado de toda la espiritualidad Ignaciana, de toda la *ignacianidad*. A pesar de que desde muy temprano había instituido las Congregaciones Marianas (agrupaciones estudiantiles que emanaban de la experiencia de los Ejercicios, en donde se unían virtud, ciencia y servicio) seguía siendo el carisma algo de pertenencia exclusiva de los jesuitas. De algún modo lo compartían con los laicos en estas Congregaciones, pero que no eran considerados, finalmente, como auténticamente ignacianos. Por otra parte, también desde el mismo inicio de la Compañía, hubo una atracción de aplicar el carisma a institutos religiosos femeninos¹⁴, y aunque existieron algunos fundados según este carisma, fueron respaldados por algún jesuita en particular, pero no aprobados por la Compañía de Jesús como tal. Es decir, de cierto modo, “robaban” el carisma Ignaciano, pero no les era legítimamente compartido.

Una de las grandes aplicaciones de esta espiritualidad Ignaciana hecha por los jesuitas para la vivencia del carisma desde los laicos(as), a lo que llamamos *ignacianidad*, fue la *ratio studiorum*¹⁵. Como es bien conocido, con las primeras Reglas del Colegio Romano se fue elaborando el documento que culminó en esa

¹³ Cfr. BAZAN, Jesús María. “Integración y Solidaridad, el camino ignaciano para seculares”. Manresa, Vol. 61, Julio-septiembre 1989, pág. 214

¹⁴ Esta vía siempre fue bloqueada por el mismo Ignacio. Al igual que con el coro, Ignacio lo rechazó para facilitar el trabajo y la disponibilidad a la Misión. La razón aducida fue el impedir que los jesuitas estuviesen dedicados a atender a las religiosas con las que habría alguna semejanza carismática, disminuyendo así la disponibilidad para la misión, generado por mala experiencia con las primeras “jesuitas”.

¹⁵ Plan de estudios que señalaba cómo debía ser la estructura académica en todos los colegios jesuitas.

estructura de los estudios promulgada en enero de 1599. La *ratio* fue la guía del sistema educativo de la Compañía por doscientos años¹⁶. Esto, en principio, debió ser siempre fuente de *ignacianidad*, en muchos de nuestros estudiantes. Es decir, siguiendo la estructura de estudios propuesta por la *ratio*, se haría de quienes estudiaban en nuestros colegios, personas ignacianas, ya que con dicho plan de estudios se les transmitiría el carisma ignaciano

El desconocimiento de este documento de la *ratio studiorum*, el anquilosamiento del modelo, la imposibilidad de un sistema unificado de educación para todos los colegios de la Compañía en el mundo, el avance de la ciencia -que no quedaba asumido en él- y la inquietud de si la educación ofrecida en los colegios de la Compañía cumplía la finalidad apostólica de la misma, lleva primero al olvido de este documento, y luego a una nueva formulación sobre lo que es la espiritualidad ignaciana y la educación de la Compañía¹⁷. Posteriormente, estas mismas inquietudes, y la necesidad de hacer más práctico el modo de aplicar la *ignacianidad* a la educación, hacen que se elabore el Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI): una experiencia educativa formulada desde el mismo esquema de los Ejercicios Espirituales¹⁸.

A pesar de esto, mirándolo sólo desde esta perspectiva, queda reducida la *ignacianidad* al ámbito educativo, y por tanto a las personas que se encuentran en este campo, o a una herramienta pedagógica¹⁹; más que a un modo de vida, a una manera de situarse en el mundo, que es lo que tendría que ser.

¹⁶ Cfr, VASQUEZ, Carlos. "La espiritualidad ignaciana en la educación jesuítica", En: *Ignacianidad*, Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, 1991. pág. 195.

ACHAERANDIO, Luis. Características de la Universidad inspirada por el Carisma propio de la Compañía de Jesús, Universidad Rafael Landívar URL, Guatemala, 1994.

¹⁷ Cfr. *Características de la educación de la Compañía de Jesús*, CONED, Madrid, 1986

¹⁸ El PPI se plantea en cinco pasos fundamentales: contexto, experiencia, reflexión, acción, y evaluación. Cada uno de estos pasos es extractado de la dinámica misma de los Ejercicios, y aplicados a la educación. Ignacio, antes de comenzar a dar los Ejercicios, deseaba conocer la capacidad y predisposición de la persona -contexto-; hacia énfasis en que se debe "*gustar las cosas internamente*", conocer por el sentir-experiencia-; lleva al discernimiento, a la clarificación con el entendimiento -reflexión-; genera el *compromiso* "*el amor se debe poner más en las obras que en las palabras*" (EE 230) -acción-; y finalmente el examinar de Ignacio, cuyo objetivo fundamental es buscar el *magis* -evaluación- como medio para irse constituyendo "persona para los demás". Cfr. *Pedagogía Ignaciana, un planteamiento práctico*.

¹⁹ Con el agravante de que, en muchas ocasiones, los educadores lo aplican sólo como una técnica pedagógica, ya que no brota de su propia vivencia, pues no han hecho la experiencia

Los ejercicios espirituales²⁰, la cuna de la “Ignacianidad”

Lo básico de la espiritualidad ignaciana es *experimentar*, sentir, hacer, padecer, gozar... Es la experiencia que se vive principalmente en los Ejercicios Espirituales (EE), pero también –aunque dimana de los Ejercicios– se puede vivir por sintonía y porque se tiene el carisma.

En los Ejercicios, “experimentar” es fundamental, determinante. Tres verbos ejes son cruciales en el camino de experimentar en los Ejercicios: “*sentir*” –dejar que mi sensibilidad vibre de la misma manera que vibra la de Jesús–, “*hacer*” –hacer con y como Jesús, en el horizonte de que venga el Reino– y “*padecer*” –consecuencia lógica de pretender el Reino a la manera de Jesús, frente al poder de este mundo que lo ahoga²¹... y sólo se entienden desde la construcción del Reino²², como veremos más adelante.

Para hacer posible este experimentar, Ignacio –gran conocedor de la persona–, aprovecha mecanismos psicológicos que posibilitan la experiencia. Por ejemplo, capta el papel de la culpa sana como resorte para vivir la experiencia de la conversión, emplea el mecanismo de la emulación para disponer al compromiso con el Reino desde el seguimiento de Jesús, utiliza la sensibilidad, la inmersión total de la persona en la contemplación y la aplicación de sentidos –ver, oír, gustar...– para posibilitar el conocimiento de Jesús que lleva al seguimiento, “...*conocimiento interno del Señor... para que más le ame y le siga*” (EE 104), etc.

De todo lo anterior se concluye que esta triple experiencia –sentir, hacer y padecer–, pretendida en la metodología de los EE, constituirá la matriz para formar lo “Ignaciano” en alguien. Eso que estamos llamando “*ignacianidad*”.

Se inicia esta experiencia con el Principio y Fundamento. El objetivo de esta parte de los EE es, ciertamente, ganar la libertad, ganar la “indiferencia”: *...por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas...* (EE 23). Indiferencia

de los Ejercicios, y por tanto, aunque sigan la metodología, no contagian la ignacianidad, ni alcanzan los frutos deseados.

²⁰ Ver nota 6.

²¹ Cfr. RAMBLA, José María “Hacer y Padecer” en Manresa, Op. Cit. Pág. 195-208

²² El Reino es el proyecto de Dios Padre y Madre para con la humanidad. Implica justicia, igualdad, dignidad, ecología. Empieza en este mundo y termina en el seno de Dios.

entendida como libertad frente a todo, especialmente frente a las grandes sombras de la vida: la muerte, la enfermedad, el dinero, el poder... Esta libertad se convertirá en experiencia fundante y generadora de una serie de actitudes. Ignacio en unas reglas para los jesuitas –poco conocidas²³– estipulaba lo siguiente en torno a la libertad:

Conserva la libertad en cualquier lugar, y ante cualquiera, sin tener en cuenta a nadie; sino siempre ten libertad de espíritu ante lo que tienes delante; y no la pierdas por impedimento alguno: nunca falles en esto.

Por tanto, el que ha captado el carisma ignaciano será la persona libre que no hipoteca su libertad a ningún precio. Gran signo de este nuevo Principio y fundamento es “*sentir*” la libertad. Obviamente que esta experiencia no va sola. Tiene otras realidades que la complejizan.

Luego, la experiencia de *primera semana* es la del(a) pecador(a) perdonado(a). Acá lo que se tiene que vivenciar es cómo ha estado entorpecido nuestro “hacer”; es captar que, por causa de nuestro pecado²⁴, “se hace” llevar a la muerte a Jesús... Esta experiencia es la que posibilita el diálogo propuesto por Ignacio: “¿*Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo?*” (EE 53). Aquí nos encontramos con que el *sentir se convierte en un hacer, en una tarea*. Es decir, la experiencia fundamental de la primera semana es la del(a) pecador(a) perdonado(a) a quien el perdón se le convierte en misión, pues no es *a pesar de ser pecadores*, sino *precisamente por ello* (1 Co 1, 25 ss) por lo que se nos invita a seguir a Jesús, para ser puestos(as) con Él²⁵ en la tarea de construir el Reino.

²³ Son poco conocidas unas reglas presentadas en el volumen XII de las cartas de Ignacio, en el Apéndice 6, pág. 678-679. Son siete reglas que describen actitudes que pueden traducirse en normas concretas de comportamiento. Podríamos definir las como el gran “presupuesto” de todo jesuita si quiere ser instrumento válido para la misión. Debemos este descubrimiento al P. Chércoles. Presentamos la 5ª de estas reglas.

²⁴ La insolidaridad hecha a los hombres y por ella hecha a Dios, es la raíz fundamental del pecado que ahoga también lo más profundo a lo que se es llamado.

²⁵ “Ser puestos con el Hijo” es la petición fundamental que propone Ignacio que se haga al Padre. Él tuvo esta experiencia de ser “puesto con el Hijo”, en *la Storta, una capilla* ubicada 11 kms. antes de Roma.

La experiencia de ser pecador(a) perdonado(a), es la que matiza y empuja todos los rasgos de la espiritualidad Ignaciana, como lo veremos más adelante. A la manera como nos invita Ignacio a experimentarlo, ser pecador(a) “abierto(a) a Dios” no aleja, sino que acerca a Dios –contra toda la expectativa religiosa habitual–

A continuación se tiene la experiencia de la contemplación²⁶ del Reino que nos introduce de lleno a una modalidad del *hacer*. Es hacerlo todo *al modo* de Jesús. Y es *hacer también nosotros el Reino*. Un hacer que es también “dejarse hacer”, dejarse afectar –ser puesto, ser elegido–, dejar actuar a *la*²⁷ Espíritu (la gracia). Con esto se inicia la *segunda semana*.

Después, la contemplación de la Encarnación nos va a hacer “sentir” lo que experimenta la Trinidad, “viendo” con ella, para luego percatarnos de la extrema solidaridad suya al formular la frase de “*hagamos redención del género humano*” (EE 107). La contemplación nos invita a ello también. La contemplación de toda la vida oculta es un camino para aprender a *sentir y proceder al modo de Jesús*. El método de la contemplación nos invita a tener sus mismos sentimientos y su mismo modo de proceder.

Nos encontramos luego con la llamada jornada ignaciana - (Banderas, Binarios, Tres Maneras de Humildad). Esta nos hace experimentar la comprensión más profunda de los deseos y su dinamismo. Primero, a desear por lo menos desear. Esto sería el nivel de Principio y Fundamento. Luego, de una forma más simple –quizás en el ofrecimiento del Reino– deseando de todo corazón, con “determinación deliberada”. Para, en seguida, aprender que la clave está en desear *ser puestos(as) con el Hijo*. Experimentar este deseo nos dispone a la vivencia de la pasión –*tercera semana*–.

Experimentar la pasión, es la invitación por excelencia a la solidaridad como consecuencia del amor. Se nos invita a hacer y padecer: “*qué debo yo hacer y padecer por*

²⁶ La contemplación y la meditación son dos tipos de oración propuestos por Ignacio para conocer a la persona de Jesús y dejarse configurar por Él. La meditación invita a acercarse al texto, empleando fundamentalmente la racionalidad, la voluntad y la memoria; la contemplación, invita a hacerlo más desde la sensibilidad, desde lo intuitivo. Esta sensibilidad se acentúa en “la aplicación de sentidos” -otro modo de orar contemplativamente-: ver, oír, gustar, *como si presente me hallase* (EE 114).

él” (EE 197). Finalmente, la resurrección –*cuarta semana*– es experimentar la esperanza y la alegría de la nueva vida de Jesús: “... *queriéndome afectar y alegrar de tanto gozo y alegría de Cristo nuestro Señor*” (EE 221). Es aprender a “hacer esperanza” en nosotros y en los demás, sabiendo también que es gracia a pedir.

Culminan los Ejercicios con la contemplación para alcanzar amor, que es la gran síntesis de todo. Es experimentar que es el amor lo que debe regir, y también, que el amor se expresa concretándolo en acciones. Esta contemplación deja la clave de la relación con Dios: *de amante a amado, de amado a amante* (EE 231).

En síntesis, siguiendo la experiencia de los EE, podemos afirmar que el ignaciano, la ignaciana, es alguien que se ha formado en una escuela fundamental que le abre al *sentir profundo*, al *hacer como tarea recibida*, como *don*, y a ser capaz de padecer por ese Jesús encontrado en el sufrimiento de la humanidad (EE 195), para vivenciar también su gloria en el contexto del Reino. Es esta vivencia lo que animó a los primeros compañeros de Ignacio a buscar otros compañeros y hacer organizaciones (congregaciones) en donde lo del servicio a los necesitados se hacía crucial desde lo que se había vivido del encuentro en Ejercicios²⁸.

Ahora bien, la experiencia de los Ejercicios debe estar acompañada de una experiencia retante en lo humano, en lo histórico. Muchas veces los Ejercicios pierden su mordiente, precisamente porque no son acompañados o precedidos de un haber compartido, por lo menos por espacios serios y significativos, con el dolor de la humanidad, con la injusticia y con el querer devolverle el rostro humano al mundo²⁹. No obstante, esta experiencia de contacto serio con el dolor del mundo –sobre todo para los(as) laicos(as)– no está determinada únicamente por un tiempo largo de contacto con el sufrimiento de las mayorías, sino por un

²⁷ Llamamos “la” Espíritu, porque en hebreo *Ruah -espíritu-* es palabra femenina, y es lo femenino lo que mejor da cuenta de su actividad. Cfr. CABARRÚS, Carlos Rafael. *La mesa del banquete del Reino: criterio fundamental del discernimiento*. 2ª ed. DDB, Bilbao, 1999. Pág. 163.

²⁸ Para comprender los Ejercicios como un instrumento de obrar la justicia, véase la ponencia presentada en Bruselas: CABARRÚS, Carlos Rafael, “*Les Exercices spirituels: un instrument pour travailler à la promotion de la justice*”. En: *La pratique des exercices spirituels d’Ignace de Loyola*. IET. Bruxelles, 1991. Pág. 123 s. Esto aparece también, como introducción del libro “Puestos con el Hijo”. ICE, Guatemala, 1998.

²⁹ Cfr. CABARRÚS, Carlos Rafael. “*Por qué no nos cambian los Ejercicios*”. En: ALEMANY, Carlos y GARCIA MONGE, José A. *Psicología y Ejercicios Ignacianos*. 2 volúmenes. Mensajero-Sal Terrae. 2ª edición, 1996. Pág. 277.

encuentro significativo –por los efectos internos que ella produce– con esa realidad; un encuentro que puede partir de un acontecimiento inesperado o traumático (como la bala de cañón para Ignacio), una experiencia casual pero marcante, un diálogo profundo con alguien que ha compartido de cerca esa realidad, los medios de comunicación, o algo similar.

En definitiva, una persona que ha hecho la experiencia de los Ejercicios y tiene experiencia de haber compartido de cerca con las mayorías necesitadas, podrá tener seguramente, en su modo de ser y actuar, los rasgos de la espiritualidad ignaciana.

Los rasgos característicos de la ignacianidad

La persona ignaciana, quien viva la *ignacianidad*, va a manifestar unos rasgos típicos que también se deben encontrar en los jesuitas, pero que no se agota de ninguna manera en ellos. Estos rasgos son: *ser compañero(a)*, *sentirse apasionado(a) por la misión*, *buscar la mayor gloria de Dios*, *poder convivir con la paradoja*, *tener una experiencia de oración muy concreta*, *caminar superando etapas*, y *vivir en espíritu de discernimiento*.

1. Ser compañero(a) de Jesús

De ordinario se ha identificado la palabra “compañía” con algo guerrero o de armas (es una interpretación tardía en castellano y no pretendida en Ignacio), sin embargo, hay una acepción quizás calcada de las lenguas germánicas en la que *compañero* –y por ende *compañía*– tiene que ver con el hecho de compartir el mismo pan³⁰. *Compañero* es “quien come el pan con otro”³¹. Por esa razón quizás, al buscar el nombre para los incipientes jesuitas, cayó como anillo al dedo lo de *Compañía de Jesús*, que por lo menos en las lenguas romances podía mantener esa connotación tan rica.

Por eso también Ignacio –laico– busca amigos y comparte con ellos los dineros y la comida, en las universidades en que estudió, dándoles los Ejercicios y convidando a la solidaridad con los más necesitados..., él hacía muchas diligencias,

³⁰ Cfr. DELGADO, Feliciano. “*Compañía de Jesús. Análisis filológico del término*”, En Manresa, op. cit. pág. 249-256.

³¹ En hebreo, amigo “reha”, es aquel con quien se comparte el alimento.

desde el mismo comienzo, para “remediar a los pobres” (Autobiografía nº 57). De ahí también se entiende por qué Ignacio sale siempre en búsqueda de compañeros y compañeras con los(as) cuales podía compartir todas esas experiencias. En este sentido es interesante considerar cómo la amistad -como expresión y extensión de la relación con Jesús- no llevó al laico Ignacio a tratar solamente con los hombres. Su relación con múltiples mujeres fue siempre muy manifiesta, muy rica y perdurable³². La personalidad de Ignacio, y su sensibilidad y capacidad para el acompañamiento espiritual, fueron influidas seguramente por su relación amplia y cercana con las mujeres³³.

Este contexto de compartir el pan está también escenificado en el Reino: “*por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc. asimismo ha de trabajar conmigo*” (EE 93). Desde allí se está modelando al ignaciano(a), como “compañero, compañera” de Jesús.

Para quien es ignaciano(a), Jesús es central porque así lo ha experimentado en Ejercicios. No sólo lo conoce sino que ha llegado –por gracia– a sentir como Jesús para actuar como Él, ha sido llevado a encarnarse con su sensibilidad. Por esto, el centro de la vida es el Señor, al que se le experimenta amigo y *compañero*, porque en el coloquio de la oración ha aprendido a hablar con el Señor: “*como un amigo habla a otro amigo*” (EE 54). Toda la experiencia de la segunda semana está transida de este enamorarse de Jesús hasta las últimas consecuencias (3ª Semana) y de ponerse en su compañía: es el “*conmigo*” que borda las escenas del Reino.

La experiencia de ser pecador(a) perdonado(a), le da un matiz específico a este rasgo: es pecador(a) y, sin embargo, es llamado(a) a ser compañero(a). Tal vez es lo más profundo de esto, que precisamente por eso de ser pecador(a) perdonado(a) es llamado(a) a “compartir el pan”, justamente porque primero, con su pecado, de alguna manera, traicionó. Esta es también la nueva comprensión de lo que es ser jesuita y, por transposición, de lo que es ser persona Ignaciana: “pecador perdonado, llamado a ser compañero de Jesús” (CG XXXII, 2)³⁴.

³² RAHNER, Hugo. *Ignace de Loyola et les femmes de son temps*. 2 vol. Colección Christus. DDB, 1964.

³³ THIÓ, Santiago. *Ignacio, Padre espiritual de mujeres*. En: Manresa, Vol. 66, nº 261, 1994. Pág. 424.

³⁴ *Congregación General XXXII*, decreto 2,1. Congregación General es la máxima autoridad de los jesuitas: es donde se elige, por ejemplo, al General que es de por vida, y donde se discuten los temas de mayor importancia para la Compañía. En su historia únicamente ha habido 34.

En Ejercicios, la persona ignaciana aprende a descubrir a Jesús en su Palabra, en la Eucaristía y también en los necesitados: “cómo padece Cristo en la humanidad” (EE 195). La contemplación de Emaús (Lc 24, 13ss) favorece esta múltiple presencia: Jesús como compañero de camino, solidario con el desánimo, desentraña su presencia en las Escrituras y comparte el pan con ellos, manifestándoseles en el símbolo eucarístico.

Esta experiencia hace que el(a) ignaciano(a) fomente la compañía de la persona de Jesús, pero también generando compañía entre los demás. La espiritualidad laical ignaciana es, *posee*, como algo esencial, el rasgo del compañerismo: del compartir el pan, de compartirse por los demás: de volverse nutrición para otros y otras. La persona ignaciana de ninguna manera puede ser una personalidad aislada, de alguna forma tiene que tener experiencia de vida con otros por medio de las CVX (comunidades de vida cristiana), los voluntariados jesuitas, o algún otro tipo de pertenencia. En este aspecto, la Congregación General XXXIV propone como una de las líneas de búsqueda para los próximos años, el modo de operacionalizar y concretar esta vinculación de los(as) laicos(as) al cuerpo de la Compañía³⁵.

2. El rasgo de la pasión por la misión

En la Compañía, en la Parte VII de nuestras Constituciones³⁶, el criterio de que “*el bien cuanto más universal es más divino*” (Const. 622) se vuelve criterio de elección de las tareas apostólicas. Pero esto está inscrito ya en la invitación del Reino: “*mi voluntad es conquistar toda la tierra de infieles*” (EE 93); “*mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos*” (EE 95). Ante esta invitación hay varias posibles respuestas. El ignaciano, la ignaciana, estarán entre “*los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio*”, entre quienes “*harán oblaciones de mayor estima y mayor momento*” (EE 97), es decir, de más entrega y de mayor trascendencia.

³⁵Cfr. Congregación General XXXIV, decreto sobre los laicos. En este decreto, especialmente del numeral 21 al 25, presenta la Congregación el reto que esto representa para la Compañía, y la urgencia de buscar modos de vinculación jurídica de laicos y laicas que vivan la espiritualidad ignaciana, y sientan el llamado de una proyección apostólica, Pág. 300-302

³⁶Las Constituciones (Const.) son la regla fundamental de los jesuitas. Constan de diez partes. De alguna manera manifiestan el proceso de incorporación del candidato que quiere ser jesuita: todo el proceso de formación hasta que llegue a hacer parte del cuerpo -grupo de compañeros unidos para la misión-, lo que constituye a ese cuerpo -los votos, la misión- y el modo de gobernarse.

El laico(a) ignaciano(a) se ha dejado forjar en la invitación del Reino. Ahí las grandes hazañas propuestas por ese Compañero que es Jesús, seducen por sí mismas. La meditación del Reino prepara uno de los rasgos más distintivos de la persona ignaciana: “*encargarse de los demás*”, encargarse de las obras que solucionen los problemas de lo que ahora llamaríamos “mayorías”. Lo que ahora significamos como *pasión por el Reino*. Quien vive la *ignacianidad*, capta el bien de las mayorías como preocupación entrañable, a pesar de tener otras inquietudes y trabajos.

Un principio claro en las Constituciones es hacer obras que atiendan a las personas en su totalidad –bienes espirituales y corporales– (Const. 623). Pero todo nace de la pasión por llevar adelante la misión. Se tiene que ir a la parte del mundo “*que tiene más necesidad*” (Const. 622) y allí realizar obras “*más durables y que siempre han de aprovechar*” (Ibid). En las Constituciones este rasgo se traduce en otro principio apostólico: la vicariedad, hacer lo que otros todavía no pueden (Const. 623) –o no quieren hacer... se agrega aquí–. La fundación del Colegio Romano fue para la Compañía una plasmación de esta inquietud: formación de los sacerdotes que en ese momento carecían de Seminarios instituidos. Toda la actividad concretizada en “fundar colegios” llevó la misma idea: generar instituciones que fueran cambiando y formando personas que incidieran en cambiar el mundo.

La persona ignaciana se apasiona por llevar adelante el Reino, y por ello se dedica a realizar obras, no sólo porque sean buenas, sino porque tocan el corazón de la historia, haciendo allí actividades que la reestructuren y se institucionalizan porque cobran fuerza en sí mismas. Obras, por tanto, que modifiquen el modo como está constituido el mundo, para que acontezca el Reino.

La pasión por la misión, es también un rasgo marcado de manera especial por la experiencia de ser *pecador(a) perdonado(a)*: el perdón hace que se experimente que se estaba sin vida y ahora se tiene vida... Esto despierta la pasión por la misión, pues se constata que la gran tarea que se tiene afuera, en el mundo, en el Reino, no es imposible porque ya se está viviendo por dentro, en la propia vida, en la realidad personal.

A nivel personal, el laico Ignaciano, la laica Ignaciana –a ejemplo de Ignacio, laico– trata de llevar de una manera muy estructurada, hasta la experiencia de los EE y a una profunda conversión, a cada una de las personas que se le presentan en

su vida. Es lo que Ignacio llamó “la conversación espiritual”, y es lo que hoy denominamos acompañamiento espiritual”.

3. Persona de la mayor gloria de Dios

Otro rasgo de la persona ignaciana, que emana del anterior es lo de la *mayor gloria de Dios*. Eso sí, entendida la *gloria a Dios* al modo de Ireneo: “Gloria Dei vivens Homo” –*¡que la persona tenga vida!*–. Quien tiene ese carisma ignaciano no busca el modo bueno, sino el mejor, el que más toque, el que más cambie, el que haga que todas las personas tengan vida, y vida abundante.

Para ello quien vive la *ignacianidad* es alguien “excelente” en algún campo. No es que se quiera clasificar a la gente, pero debe haber una excelencia en la persona, con el criterio más adecuado para cada quien. En los ambientes de la Compañía y en los que la han rodeado, se hizo siempre mucho énfasis en la excelencia académica y en el comportamiento ético intachable; excelencia que no se mide ni sigue parámetros humanos, sino que se adquiere al sentirse atraído por un *Deus semper maior* –Dios siempre mayor–. Es lo que se denominó “virtud y ciencia”. Pero obviamente *la excelencia fundamental es el excedente de humanidad*: lo que supera la norma, lo que va más allá de lo lícito, lo razonable... se muestra en una actitud hacia los demás que se acerca a la incondicionalidad en la acogida. Esto lo veía ya Ignacio, aun para el nombramiento del General de la Compañía, donde se decía que, si faltaban otras cualidades humanas no faltara “*la bondad mucha (...) y buen juicio, acompañado de buenas letras*” (Const. 735).

Es decir, que los(as) laicos(as) ignaciano(as), salidos de la contemplación del Reino, manifestarán una espiritualidad de tipo ético y no tanto cultural. Les interesa encargarse “de lo de Dios” a la manera de Mt 25, en el Juicio de las Naciones: las obras de justicia solidaria son la evaluación fundamental de la acción humana. Esto conlleva la preocupación correlativa de que el nombre de Dios se reivindique, quede bien inscrito en la historia. Y ello como quehacer que atrae y seduce primordialmente. Esto envuelve la desfeticización de las falsas imágenes de Dios y la oferta vivencial –*a todos y de la mejor manera*– del Dios que Jesús nos manifiesta. Esto vuelve a implicar lo del Reino, sus personas y la misma naturaleza. Lo de Dios para el ignaciano, ignaciana, está transido de la contemplación para Alcanzar Amor, en donde todo habla de ese Dios que se entrega en todas las cosas y al que no queda sino devolverle todo, comprometerse por Él, de la misma manera que hace “el amado con el amante” (EE 231).

Por esto, el laico, la laica ignaciana, tiene que estar –física y/o moralmente, con algún vínculo orgánico– en una obra “de punta” que de alguna manera incida para hacer las cosas de otro modo, para servir mejor a más personas, estructuralmente. La persona ignaciana no puede ser del común, aunque esté en el común; es decir, tiene que distinguirse porque realmente vive la búsqueda de la excelencia, del magis, de la mayor gloria de Dios, con todo lo paradójico que esto entraña.

4. Una espiritualidad de paradojas

La persona ignaciana tiene que vivir desde el comienzo de paradojas. Vivir la paradoja que implica siempre el seguimiento de Jesús (Dios-hombre), pero aquí tomado como carisma, como modo de ser habitual. A esto invita Ignacio desde la contemplación de la Encarnación donde, por una parte nos hace ver “*cómo las tres personas divinas miraban toda la planicia o redondez de todo el mundo*”; nos hace contemplar “*la su eternidad*” de esas tres personas (EE 102), pero en un segundo momento nos hace verificar “*particularmente la casa y aposentos de nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea*” (EE 103). Esta paradoja se resalta también en la insistencia de Ignacio de que Dios se comunica directamente con quien hace los Ejercicios (EE 15), y sin embargo se presupone que debe recibirlos de otra persona, y confrontar con ella lo que acontece en su encuentro con Dios³⁷. Es decir, la persona ignaciana tiene que ser capaz de ponerse desde Dios en toda su apertura infinita, y de poder estar al mismo tiempo frente a una persona concreta con sus necesidades más específicas y particulares.

Pero a esto se educa el ignaciano, la ignaciana, cuando aprende que tiene que poner todo de su parte para la oración, siendo muy fiel a las “adiciones”³⁸ (EE 73), persuadiéndose después en la práctica “*que sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio de Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad*” (EE 330).

Quien va a vivir la *ignacianidad*, va a aprender en la escuela de la oración la frase que define el modo de Ignacio de “*non coercej; maximo, contineri tamen a*

³⁷CODINA, Víctor. *La paradoja Ignaciana*. En: Manresa, Vol. 61, 1991. Pág. 277

³⁸Recomendaciones que hace Ignacio para que, quien está haciendo Ejercicios, se disponga mejor para la experiencia y colabore a la acción de Dios. Tienen que ver con la preparación de la oración, y el ambiente físico y psicológico propicio para ella.

*minimo, divinum est*³⁹, que puede traducirse como “no amedrentarse ante lo más grande, y sin embargo encajar en lo más pequeño, eso suena a Dios”. También allí aprenderá a “hacer todas las cosas como si dependen de nosotros sabiendo que en definitiva dependen de Dios”. ¡Dos movimientos paradójicos significativos! Uno dispone a la aparente contradicción de no conocer límites para enfrentar lo más grande, y sin embargo poder estar apaciblemente ajustado en lo más pequeño⁴⁰. El otro hace referencia a poner toda la confianza en el Señor –a tal punto que no haya la más mínima intimidación ante el emprendimiento de ninguna tarea– y a la vez poner todos los medios humanos para su consecución, consciente siempre de la propia limitación personal⁴¹.

Esta espiritualidad de paradoja se expresará en poder ser contemplativos en la acción, en realizar las cosas espirituales desde la “*pasiva actividad*”. Nunca pidiendo en directo estar en la bandera de Jesús, sino suplicando “ser puestos” con el Hijo. “*Sólo si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y recibir*” (EE 147). Es vivir la tarea en suma eficacia, pero siempre como un regalo no merecido. Es estar a solas la *criatura con su Creador*, pero en discernimiento con *las reglas de sentir con la Iglesia* (EE 352 ss), a solas pero siempre acompañado(a) por una persona testigo de la obra de Dios...

En este rasgo, nuevamente, la experiencia de ser *pecador(a) perdonado(a)* le da un matiz específico: es el gran resorte de la continua conversión. Captar esto es requisito para hacer los Ejercicios y por tanto para vivir la *ignacianidad*. Es captar la esencia misma del Evangelio en el que al(a) *pecador(a)* es a quien más se ama... Es

³⁹Gaston Fessard, sj., en “*La Dialectique des Exercices Spirituels de Saint Ignace de Loyola*”, insertó al final del tomo 1 un plegable con el “*Elogio Sepulcral S. Ignatii*” que contiene dicha máxima. En el mismo tomo plantea que es atribuida por Halderlin a un jesuita anónimo que compuso dicho Elogio Sepulcral de San Ignacio en el año 1640. Se pensó equivocadamente que era una lápida sepulcral, pero en realidad parece ser una poesía latina en la que aquel jesuita quiso caracterizar, con la remembranza de Ignacio, la espiritualidad ignaciana. Esta documentación sobre el origen de la frase, ha sido investigada y compilada por Javier Osuna, sj. A él agradecemos el enriquecimiento de este texto.

⁴⁰Cfr. RAHNER; Hugo sj. “*Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual*” *Sal Terrae*, 1955. Pág. 14

⁴¹Cfr. WALSH, James. “*Work as if Everything Depends on – Who?*” *The Way Supplement* 70 (1991), pág. 125-136. Citado por TALBOT, John. “*Como si todo dependiera de... quién?*”, Noviciado Jesuita, Puerto Rico. [s.p.i.]

la gran paradoja de sentirse hasta “basura” y a la vez necesitado(a) para la misión, para la tarea del Reino. (Cfr. 1 Co 1, 25 ss)

Este rasgo de la espiritualidad favorecerá que la persona Ignaciana realice tareas de frontera y de riesgos extremos, abrazando por ejemplo, cosas que pueden sonar contradictorias en sí mismas: la máxima inculturación, desde la máxima fidelidad al Evangelio –como escandalosamente realizaron los primeros jesuitas misioneros en China, Japón y la India–; que pueda ser revolucionario(a) y cristiano(a); que sea capaz de criticar a la Iglesia y a la vez sentirse hijo(a) amante de ella...

La paradoja, para la persona ignaciana laica, puede experimentarse de manera especial en determinados ámbitos. Por ejemplo, el del prestigio profesional y el mejoramiento económico inherente a éste, la necesidad de asegurarse un futuro económico, la búsqueda del *magis* que invita a querer mejorar, a buscar puntos claves de influencia, y a la vez el ir siempre “hacia abajo”, hacia las mayorías desposeídas, hacia el encuentro con los más pobres. Es ayudar a que el pobre crea en el pobre, la máxima paradoja social y política. Otra paradoja, otra aparente contradicción es la de la primacía del actuar, de la participación en la vida social del mundo, y a la vez, la búsqueda de espacios de silencio, desierto y oración, y la opción de la austeridad en el modo de vida, pero no escatimando la excelencia de los medios. Otra gran paradoja a la que se ven enfrentados los(as) laicos(as) está en la incompreensión afectiva de su pareja, cuando es sólo uno de ellos quien ha iniciado o vive el itinerario de la espiritualidad ignaciana, obligando a vivirlo al modo de Nicodemo, en una especie de vida oculta, con el consubstancial conflicto interior que esto conlleva; o la dificultad para conciliar el tiempo que exige la familia con el tiempo que exige –o se quiere dar– al trabajo apostólico.

Solamente quien ha asumido como carisma la paradoja que implica el seguimiento de Jesús, puede vivir en equilibrio y con suavidad –clave del Espíritu de Dios en Ignacio (EE 334³)– la aparente contradicción,

5. Con un tipo de oración específica

El(a) Ignaciano(a) ha recibido un entrenamiento muy fuerte en Ejercicios con un tipo de oración que es de petición, eso sí, pero de petición de lo fundamental en torno al Reino, en torno a la mayor gloria de Dios, por una parte, y por otra, una oración que está toda ella concatenada. Se pide por donde el Señor ya ha venido dando..., de allí que la última oración –y lo que entonces se desarrolló– es

el punto de partida de lo que sigue. Es decir, que los puntos de oración los ofrece la oración anterior. Esto da una contundencia muy fuerte a la oración del ignaciano, la ignaciana.

La persona ignaciana ora a veces utilizando la meditación, es decir, el ejercicio de la racionalidad, de la voluntad, de la memoria –la parte más masculina nuestra– pero muchas más veces ora utilizando la contemplación, que es el ejercicio de la sensibilidad, de lo intuitivo, de lo sensible –la parte nuestra femenina–. Esta parte llega a su culminación en “la aplicación de sentidos”: es la puesta en práctica de toda la sensibilidad, es donde Ignacio le da a la sensibilidad un papel que nunca se le había dado en la Iglesia, y que no termina aún de explotarse.

La oración de la persona ignaciana capta la totalidad humana y privilegia el cuerpo. Adapta el cuerpo a la manera de obtener la gracia: lo mueve, se pone en pie, de rodillas, se tira al suelo (EE 76), pero no necesariamente con posturas estáticas, sino *escuchando el cuerpo*, moviéndolo hasta que se encuentre lo que se busca. Aún no se han sacado todas las posibilidades de la introducción del cuerpo en la oración. Tal y como está considerado en los Ejercicios, los mismos ayunos y penitencias –que han tenido tantas exageraciones– son un camino de introducir el cuerpo en lo que está aconteciendo (EE 89), pero no como camino de mortificación –ese no es el sentido que propone Ignacio–, sino como medio para que el cuerpo se incluya y haya en él *un movimiento que permita captar el movimiento de Dios*. La inclusión adecuada del cuerpo es también el medio que hace más sensible al dolor de Cristo al padecer en sí mismo(a), de alguna manera, el dolor del pueblo⁴².

La persona ignaciana está habituada a una oración contextualizada. El esquema de los Ejercicios es el del por dónde se desliza su experiencia. La ruta de los Ejercicios es la combinación de la Historia de la Salvación, presentada al modo de Ignacio, en articulación con la historia de la propia conversión: la biografía espiritual⁴³. Esto se convierte en el camino básico de conducir la oración. Este fenómeno se experimenta más compactado en los Ejercicios de mes, pero también es importantísimo –aunque más diluido– en los Ejercicios en la Vida corriente. Más aún, estos ejercicios

⁴² Cfr. CABARRUS, Carlos Rafael. *Puestos con el Hijo: guía para un mes de ejercicios en clave de justicia*. Instituto Centroamericano de Espiritualidad, Guatemala, 1998 págs. 286-288.

⁴³ El P. Kolvenbach ha intuido esto cuando habla del Evangelio según Ignacio al examinar la re-lectura del Evangelio propuesta por él en los mismo Ejercicios, en donde selecciona textos, introduce unos nuevos (EE 299), o suaviza otros (EE 277).

brindan un aspecto más historizante que los compactos, en cuanto se inserta la historia real en ellos⁴⁴. Ciertamente los Ejercicios en la Vida Corriente (EVC) tienen un aspecto mucho más contextualizado en cuanto allí la Historia tal como la vive el pueblo de Dios, constituye un ingrediente estratégico de la espiritualidad. Todo esto nos está indicando el talante de la oración de la persona ignaciana: es una oración que hace a la persona *contemplativo en la acción*, y en una acción que tendrá repercusión política porque quiere cambiarle el rostro al mundo.

La persona ignaciana está, además, acostumbrada a *evaluar* la oración. No se concibe, propiamente hablando, una oración que no traiga consigo su propio examen. Más aún, como veremos adelante, es una oración –que por el dinamismo del discernimiento– exige el *cotejamiento* con un acompañante espiritual, por una parte, pero también no tiene plena validez sin la *confirmación subjetiva*: cuánto ha crecido la persona con todo lo que está viviendo, y sobre todo, la *confirmación histórica*: cuánto ha producido Reino la oración que se viene llevando.

De allí que, para el ignaciano, la ignaciana, los Ejercicios, además de ser una escuela de oración, son sobre todo escuela de vida. Escuela que puede ayudar a invertir el hecho de que *como nos comportamos en la vida nos comportamos en la oración*, para pasar, después de su entrenamiento, a la posibilidad de que *como nos comportemos en la oración nos podemos comportar en la vida*. Es decir, que si en la oración en los Ejercicios se aprende a tener un nuevo patrón de conducta, es posible –con la fuerza de la gracia– empezar a ser una persona nueva en la vida. Mas aún si tenemos en cuenta que la experiencia profunda de encuentro con Dios vivida en los Ejercicios, modifica el inconsciente y por tanto hace posible que se sea realmente una persona nueva⁴⁵.

6. Una espiritualidad procesual y de requisitos

Con todo lo exigente que presentamos lo que puede ser el carisma del ignaciano(a), parecería que todos(as) tuvieran que tenerlo ya en su máxima explicitación. Es inherente, sin embargo, a la misma “ignacianidad” el hecho de vivirse todo en procesos paulatinos, por una parte, y por otra, que llenen ciertos requisitos de posibilidades reales y deseos eficaces. Como también es inherente el

⁴⁴ Véase el capítulo “La inserción de la historia en los Ejercicios” En: CABARRUS, Carlos Rafael. Puestos con el Hijo... Pág. 259.

⁴⁵ Cfr. CABARRUS, Carlos Rafael. *Orar tu propio sueño*. UPCO, Madrid, 1996. págs. 48-51

hecho de que ser pecador(a) no aleja sino que dispone, en consonancia con el requisito evangélico de ser pobre y/o pecador(a). Son los pobres y/o pecadores quienes captan el mensaje de Jesús (Mt 11,25), porque ellos son sus destinatarios por excelencia.

El esquema de Ejercicios nuevamente nos da la clave de lo procesual. En las Anotaciones –que son las directrices para darlos– encontramos la número 18, en la que se da razón de personas que no pueden entrar de lleno a los Ejercicios y se establece, entonces, criterios según “la edad, letras e ingenio”. Hay personas, por otra parte, que carecen realmente de deseos, que “sólo quieren llegar hasta cierto grado de contentar a su ánima”. Para estas personas a quienes les faltaría lo que Ignacio llama “subyector”⁴⁶ (o porque no pueden o porque no quieren ir a más), recomienda “darles algunos destes ejercicios leves” (EE 18).

Este criterio procesual se nota también, claramente, en la contemplación del Reino, donde hay una clasificación de personas que se quieren comprometer más que otras (EE 96-97). La persona ignaciana estaría entre “*aquellos que se quisieran más afectar*” (EE 97), aunque sea deseando desear estar en esa tal situación: teniendo por lo menos “*deseos algunos de hallarse en ellos*”, como se espera en la evaluación a los candidatos a la Compañía (Examen, Const. 102).

Ya hicimos alusión anteriormente a la escalada pedagógica que Ignacio establece respecto a los deseos. Primeramente atreviéndose a por lo menos “desear desear”, en seguida, atreviéndose a desear claramente (en la meditación del Reino), hasta llegar –con Banderas y Binarios– a pedir “*ser recibido debajo de su bandera*” (EE 147). Y esto es haber captado la clave de la espiritualidad.

El criterio evaluativo también está muy marcado en los Ejercicios: se distingue a “*los que van de pecado mortal en pecado mortal*” (EE 314), de “*los que van de bien en mejor subiendo*” (EE 315). Las reglas de discernimiento de la segunda semana, por ejemplo, sólo deben darse una vez pasada la primera (EE 9) y sólo cuando la persona muestre que está ya “de punto” para recibir las. Más aún, “*al que toma*

⁴⁶ *Subyector* es una palabra muy ignaciana pero de difícil traducción. No es sólo “capacidad”, ya que lo contraponen a esto precisamente el mismo Ignacio (EE 18). Implica también decisión, ánimo para cosas grandes. Carácter, aptitud e idoneidad, es la manera como Arzubialde traduce esta palabra. Cfr. ARZUBIALDE, Santiago. *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio: Historia y análisis*. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, p. 29

ejercicios en la primera semana, aprovecha que no sepa cosa alguna de lo que ha de hacer en la segunda semana" (EE 11). Se hace énfasis, además, en que no se puede pasar a otra semana hasta haber obtenido la gracia de la semana anterior. Es decir, todo está enmarcado en los procesos espirituales de cada ejercitante.

Es bien sabido cómo Ignacio retuvo al mismo Francisco Javier, para tener su propia experiencia de Ejercicios, por casi dos años. De alguna manera no terminaba de darse el tiempo maduro para esa experiencia fundamental.

Es decir, la *ignacianidad*, es un proceso que tiene requisitos para vivirse, un camino abierto que se va recorriendo por etapas, de la misma manera que lo fue haciendo Ignacio, el laico peregrino. Es una espiritualidad que implica la *experiencia* de los Ejercicios, el *compromiso* con la transformación del mundo desde su quehacer personal concreto, y *formación* intelectual constante para mejor servir. Experiencia, compromiso y formación, tres palabras que hacen que sea una espiritualidad completamente dinámica pero procesual.

7. Una espiritualidad de discernimiento

El gran descubrimiento del laico Ignacio es que dentro de sí mismo existían fuerzas o vectores que tiraban de su vida. Unas hacia lo de Dios, otras alejándolo: unas veces de manera clara, otras de manera más bien oscura. Ignacio laico es el gran maestro de psicología y de espiritualidad, que se gesta en la pura y profunda observación personal tenida en momentos críticos de la vida: él estaba al borde de la muerte, como consecuencia de la herida recibida por la bala de cañón. Esa crisis lo hace reaccionar de manera novedosa.

Aquí late un rasgo importante de la *ignacianidad* y en el que juega un papel importantísimo eso que denominábamos *subyector* –la decisión, el ánimo para cosas grandes, el carácter, la aptitud, la idoneidad–⁴⁷. Ese *subyector* se engendra a partir de unas cualidades, pero sobre todo de unas experiencias que hacen ahondar en lo humano y en lo divino que hay dentro de nosotros. El *subyector*, por tanto, se va gestando consecuentemente.

La persona ignaciana es la persona que es apasionada, como el mismo Jesús, por la voluntad de Dios. La voluntad del Padre definitivamente tiene que

⁴⁷ Ver nota nº 47.

ver con el Reino y lo que eso realmente significa: un proyecto del Dios Padre-Madre para con la humanidad, que implica justicia, dignidad, derechos, respeto a la tierra. Pero eso implica un diálogo constante con Dios y con la humanidad; de ahí la importancia también del discernimiento comunitario en la promoción del Reino.

El ignaciano, ignaciana, es quien ha podido tomar en serio su vida; es quien ha podido ir nombrando los acontecimientos internos e irlos comprendiendo para no dejarse subyugar por ellos. No hay posibilidad de una persona ignaciana verdadera que se desconozca en lo hondo suyo. Discernir va a ser algo connatural a quien viva la *ignacianidad*, pero para eso debe conocerse y aprenderse a manejar en su propia humanidad.

En este esfuerzo de introspección –hecho necesario y requisito *sine qua non*– va a poder detectarse eso que Ignacio acaricia tanto: los deseos, que son las fuerzas que emanan de lo mejor nuestro y donde encontrará la posibilidad de que encajen perfectamente los deseos de Dios, los umbrales del Reino. Para eso será necesario saber distinguir “*los pensamientos pasados*”, los deseos de superficie, de los “*santos deseos*” (Autob. 10), como también cómo unas cosas “*le deleitaban mucho*” pero luego “*hallábase seco y descontento*” (Autob. 8), pasado algún tiempo. Como lo aprendió Ignacio:

Hasta que una vez se le abrieron un poco los ojos y empezó a maravillarse desta diversidad, y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios (Autob. 8).

Toda la Autobiografía de Ignacio muestra el camino por donde él adquirió la práctica del discernimiento que luego la plasmó en los Ejercicios.

La persona ignaciana conoce y sabe manejar las reglas del discernimiento porque las ha practicado en los Ejercicios, en su oración habitual y en su examen diario. Con esas reglas puede ir detectando, en primer lugar, lo que de verdad experimenta, pero sobre todo el “a dónde le llevan” esas vivencias que pueden darse dentro del corazón pero también en el mundo exterior, en la historia. Esta regla básica de discernimiento encuentra en lo que hemos denominado los cuatro pedestales de la mesa del banquete del Reino, los rectos criterios de discernimiento: si algo que experimentamos –dentro o fuera de nosotros mismos– nos lleva a las

obras de justicia solidaria (Mt 25, 31 ss), si nos conduce a la experiencia de un Dios pura misericordia y que nos invita a ser así misericordiosos (Lc 6, 36), si por estas dos cosas el mundo no nos comprende o nos persigue –a veces hasta el riesgo de la vida– y sentimos, sin embargo, fuerza para enfrentarlo (Mc 8,34 y paralelos), si –finalmente– esos movimientos (internos o externos) nos convidan a cuidar de nosotros con la dedicación que atendemos a las personas necesitadas (Mt 19, 19), estos cuatro derroteros nos están indicando claramente que tienen a Dios como origen y providencia⁴⁸.

La persona ignaciana habrá comprendido por propia experiencia, la necesidad de aprender a historizar las mociones⁴⁹, y por otra parte de impedir que las tretas⁵⁰ tomen cuerpo y realidad. El ignaciano, la ignaciana, han entendido que discernir es optar; que todo lo que va manifestándose en su interior o en el exterior, si viene de Dios, son impulsos e invitaciones para que se vaya realizando el Reino. Ha comprendido y sabe emplear las “*reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar...*” (EE 313). Ha hecho del discernimiento una actitud vital que le permite discernir “en caliente”, es decir, en el momento mismo que están sucediendo las cosas, o en el momento que las está examinando, justamente porque se ha hecho una persona *contemplativa en la acción, y en la acción del Reino*.

Por último, la persona ignaciana conoce la necesidad del cotejamiento respecto al discernimiento. Sabe que toda moción (interna o histórica) tiene como objetivo hacer posible el Reino. Por tanto, tiene que haber alguna persona con “densidad eclesial” que lo confronte sobre la idoneidad y adecuación de eso que piensa o experimenta, con los proyectos del Reino. Mientras más envergadura tenga una moción y mayor sea su trascendencia político-social, más necesidad habrá de cotejarla. Por otra parte, el ignaciano, la ignaciana, aprenderá, como el mismo Ignacio, que la recurrencia a pedir confirmación del mismo Señor está en la esencia del discernimiento. Todo el Diario Espiritual suyo está lleno de esta necesidad de “re-confirmación” de parte de Dios:

⁴⁸ Cfr. CABARRÚS, Carlos. *La mesa del banquete del Reino*. Sobre todo el capítulo IV.

⁴⁹ Todo impulso, invitación, sugerencia de Dios. Lleva hacia el Señor y su Reino, en general. Es decir, todo lo que venga del Buen Espíritu.

⁵⁰ Engaños, invitaciones, sugerencias del mal espíritu. Llevan a apartarse de Dios y su Reino; es decir, todo lo que venga del mal espíritu. Es lo que corresponde, en el lenguaje de Ignacio, a las mociones procedentes del mal espíritu.

Después, al preparar del altar y al vestir, un venirme: Padre eterno, confírmame. Hijo ete: no, confírmame, Espíritu Santo eterno, confírmame. Santa Trinidad confírmame; un solo Dios mío, confírmame; con tanto ímpetu y devoción y lágrimas, y tantas veces esto diciendo y tanto internamente esto sintiendo;...(Diario Espiritual, 48).

La gran confirmación, con todo, es en qué medida las cosas discernidas han jalonado el Reino, por una parte, y por otra, en qué medida todo este esfuerzo –divino y humano– ha generado en nosotros más *humanidad nueva*.

Itinerario y modo de detectar la ignacianidad

Puntualizando todo lo anterior, podríamos concluir diciendo que la persona con *ignacianidad* se puede encontrar en una institución de la Compañía de Jesús, en un colegio, en una universidad, en una parroquia. Pero puede también descubrirse en unos Ejercicios Espirituales acompañados. Van a tener todas ellas o ellos los rasgos antes enumerados aunque de manera incipiente. Ya que los jesuitas nunca promovemos “devoción” por San Ignacio, ciertamente los que denoten *ignacianidad* tendrán que haber tenido acercamiento a las obras de jesuitas o de otras personas ignacianas para haber captado algo de nuestro fundador.

Cuando alguien con ese tipo de rasgos –aunque fuesen en semilla– quisiera comenzar un camino ignaciano, habría que estructurarle una ruta muy definida. Estoy convencido de que un muy buen *conocimiento personal* y manejo de su propia humanidad es un requisito humano esencial⁵¹. Pero esta persona, además, o debe estar ya en un trabajo comprometido, o por lo menos vibrar –y tratar de estar articulado orgánicamente– con trabajos de envergadura, en donde la opción por la vida –en todos sus aspectos–, y por los pobres y necesitados, sea el eje. Tiene que estar en *contacto con lo de la mayor gloria de Dios*, y allí mostrar apasionamiento por el Reino. La personalidad ignaciana tiene que ser también promotora de “cuerpo” –que para Ignacio es la experiencia de la comunidad–. Esto puede irse haciendo concreción en

⁵¹ La propuesta que desarrollamos en el Instituto centroamericano de espiritualidad –ICE– para ayudar a las personas en este proceso, la tenemos sistematizada en el Taller de crecimiento personal –TCP–: una experiencia pascual de profundizar en el propio proceso vulnerado, en la parte herida, para luego ir hacia el pozo de la positividad, hacia el manantial donde está Dios que es el Agua Viva. Es una experiencia de reconocer a “Dios más íntimo que mi misma intimidad” (San Agustín), pero partiendo de la sanación y autoconocimiento de la persona.

una CVX, en un grupo de trabajo, apoyando una institución con el carisma ignaciano. Por así decirlo, el ignaciano, la ignaciana, *no es una personalidad aislada*.

Con todas esas “señales” habría que detectar aún el deseo de una experiencia fuerte de oración, concomitante (antes o después) a una experiencia honda con el dolor del mundo, con las situaciones de injusticia, con la búsqueda de mejores estructuras del mundo y con personas signo de humanidad nueva.

Creemos conveniente que esta persona pase por un taller de discernimiento y comience por experiencias de Ejercicios compactos⁵², si se puede, o de Ejercicios en la Vida Corriente (EVC) pero siendo muy fieles a ellos y con momentos de vivencia concentrada. No estaría mal el que conocieran una vida de Ignacio. La de Tellechea nos parece muy lograda – aunque prolija–, pero además concebida con la libertad de estar hecha por alguien que no es jesuita⁵³.

Mucho ayudaría, para la explicitación de la ignacianidad, la relación también con jesuitas. A nosotros, en lo que nos toca, la amistad con laicos, con mujeres, con los pobres, como hemos dicho en otra parte⁵⁴, nos enseña a ser mejores jesuitas.

Con todo lo anterior, no queda más que reafirmar lo implícitamente expresado: sólo en la medida en que la Compañía no se sienta la única heredera de Ignacio, y en la medida que esta espiritualidad ignaciana brote en el mundo laical, se estaría manifestando en plenitud el regalo que Dios dio a su iglesia y a su pueblo en la figura de Ignacio de Loyola.

(Diakonia, XXI/94, abril-junio 2000)

⁵² Una de las formas como realizamos este itinerario en el ICE es con el taller de un mes, en el que se inicia con diez días de conocimiento personal, se continúa con cuatro días de discernimiento y se termina con 12 días de Ejercicios con acompañamiento personalizado.

⁵³ TELLECHEA, José Ignacio. *Ignacio de Loyola, solo y a pie*. 3ª ed. Sígueme, Salamanca, 1990.

⁵⁴ CABARRUS, Carlos Rafael. “Ser amigos de los pobres, de los laicos, de las mujeres... nos hace amigos en el Señor: los nuevos desafíos de la comunidad jesuítica”. En: *Diakonia*, XXII-88. Managua, oct-dic. 1998 pág. 33.

Glosas sobre el documento “Colaboración con los laicos en la misión” de la Conferencia de Provinciales de América Latina

F. Javier Duplá sj.

[Nota: Este escrito quiere ser un breve comentario para CUADERNOS IGNACIANOS del documento recientemente publicado por los Provinciales, y no puede ni debe sustituir la lectura del texto completo del documento]

Consideraciones históricas sobre el papel de los laicos en la Iglesia

1. El tema de los laicos es de mucha actualidad en la Iglesia desde el *Concilio Vaticano II* (1962-1965). En la Constitución dogmática “*Lumen Gentium*” (Luz de las Gentes), se dedica todo un capítulo al tema (nn. 30-38). Es propio del laico ayudar a transformar el mundo y ofrecerlo a Dios en el espíritu de las bienaventuranzas. Buscan el reino de Dios en los asuntos temporales, en las actividades y profesiones seculares, en la vida familiar y social, y desde allí dentro contribuyen a la santificación del mundo como la levadura en la masa guiándose por el espíritu evangélico. La diversidad de carismas y ministerios lleva consigo la unión porque todos están al servicio de todos: los pastores, siguiendo el ejemplo del Señor, se ponen al servicio unos de otros y de los fieles, expresión que de alguna manera anticipa el espíritu del documento que comentamos, según el cual los jesuitas deben ponerse al servicio de los laicos en la misión. Las estructuras humanas son objeto particular de la acción santificadora del laico:

Los seglares han de procurar, en la medida de sus fuerzas, sanear las estructuras y los ambientes del mundo que inciten al pecado, de modo que todas ellas se conformen a las normas de justicia y favorezcan, más bien que impidan, la práctica de las virtudes. Obrando así impregnarán de sentido moral la cultura y el trabajo humano. (LG, 36)

El Concilio recomienda a los pastores que dejen a los laicos libertad y espacio para actuar en tareas al servicio de la iglesia y que les den ánimo para que asuman tareas propias con espontaneidad. (LG, 37). Han pasado los tiempos en los que al seglar sólo le tocaba escuchar y obedecer, aun en asuntos temporales, y en que la iniciativa correspondía a los obispos y al clero.

2. La encíclica *Populorum Progressio* (El progreso de los pueblos), de Pablo VI, (1967) anticipa de algún modo lo que dirá después con énfasis la Conferencia de Obispos de Medellín:

En los países en vía de desarrollo, no menos que en otros, los seglares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal... A los seglares les corresponde con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven. (PP, 81)

3. La *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, reunida en Medellín (1968), dedica espacio a los laicos en sus documentos. Examina la presencia de los laicos en el proceso de transformación de un continente, signado por el subdesarrollo, que los sitúa ante el desafío de un compromiso liberador y humanizante. El punto de interés de la Conferencia se centra en los movimientos laicales, muchos de los cuales son percibidos como desfasados del momento presente: “Muchos de ellos no reflejan un medio sociológico compacto ni han adoptado quizás la organización y la pedagogía más apropiadas para un apostolado de presencia y compromiso en los ambientes fundacionales donde se gesta, en gran parte, el proceso de cambio social”. (Conclusiones, 10, 4)

Medellín insiste en el compromiso solidario de los laicos en tareas de promoción humana en la línea de un determinado proyecto social, que favorezca la liberación, la humanización y el desarrollo (10, 9). Más aun, recomienda que se apoye a los movimientos o equipos “cuando, por las implicaciones sociales del Evangelio, son llevados a compromisos que comportan dolorosas consecuencias”

(10, 14). La realidad posterior, que ha llevado a obispos, sacerdotes y laicos al martirio, haría ver que esa previsión de la Conferencia no era infundada o exagerada.

4. La *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, reunida en Puebla (1979), en la visión pastoral de la realidad latinoamericana, dedica dos párrafos a los laicos:

Su sentido de pertenencia a la Iglesia se ha acrecentado en todas partes, no sólo por el compromiso eclesial más permanente, sino por su participación más activa en las asambleas litúrgicas y en las tareas apostólicas. En muchos países las Comunidades Eclesiales de Base son prueba de esta incorporación y deseo de participación. El compromiso del laicado en lo temporal, tan necesario para el cambio de estructuras, ha sido insuficiente. En general, se podría decir que hay una mayor valorización de la necesaria participación del laicado en la Iglesia (N.125).

Se advierte en este y en el número 154 el doble papel que deben jugar los laicos, tanto dentro de los ministerios dentro de la iglesia como en las estructuras de la vida corriente, “en medio de la vida del mundo, para rehacer las estructuras sociales, económicas y políticas, de acuerdo con el plan de Dios”.

La visión de la Iglesia como Pueblo de Dios, que lanzó el Concilio Vaticano II, se desarrolla en Puebla en el sentido de que ve al Pueblo como familia de Dios, como Pueblo santo, como Pueblo peregrino, como Pueblo enviado de Dios, como Pueblo servidor. En esa concepción el laico tiene un papel fundamental en la evangelización de la política (507-562).

5. La exhortación post-sinodal “*Christifideles laici*” (1988), de Juan Pablo II, está dedicada a la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Es sin duda el documento más importante de la Iglesia reciente sobre el papel del laico en la iglesia y en el mundo. Los ministerios, oficios y funciones de los laicos tienen su fundamento en el Bautismo y en la Confirmación, por los que participan en la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo. Los carismas o regalos los otorga el Espíritu dentro de la Iglesia a quien Él quiere, sea laico o persona consagrada, y están dirigidos a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo. (Nº 24). Las formas de participación del laico en la vida de la iglesia son personales y asociativas (asociaciones, grupos, comunidades, movimientos). El laico vive el Evangelio sirviendo a la persona y ala sociedad de

diversas maneras, algunas especialmente necesarias: promoviendo la dignidad de la persona, defendiendo el derecho a la vida y, en general, de todos los derechos humanos. Su primer campo de acción es la familia, y sirve también a la sociedad en acciones y organizaciones de solidaridad, en el ejercicio de una política basada en la justicia y la caridad, que tiene como criterio básico la consecución del bien común, como bien de todos los hombres y de todo el hombre. Al laico sobre todo le corresponde evangelizar la cultura y las culturas del hombre, haciendo más humana la vida social mediante el progreso de las costumbres e instituciones.

6. *La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, reunida en Santo Domingo (1992) confirma, como signos de los tiempos, el número creciente de laicos comprometidos en diversos movimientos apostólicos y en la transformación de la sociedad.

“Sin embargo, se comprueba que la mayor parte de los bautizados no han tomado aún plena conciencia de su pertenencia a la Iglesia. Se sienten católicos, pero no Iglesia. Pocos asumen los valores cristianos como un elemento de su identidad cultural y por lo tanto no sienten la necesidad de un compromiso eclesial y evangelizador. Como consecuencia, el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte, de la literatura y de los medios de comunicación social no son guiados por criterios evangélicos. Así se explica la incoherencia que se da entre la fe que dicen profesar y el compromiso real en la vida”. (Nº 96)

La línea pastoral prioritaria de esta Conferencia, dicen los obispos, “ha de ser la de una Iglesia en la que los fieles cristianos laicos sean protagonistas. Un laicado bien estructurado con una formación permanente, maduro y comprometido, es el signo de Iglesias particulares que han tomado muy en serio el compromiso de la Nueva Evangelización” (Nº 102). Todo el esfuerzo de los obispos y de sus asesores, reflejado después en el documento final, manifiesta el deseo de que la Iglesia atienda a la promoción humana, a la evangelización de la cultura. Los derechos humanos, la ecología, el empobrecimiento creciente de las mayorías, los movimientos migratorios, el nuevo orden económico, los desafíos a la familia, las culturas indígenas, las grandes ciudades, la educación y la comunicación: todo el hacer, pensar y sentir del momento presente debe estar transformado por la figura de Jesucristo. En este esfuerzo, los laicos tienen la palabra y la acción prioritaria.

Los documentos de la Compañía de Jesús

1. La CG 31^a, reunida en 1965, aprobó el Decreto sobre la colaboración de la Compañía y el laicado. En él se hacía referencia al Concilio recién concluido y se constataba que “de los seculares recibimos ayuda para mayor conocimiento del mundo y de la verdad cristiana, para sentir más vivamente nuestra misión de ‘defender y propagar la fe’, además de ser estimulados para una conversión continua de nosotros mismos” (Decreto 33, nn. 1 y 2).

2. La CG 33^a, reunida en 1983, en el Decreto 1, “*Compañeros de Jesús, enviados al mundo hoy*”, hace una breve alusión al trabajo apostólico en unión con los laicos:

“De un modo especial debemos avanzar en una colaboración más estrecha con los laicos, reconociendo y fomentando su propia responsabilidad y vocación en la Iglesia y en el mundo. La experiencia de los últimos años nos enseña, por una parte, lo mucho que podemos contribuir a formar verdaderos apóstoles laicos, y por otra, lo mucho que podemos recibir de ellos para fortalecer nuestra vocación y nuestra misión. La renovación de algunos medios de la espiritualidad ignaciana (Ejercicios, CVX, etc.) puede ayudar a que esta mutua colaboración resulte más profunda”. (Nº 47).

3. La CG 34^a, reunida en 1995, promulga el Decreto 13, titulado “*Colaboración con los laicos en la misión*”, el cual “pide a los jesuitas que, fieles a su carisma fundacional y teniendo en cuenta los signos de los tiempos, se coloquen enteramente al servicio de la vocación laical y se preparen para colaborar con los laicos en una común misión, en un espíritu de verdadero compañerismo en el Señor y en un pie de igualdad: algo que no siempre hicieron” (Francisco Ivern sj., Presidente de la Conferencia de Provinciales de AL).

El decreto de la CG 34^a dice algo nuevo y de mucha importancia. La Compañía de Jesús ha sido percibida tradicionalmente como una orden clerical al servicio incondicional de la Iglesia jerárquica. La separación entre los jesuitas, percibidos todavía en muchos ambientes como cerrados sobre sí mismos, y los laicos, constituye una novedad. Sin embargo, no lo es tanto si consideramos el carisma fundacional de la Compañía. Ignacio era laico cuando la fundó, y la concibió como un cuerpo ágil al servicio de la fe, concretamente al servicio del

Romano Pontífice. Quiso hacerla libre de las ataduras que significaba entonces la vida religiosa, que se concebía como un apartarse del mundo y dedicarse al servicio divino, el cual requería mucho tiempo dedicado a la comunidad y a los actos litúrgicos y religiosos en común.

Además, en la Iglesia misma se ha dado un giro copernicano desde el Concilio Vaticano II en cuanto a la comprensión de los carismas o dones del Espíritu: ser cristiano, es decir, seguidor de Jesús es el carisma fundante; la comunidad cristiana, el Pueblo de Dios es el objeto de la elección y de la acción divinas. Las demás vocaciones, episcopal, sacerdotal, laica o religiosa vienen después y sólo se entienden al servicio de la primera, para hacerla posible en algunos casos y para radicalizarla en otros, para llevarla a las consecuencias más profundas de lo que significa vivir como seguidor de Jesús. Todos tenemos una misión común: transmitir vivencialmente la experiencia del seguimiento de Jesús, cada cual desde su condición de laico o laica, de religioso o religiosa, de sacerdote u obispo.

Todos, jesuitas y laicos, salimos beneficiados con esta nueva orientación. Los laicos, porque sienten que se les toma teológica y apostólicamente en serio, y que se les siente capaces de aportar una visión y actuación propia en el servicio del Reino. Los jesuitas, porque sentirán un apoyo firme en su misión y una renovación de su vivencia comunitaria, que muchas veces – como dice el P. Ivern – no revela toda la vitalidad que debería tener ni ofrece el testimonio que debería ofrecer. De la estrecha colaboración con los laicos en la misión se derivarán sin duda consecuencias imprevistas en beneficio de ambos. Esperemos, pues, confiados en este soplo del Espíritu.

“La Compañía de Jesús se pone al servicio de la vocación laical ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad”. Esta triple oferta es de importancia. La herencia espiritual y apostólica es tal vez lo más importante en ella, sobre todo si se sabe renovar y adaptar a los tiempos. Como elementos de esta herencia se puede recordar y enumerar: el inteligente uso de las cosas (el tanto cuanto), la aspiración a lo máximo en el seguimiento de Jesús (el magis), la disponibilidad, el discernimiento espiritual como método para conocer la voluntad de Dios, la actitud de contemplación en la acción. Los recursos educativos son sin duda muchos, no sólo en cuanto a número y calidad de las obras educativas, sino en cuanto a su capacidad de influencia y en su pedagogía, recientemente puesta al día.

La tercera oferta, la amistad, llama la atención y parece salirse de la entidad de las dos anteriores. Sin embargo, hace referencia al grupo fundante de la Compañía, que se consideraban “amigos en el Señor”. Nuestra amistad de compañeros, unidos por un mismo espíritu en alerta de servicio y disposición a poner todo en común. Además, la amistad da fuerza y gozo a la tarea apostólica realizada en común.

4. *Alocuciones del P. General Peter-Hans Kolvenbach sj.*

“Carta a las personas relacionadas con la Compañía de Jesús” (27 septiembre 1991). Agradece en ella cordialmente la enorme colaboración de tantos laicos y laicas a lo largo y ancho del mundo, que trabajan en obras de la Compañía, algunos más próximos a la espiritualidad ignaciana, otros con otras espiritualidades cristianas y algunos ajenos a la fe o pertenecientes a confesiones religiosas distintas. Les asegura que Ignacio puede seguir siendo fuente de inspiración y vitalidad espiritual: en el sentido de la vida humana que descubre y transmite; en el llamamiento a colaborar en una gran empresa, que es hacer realidad el plan de Dios sobre la humanidad, desenmascarando las contradicciones y ambigüedades de la acción humana; en la decisión de hacer activa nuestra fe, usando todos los medios humanos para solucionar los graves problemas del mundo de hoy. Para lograr estos grandes propósitos Ignacio invitó a compañeros, y esta invitación sigue abierta hoy día, tanto para colaborar desde la vida religiosa como desde la condición de laico o laica. Los ejercicios espirituales es la mejor oferta que él hizo a los suyos y que sigue abierta para hacer efectiva la transformación de la persona.

“A los laicos colaboradores de la Compañía” (Colegio de Chamartín, Madrid, 3 diciembre 1999).

Recuerda cómo, “desde el comienzo de la Compañía, Ignacio y los primeros compañeros, ya sacerdotes y religiosos, se rodean de grupos de laicos, que de modos diversos y en el contexto sociorreligioso de los siglos XVI y XVII, colaboraban y continuaban las tareas apostólicas y de caridad que los jesuitas iniciaban”.

Explica el significado de la espiritualidad ignaciana para el mundo de hoy: proporciona “una espiritualidad para tiempos difíciles, para tiempos de increencia e indiferencia religiosa, donde se ha consumado una terrible ruptura entre cultura

y evangelio, ciencia y religión, y en definitiva entre vida y fe”; puede proporcionar a los hombres y mujeres inmersos en esta sociedad y en este contexto cultural una experiencia del Absoluto de Dios, que no exige como condición necesaria o como camino de encuentro con la trascendencia, el abandonar o alejarse del mundo”, es decir, enseña a ser “contemplativos en la acción”.

Invita a que laicos y jesuitas nos ayudemos “para construir una cultura alternativa a la predominante en nuestras sociedades occidentales; trabajar con ahínco para crear una cultura cuyo criterio fundamental en la toma de decisiones personales y públicas sea el bien común, la solidaridad con los más débiles y el respeto a la diversidad; una cultura que rompa la tendencia deshumanizadora de ese afán desmedido de ganancias y la sed de poder que está contagiando a gran parte de nuestros contemporáneos”.

Al servicio de la vocación laical

“En el futuro, no será posible mantener la identidad cristiana e ignaciana en muchas de las obras de la Compañía, particularmente en el campo educativo, pero también en otros campos, sin un número mínimo de laicos suficientemente formados e identificados con el espíritu o modo ignaciano de proceder. Por ese motivo es tan importante dedicar tiempo y recursos para la formación religiosa y espiritual de los laicos que trabajan en las obras apostólicas de la Compañía, especialmente de aquellos que, por la posición que ocupan o pueden ocupar, ejercen o pueden ejercer mayor influencia” (p. 25).

¿Es importante para los jesuitas mantener la identidad ignaciana de nuestras obras? Por supuesto, porque es como el sello de familia, pero teniendo en cuenta que antes que ella y como su fundamento, está la identidad cristiana. Lo primero es seguir a Jesús, lo segundo al modo de Ignacio. El mismo santo se encontraba dispuesto a aceptar la disolución de la Compañía – la obra de sus entrañas – si Dios así lo disponía a través del Romano Pontífice, como lo cuenta su biógrafo González de Cámara. De manera que es importante que haya educación y formación inspirada en la manera de Ignacio, pero mucho más importante es que las obras apostólicas sean cristianas, es decir, instrumentos del Reino. En este sentido dice el P. General, citado por el documento que comentamos:

“Sinceramente, el deseo y la invitación a colaborar juntos en la misión, no es una estrategia pragmática motivada por una disminución de efectivos, sino una nueva conciencia de que la preparación de nuestro mundo, complejo y dividido, para la venida del Reino, requiere una pluralidad de dones, perspectivas y experiencias (CG 34^a, d.26, n.16). No os ofrecemos una participación y colaboración para que nos ayudéis a salvar las Obras e Instituciones de la Compañía, sino para ser juntos colaboradores de la misión de Cristo, según la gracia de la vocación que cada uno ha recibido del Espíritu”.

“No es pues una simple invitación a colaborar con tal o cual Obra en particular de la Compañía, a asumir la dirección de un Centro o la responsabilidad de una Administración. Os invitamos a que desarrolléis vuestra vocación laical en la Iglesia colaborando, al modo ignaciano y según esta espiritualidad, en la misión de Cristo” (p. 26).

Estamos en pie de igualdad en cuanto al Reino jesuitas y seglares. Tenemos una gran afinidad en este propósito fundamental como cristianos, que es participar en la misión de extenderlo, y que consiste en vivir como Jesús e invitar a otros a que orienten sus vidas por el seguimiento de Cristo: “La espiritualidad y el carisma de la Compañía son religiosos y apostólicos al mismo tiempo. Unen contemplación y acción; confianza y abandono en las manos de Dios y también confianza en los medios humanos que Dios coloca a nuestra disposición. Los jesuitas viven y trabajan, no aislados en conventos cerrados a extraños, sino en comunidades abiertas y apostólicas, insertas en medio del mundo que quieren evangelizar. Sus mismos votos, que los distinguen de los laicos y caracterizan su vida consagrada, tienen una dimensión esencialmente apostólica y, a través de ellos, quieren testimoniar valores que los mismos laicos, aunque de otro modo, también deben profesar”.

Desde luego, a los jesuitas no va a resultarnos fácil colaborar con los laicos, más aún, “ponernos enteramente al servicio de la vocación laical”. Estamos acostumbrados a tomar la iniciativa en el servicio apostólico, a pensar la estructura de las obras, a planificar las acciones. Pedimos ayuda solamente si no podemos ejecutarlas nosotros mismos. Esta ha sido la tradición hasta tiempos recientes, como puede verse en nuestros colegios, en los que trabajaban 20 o 30 jesuitas que lo hacían casi todo y que sólo permitían la colaboración de los laicos (desde luego, no de laicas, aunque sí de religiosas) en aquellas tareas que ellos mismos no

podían desempeñar. En las universidades en cambio, dada la complejidad de la obra, siempre trabajaron laicos en todos los puestos y cargos, incluso en los directivos.

En otras obras no educativas la colaboración ha sido mayor y más antigua. Podría decirse que siempre hemos colaborado con laicos. Más bien, debería decirse al revés: ellos han colaborado con nosotros. Pero estamos hablando de un nuevo tipo de colaboración, la que pueden y deben prestar los jesuitas a obras apostólicas no dirigidas por la Compañía de Jesús. Y también estamos hablando de un nuevo tipo de laico, no sólo porque profesionalmente está en muchos casos mejor preparado que los jesuitas, sino porque va siendo consciente de su papel protagónico dentro de la Iglesia como bautizado. Además, y esto tiene una trascendencia enorme, el laico está llamado a evangelizar aquellos ambientes donde el religioso no puede o no debe incursionar – familia, negocios – o no le es tan fácil hacerlo – política, espectáculos, medicina, algunos tipos de investigación, por ejemplo. En esos ambientes el laico puede desplegar una actividad pastoral absolutamente original y que sólo él puede realizar. Esa pastoral será diseñada, dirigida y ejecutada por laicos, y el jesuita colaborará en todo caso a las órdenes de los laicos en aquellos aspectos que sirvan para mejorar el servicio apostólico.

Condiciones para la colaboración

Por parte de los jesuitas:

a) *Identidad bien definida.* Que tiene claro lo que es y se realiza en su vocación. A muchos jesuitas se les estima por su preparación y versatilidad, porque son capaces de destacar en campos diversos. Y eso está bien, pero el aporte fundamental del jesuita a la Iglesia y al Reino debe ser su condición de maestro en la vida del espíritu y en el arte del discernimiento, lo cual no quiere decir que se dediquen exclusivamente a ser padres espirituales, sino que deben poner el sello del discernimiento espiritual en todo lo que hacen: educación, asistencia, investigación, trabajo pastoral, etc. Discernir el paso y la presencia de Dios en los tiempos que corren requiere de personas con gran vida interior y capacidad de reconocer al Dios que habla de muchas y variadas formas al modo humano. Ayudar a otros a encontrar la voluntad de Dios en sus vidas no debe ser una actividad solamente de los padres espirituales o de los acompañantes de Ejercicios. Todo jesuita, y

como ideal muchos laicos, deben ser capaces de acompañar a sus hermanos, también a otros jesuitas, a vivir como cristianos de acuerdo a lo que el Señor les inspira y en las circunstancias concretas en que viven, y esto requiere preparación especial y disposición personal a hacerlo.

b) *Espíritu de servicio*

El objetivo de la vida del laico o jesuita consagrado es el servicio a la misión y no tanto a la obra concreta en la que se trabaja. La misión discernida puede mantener a un jesuita 20 o más años en la misma universidad, pero siempre debe estar preparado para servir en otro lugar con libertad, disponibilidad y alegría interior. Si se ha preparado para ser maestro en el espíritu, tiene un campo magnífico como acompañante de los Ejercicios Espirituales en alguna de sus modalidades o como orientador espiritual. Si tiene otra preparación específica, pondrá en ella el sello del discernimiento de qué se debe hacer en ese campo para que acontezca el Reino.

c) *Espíritu de humildad* para “trabajar, serena y alegremente, bajo la dirección de un laico, hombre o mujer, cuando las circunstancias lo aconsejaren”. Este es un punto clave, sobre todo si el jesuita tiene más edad y se considera mejor formado. Más aún, cuando debe trabajar en una obra apostólica dirigida por una mujer, por más capaz y religiosa que ésta sea. Pesa una tradición jesuítica cerrada a lo femenino, que sólo recientemente – podríamos hablar de unos 20 años y especialmente desde la CG 34^a – ha comenzado a cambiar.

Abiertos al diálogo, a la crítica, a la corrección fraterna, actitudes extraordinariamente importantes en sociedades como las nuestras, que a pesar de ordenamientos políticos y jurídicos que contemplan el diálogo y la solución dialogada de las diferencias, ven surgir con preocupación movimientos en los que se cultiva y se educa en la intolerancia y el sectarismo.

d) *Actitud de respeto*

Un respeto profundo que sólo brota del convencimiento espiritual de que ambos, jesuita y laico, están al servicio del Reino. Hay que actualizar constantemente una disposición interior de respuesta al llamamiento del Rey Eternal (EE 95) de pasar “toda clase de injurias, y todo menosprecio y toda pobreza” (EE 98). Si muchas veces lo proponemos con sinceridad al hacer los Ejercicios, ¿por qué cuesta tanto algo mucho más sencillo: doblar el propio orgullo y ser capaz de trabajar sin figurar, ni mandar, ni disponer?

Por parte de los laicos:

a) *Motivación y preparación para la misión.*

Son indispensables para participar en el espíritu de la Compañía. No todos las tienen, pero las pueden adquirir – supuesta una base inicial de deseo aunque sea pequeño – por medio de los Ejercicios Espirituales, el acompañamiento espiritual y la formación. Cada vez hay más laicos deseosos de conocer los resortes que mueven a los jesuitas y participar de su espiritualidad. En el ámbito venezolano, y a modo de ilustración, se presenta un recuento de algunos jesuitas y laicos, a los que se les consultó expresamente sobre su apostolado, que trabajan en la formación laical durante este curso 2001-2, y la variedad de actividades de formación que promueven y en las que participan.

	Actividades	Número de laicos que participan	Tiempo de duración y periodicidad
Promotor jesuita	Acompañamiento espiritual	13	Largo tiempo. Una vez al mes.
	Reflexión sobre los Ejercicios de San Ignacio	8	Un año Quincenal.
	Enseñanza del acompañamiento espiritual	13	Seis meses Semanal
	Asesoría a la CVX	8	Permanente Tres veces al mes
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales	14	Cuatro días
	Grupo de teología	22	Tres años Quincenal
Promotor jesuita	Acompañamiento espiritual	6	Una vez al mes

	Ejercicios en la vida diaria: Personalizados En grupo	10 6	Año escolar Año escolar
	Talleres regulares de formación	100	Trimestralmente, una hora por semana
	Talleres ocasionales	15 a 20 por taller	
	Orientación grupal	15	Año escolar Quincenalmente
Promotor laico	Taller: Historia de la Iglesia	10	Trimestralmente, una hora por semana
Promotor laico	Taller: Eneagrama	10	Trimestralmente, una hora por semana
Promotor laico	Taller: Fe humana y Desarrollo moral	10	Trimestralmente, una hora por semana
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales	16	Cuatro días
Promotor jesuita	Taller: afectividad y crecimiento espiritual	20	Tres días
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales en la vida corriente	5	Reunión semanal Un año
	Formación cristiana (Profesores UCAB)	8	Reunión mensual
	Asistencia a la CVX	100	Dos fines de semana al mes en 8 ciudades

	Voluntarios profesionales	3	Tres veces al año
Promotor jesuita	Ejercicios Espirituales en la vida corriente	5	Reunión semanal Un año
	Formación bíblica para comunidades cristianas	30	Reunión quincenal Actividad permanente
	Servicio jesuita a refugiados	6	Reunión semanal
	Formación para el acompañamiento a comunidades	3	Una noche a la semana Permanente
Promotor jesuita y laico	Acompañamiento equipos zonales de Fe y Alegría	70	Jornadas de formación una o dos veces al año
Promotor jesuita	Vocación educativa popular	25 a 30	Una vez al mes
	Ejercicios Espirituales a docentes y directivos	76	Cuatro días Tres veces al año
	Retiros y talleres de crecimiento desde la espiritualidad ignaciana	70	Dos jornadas de tres días
	Formación de docentes del Colegio Gonzaga (Maracaibo)	25	Dos jornadas al año de tres días
	Seguimiento a los retiros/taller para comunidades cristianas	35	Dos veces al año

	Análisis de la realidad, Equipos directivos de las zonas de F y AI	30	Jornadas de reflexión una vez al año
	Estudio de la realidad, seguimiento a lo educativo, F y AI		Con material enviado a las zonas
	Apoyo a la formación de IRFA	17	Dos días cada tres meses
	Talleres sobre proyecto institucional, IRFA	25	Dos días cada tres meses
	Ejercicios Espirituales a campesinos	25	Encuentro mensual
	Fortalecimiento de la organización comunitaria (Masparro)	25 a 30	6 jornadas en las aldeas
	Formación de celebradores de la Palabra (Edo. Barinas)	30	Dos talleres de dos días
	Jornada en la Goajira sobre proyecto de Fe y Alegría en la zona	75	3 días
	Retiro/fortalecimiento personal en Radio Fe y Alegría (Guasdualito)	10	Dos jornadas
Promotor jesuita	Taller de Eneagrama para la CVX	10	Dos fines de semana

	Crecimiento personal (Maestros de Mcbo.)	25	Dos fines de semana
	Taller para trabajar los sueños (C.Jung)	15	Fin de semana
	Eneagrama (mujeres)	37	Tres días
	Eneagrama docentes Jesús Obrero	30	Tres días
	Taller de espiritualidad	30	Tres días

Son más de mil laicos adultos atendidos personalmente por los 10 jesuitas y 4 laicos consultados, en una variedad enorme de iniciativas y trabajos apostólicos. Sin duda ninguna que estas cifras podrían multiplicarse por dos o por tres si se hiciera un recorrido de todo el trabajo de laicos y jesuitas para formar y acompañar a otros laicos. Siempre por cierto ha existido un apostolado de esta clase, pero ahora cobra caracteres nuevos y prometedores hacia el futuro.

b) Fogueo en el apostolado

Lo más difícil es vivir en el mundo sin ser del mundo, en términos joaneos. Es difícil participar del mundo de los negocios, de la política sin contaminarse, más aún, queriendo transformarlo. Esta es una falla de los cristianos a nivel mundial. Las democracias cristianas comenzaron a existir con un sentido de transformación de la sociedad desde el ejercicio del poder, pero en todas partes el poder se las tragó y las convirtió en un partido más, sujeto como los demás a la ambición personal de sus líderes, a la corrupción y al desentendimiento de las mayorías empobrecidas. Este juicio no puede desde luego generalizarse a todos los líderes de esos partidos, pero sí a muchos de ellos, así como a sus partidarios. Algo parecido puede decirse del mundo de la producción y de los negocios, donde los pocos empresarios con mentalidad cristiana que aún existen se ven arrastrados por una marejada neoliberal muy difícil de resistir.

En términos más circunscritos a las obras apostólicas, los laicos van cobrando un protagonismo importante. Han ocupado puestos directivos en la

mayoría de los colegios desde hace tiempo, lo mismo que en las universidades. Pero no basta ocupar el cargo, sino ejercerlo con sentido de colaboración en la misión de la Compañía, y en ese punto no hemos tenido los jesuitas suficiente claridad para hacérselo ver ni suficiente dedicación para buscar camino juntos.

c) Disponibilidad y gratuidad

Las exigencias económicas personales y familiares de los laicos son distintas de las de los jesuitas. Sus obligaciones familiares se anteponen a otras consideraciones, como debe ser. La misión apostólica tiene que ofrecer una seguridad económica al laico y a su familia, sea cual sea la obra donde trabaje. Las fórmulas pueden ser distintas, pero desde luego no pueden apartarse de lo que las legislaciones nacionales establecen para los trabajadores. Este es un terreno en el que se impone la transparencia de parte y parte, y un discernimiento espiritual para buscar y hallar la voluntad de Dios y lograr así un mayor servicio divino.

Conclusiones

Es la hora de los laicos, se oye con frecuencia, también entre los jesuitas. Esta frase apunta hacia un futuro promisorio para la Iglesia e indica que el espíritu del Concilio Vaticano II va penetrando en las conciencias y en los corazones. Pero tal frase no puede convertirse en una consigna sin repercusiones. Si es la hora de los laicos hay que formarlos, o, mejor dicho, tienen que formarse en la fe y en el discernimiento de lo que la fe exige en los tiempos actuales. La fe es exigente para todos, laicos y religiosos, clero y obispos: exige una transformación de todo el ser humano y de toda la orientación de su acción. Esto es un don del Espíritu y hay que pedirlo y prepararse para recibirlo. El religioso y el sacerdote siguen siendo necesarios en la Iglesia y su papel no pueden desempeñarlo los laicos. Lo contrario también es cierto, aunque la Iglesia padeció de clericalismo durante mucho tiempo y todavía predomina en algunos ambientes. El laico no dispone de las facilidades de tiempo y dedicación a la obra apostólica que tiene la persona consagrada, pero la extensión del Reino no se cuantifica en horas de dedicación, sino en calidad y densidad de la actuación de cada uno, movida por la fe, la esperanza y el amor. A

lo largo de la historia de la humanidad y de la Iglesia son muchas las personas que han testificado, postrados en una cama o desde la inmovilidad de un convento de clausura, que el Reino se apoya, además de en medios humanos, en la oración y en la inmoción interior. Esto sigue siendo verdad también en esta sociedad frenéticamente hiperactiva, de la que muchas veces nos contagiarnos hasta perder la perspectiva. Si es la hora de los laicos es porque ha sonado la hora de todos, y todos tenemos mucho que transmitir a este mundo torturado, frenético, portentoso, terriblemente injusto, pero también generoso, a veces adolescente y angustiado, a veces adulto y consciente de lo que puede hacer y omitir. En una palabra, nuestro querido mundo, por el que Jesucristo murió y resucitó.

Para una espiritualidad ignaciana al “modo laical”

Juan Miguel “Potxi” Zaldúa, SJ

I - Laicos y jesuitas

A medida que los jesuitas vamos profundizando nuestro “sentir con la Iglesia”, como impulso espiritual que contextualiza y proyecta la contemplación “para alcanzar amor” al salir de los Ejercicios Espirituales... a medida que vamos profundizando el compromiso por el Reino y evaluamos el camino que ha recorrido la Compañía de Jesús desde que optó por “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”... y a medida que nos vamos haciendo conscientes de la necesidad y bondad de ir al encuentro del otro “en su cultura” (inculturación) y “en su religión” (diálogo inter-religioso)... hemos entendido que estamos llamados a ser “hombres para los demás y con los demás”, y que esta disposición vocacional configura una identidad creyente y un talante apostólico (una ‘espiritualidad’) que es “gracia” y, como tal, sólo puede ser acogida y vivida en su “transitividad”, es decir, al compartirla con los demás.

Esta ‘moción’ del Espíritu nos permite descubrir un “signo de los tiempos” en el clamor eclesial del laicado por revelar la Iglesia en su verdadera fisonomía de “pueblo (laos) de Dios”, y nos mueve a comunicar y compartir la “espiritualidad” de Ignacio de Loyola, convencidos, además, de que ello ayudará a rescatar la amplitud eclesial que tuvo en sus orígenes, así como su vigencia en nuestros días.

“Vivimos hoy en la era del laicado... Sin duda, el mismo Espíritu del Señor ha llevado a la Iglesia a descubrir, en los signos de los tiempos, este papel esencial de los laicos en la comunidad cristiana. De hecho, es evidente la creciente

presencia y actuación de los laicos en todos los sectores de la vida eclesial... Por eso una Iglesia que mire al futuro tendrá siempre ante sus ojos y en su corazón la vocación y la misión del laico cristiano, tanto en el ámbito intraeclesial como en la transformación evangélica de la sociedad.

Esta nueva situación exige, en primer lugar, de nosotros jesuitas, que hacemos profesión de sentir con la Iglesia, de sintonizar con sus orientaciones y deseos, una nueva actitud. Debemos dejar y promover que los laicos ocupen plenamente su puesto en la Iglesia... De muchos modos podemos ayudar a la formación de los cristianos, que desean cumplir fielmente su misión de testigos de la fe en la Iglesia y en el mundo de hoy... Pero ante todo, hay que ayudarles a profundizar su experiencia del Dios de Jesucristo, sin la cual todos los conocimientos teológicos y técnicas pastorales carecen de sentido y de eficacia apostólica. Para esa tarea fundamental disponemos, los miembros de la Compañía de Jesús, de un medio de incomparable valor, la espiritualidad ignaciana.

Por una parte, crece el número de cristianos laicos que se interesan vivamente por la vía ignaciana de seguimiento de Jesucristo. Por otra, los mismos jesuitas se dan cuenta, de manera nueva, de la fuerza cuantitativa y cualitativa de este movimiento de laicos, de su deseo de compartir plenamente las riquezas del legado espiritual de Ignacio y de su valor e importancia para la misión evangelizadora de la Compañía y de la Iglesia.

Ignacio escribió gran parte de los “Ejercicios Espirituales” cuando todavía no había sido ordenado de sacerdote y era un laico normal, sin pensar ser el fundador de una Orden religiosa. Como laico, durante años, él compartió su experiencia con personas de toda condición, y continuó haciéndolo hasta el final de su vida. La enseñanza espiritual de San Ignacio no es algo recóndito y reservado a algunos escogidos. Es un don hecho a toda la iglesia, un don, en definitiva, del Espíritu del Señor, para ser ofrecido y compartido con todos los miembros del pueblo de Dios”.¹

Estas palabras del P. General sintetizan una realidad, un deseo y un compromiso:

¹ P-H. Kolvenbach, SJ. Sevilla, 23.02.94

·La realidad de un laicado emergente, signo del Espíritu de Dios para nuestro tiempo, que le ofrece a la Iglesia un nuevo rostro y una renovada identidad como Pueblo de Dios, para la realización de su misión en el mundo.

·El deseo de la Compañía de entablar un diálogo que tenga como fruto la "búsqueda común para caminar juntos, bajo la guía de San Ignacio, con un mayor conocimiento y sensibilidad a la acción de Dios en nuestras vidas"².

·El compromiso de ponernos "al servicio de la misión laical ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad. Ofrecemos la espiritualidad ignaciana como un don específico para la animación del ministerio laical. Esta espiritualidad apostólica respeta la espiritualidad propia del individuo y se adapta a las necesidades presentes; ayuda a las personas a discernir su vocación y "a amar y servir a la divina Majestad en todas las cosas". Ofrecemos a los laicos la sabiduría práctica que hemos aprendido en más de cuatro siglos de experiencia apostólica"³.

Un camino ya trazado desde la CG 31^a...

Desde el Concilio Vaticano II, la Compañía de Jesús siente la llamada del Espíritu a compartir una misma espiritualidad con los laicos; lo cual no obedece a la escasez de vocaciones y disminución cuantitativa de jesuitas, sino al reconocimiento y valoración de la identidad y misión eclesial del laico como tal. Así se ha venido planteando en las sucesivas Congregaciones Generales:

La relación con los laicos debe llevar a un "diálogo" con palabras "claras, suaves, confiadas prudentes"; y a un servicio de formación (educación), de selección (líderes) y de colaboración (rol de consejeros).

Reciprocidad de ayuda entre jesuitas y laicos.

(CG 32^a, dec 2, n^o 29. CG 33^a, dec 1, n^o 47)

² P-H. Kolvenbach, SJ. Carta a las personas relacionadas con la Compañía de Jesús, 27.09.91

³ CG 34^a Decreto 13, n^o 7: Colaboración con los laicos en la misión

Los jesuitas y los laicos -> ofrecer el patrimonio espiritual y apostólico ignaciano y asumir la actitud y realidad de compañeros apostólicos.
(CG 34^a, dec 13, n° 7)

“Dar” la espiritualidad ignaciana no es lo mismo que “compartir”, es algo más. El compartir se inspira en el modo de amar de la contemplación “para alcanzar amor” -> amor operativo, comunicativo, receptivo y oblativo. La perspectiva a futuro del “compartir” será la “cooperación” y la “reciprocidad”.

a) Hacia una cultura de cooperación.

La recurrencia del verbo ‘cooperar’ y del sustantivo ‘cooperación’ entre laicos y jesuitas en los documentos de la CG 34^a, permite suponer que se trata de algo más que un mero compartir tareas y responsabilidades, ya sean permanentes u ocasionales. La recurrencia (decreto 13, n° 2.9.20.21.26; decreto 26, n° 16-17) apunta a la necesidad de crear una *CULTURA DE LA COOPERACION* que genere su propia simbólica, su propio universo de significados, su modo de relaciones, sus actitudes, sus pautas de comportamiento...

b) Desde el “diálogo permanente”.

En dinámica de *DIÁLOGO PERMANENTE* entre laicos y jesuitas, para conocer y vivir desde esta espiritualidad: “Son muchas las personas que durante el Año Ignaciano me han manifestado que la espiritualidad ignaciana es parte muy importante de su vida. Algunos me han dicho que este año les ha brindado la primera ocasión de conocer a Ignacio y su espiritualidad. Muchos me han rogado que sigamos compartiendo esta herencia ignaciana aun después de los actos que han marcado el pasado centenario. Respondiendo a este deseo, y para comenzar lo que espero será un diálogo permanente entre ustedes y mis hermanos jesuitas en sus respectivos países...”⁴

Es preciso reconocer que laicos y jesuitas tenemos en “común”: el carácter bautismal de nuestra opción de fe y la complementariedad en la misión, por el llamamiento a compartir la misión de Jesús.

⁴ P-H. Kolvenbach, SJ. Carta a las personas relacionadas con la Compañía de Jesús, 27.09.91

Pero también tenemos que entender que el "modo nuestro de proceder" (la espiritualidad "jesuítica") no es sinónimo de "espiritualidad ignaciana". No habrá diálogo ni reciprocidad posible entre laicos y jesuitas si la espiritualidad "jesuítica" y la espiritualidad ignaciana son percibidas como sinónimo. Veamos qué nos dice Ignacio de Loyola.

II – Ignacio de Loyola y la vocación laical⁵

Ignacio, durante su vida "apostólica" de laico, hizo más énfasis en la cristianización de las personas que en su incidencia en lo secular. Promovió más un cristianismo de talante eclesial que de talante secular.

Para los seglares -> vida de piedad (oración y prácticas de devoción), vida sacramental (confesión y comunión frecuentes), y ayuda a los pobres (limosnas y ayudar en hospitales). Cf. Carta de Ignacio a Antonio Enríquez (26.03.1554).

Para sacerdotes y religiosos -> vida apostólica.

Ya como jesuita, en las Cartas que escribe Ignacio de Loyola (más de 7.000) se ve con claridad:

La importancia que concede a los seglares.

La gama de personas y situaciones a las que se dirige y responde.

Los matices de su orientación pastoral.

La incorporación de lo secular, temporal y terreno, a la vida cristiana y a la acción por el Reino -> ellas son mediación de la gloria de Dios, pues "quiere ser glorificado con lo que Él da como Creador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural, Const 814.

Y de ello se desprende que la vida seglar según Ignacio consiste en:

a) Mucho servicio y alabanza del Señor:

buenas costumbres y buena doctrina

⁵ J.M. Rambla, SJ (Manresa, vol 67, nº 262, enero-marzo 1995)

vida sacramental

vida de piedad -> oración y devociones

ayudar a personas necesitadas (limosnas)

amistad y trato con personas espirituales

b) Mucho servicio de Dios y bien universal -> mover a otros al apostolado (apostolado directo e individual o colaboración con instituciones); captar seguidores y reunirlos en comunidad; vivir lo “secular” con calidad cristiana. Da también indicaciones para organizar lo secular y lograr acciones “estructurales” en las instituciones civiles (Azpeitia).

Una vida secular auténticamente cristiana se orienta por el PF -> ordenar todo (las cosas creadas) para que Dios sea alabado y servido.

c) Y todo ello como “experiencia de Dios” (“contemplativo en la acción”). Es la propuesta de la contemplación “para alcanzar amor” -> todo puede ser lugar de encuentro con Dios, Const 814.

En los Ejercicios Espirituales, para Ignacio la perfección evangélica se propone por igual para el estado religioso y para el estado secular, EE 169.189

El laico también está llamado a la perfección evangélica. La diferencia de respuestas al “llamamiento” no se corresponde con los distintos estados de vida, sino con los distintos talentos de personas. El más y el menos no depende de que se elija un estado de vida u otro, sino del mayor o menor deseo de “señalarse”, EE 18.96-97; Const 649.

Sólo las disposiciones personales, el mayor o menor deseo y contento, hace que se aboque a ellos con mayor o menor urgencia, prioridad y dedicación. Ignacio se dedica más a las personas que...

desean avanzar en una vida interior profunda
son sensibles a la colaboración material o en obras de apostolado
orientan su profesión laical como servicio al bien espiritual y material de los demás. Cf. Carta a los que son enviados a Ministerios, 08.10.1552

III - Desafíos para un cristiano laico... "al modo ignaciano"

Lo más característico de la "vocación laical" es su condición "secular" más que "eclesial". Una espiritualidad adecuada para esa condición "secular" debe inspirarse en la misma 'espiritualidad' de Jesús -a quien desde sus primeros pasos en la "vida pública" le contemplamos "movido" por el Espíritu Santo (Lc 3,22; 4, 1.14.18)- cuyos rasgos principales son:

Impulso hacia la novedad

Al empezar su "vida pública", Jesús busca en lo nuevo / novedoso -> en el profetismo del Jordán, y no en el templo de Jerusalén o en alguna "escuela" de aprendizaje de la Torah, (Lc 3,21).

Conciencia de su filiación divina

En el Jordán ocurre la manifestación del misterio de su persona -> es Hijo. Para Jesús es la experiencia de sentirse "amado-desde-antes" (predilecto) y elegido, lo cual le permite vivir desde un amor fundante, (Lc 3,22).

Necesidad de discernir y vivir eligiendo

En el desierto, Jesús se muestra buscador incansable de la voluntad de su Padre, y no está exento de discernir la cotidianidad. Querer caminar delante de Dios, en pos de su "novedad", requiere "respuestas" novedosas, (Lc 4, 1-13).

Conciencia de "enviado"

Jesús siente que hay un "para qué" en su vida; que es un hombre con una 'misión', y una misión bien caracterizada -> *missio ad pauperos*, (Lc 4, 14-21). El enviado sabe que no ha hecho una elección propia, sino que Otro le ha elegido para esa misión. Por eso Jesús vive con la mirada fija en Aquél que le envía.

Originalmente, se puede decir, la de Ignacio es una espiritualidad 'laical' y 'mundana' -> se origina teniendo como mediación humana a un seglar (Ignacio

de Loyola) sin formación teológica ni incardinación institucional. Sus rasgos principales son:

espiritualidad centrada en una “sólida experiencia de Dios”,
espiritualidad de discernimiento,
espiritualidad para un amor de comunión,
espiritualidad de servicio “comprometido” con la vida cotidiana,
profesional, los negocios, la política...

Es una ‘espiritualidad’ que estructura “ad intra” de la persona (-> da identidad) y la proyecta “ad extra” en donación y servicio (-> genera misión). En palabras de una laica ignaciana, esta espiritualidad favorece la libertad, el crecimiento en la fe, y el amor pleno (Suzan de Matteo⁶, Venezuela).

A partir de la contemplación del Rey Eternal y de la Encarnación, en los Ejercicios Espirituales [91-109] de San Ignacio, entendemos que el “contexto de realidad” que viven las personas es el detonante de la ‘encarnación’ de Dios en Jesús de Nazaret y, por lo tanto, pertenece (el contexto) a la esencia de la vocación (del “llamamiento”) del cristiano.

“Es significativa, en nuestros tiempos, la búsqueda de una espiritualidad de síntesis, porque, por muy controvertido que parezca, uno de los signos de adultez en el cristiano es el planteamiento de una realidad integrada entre la experiencia mística o espiritual, y la búsqueda de las mediaciones que hagan esto posible... De algunos de nuestros mayores hemos recibido dos convicciones de experiencia: la necesidad de una espiritualidad integrada e integradora de la realidad sociocultural, la fe y uno mismo; y la conciencia creciente de que el compromiso radical en el mundo requiere una honda vivencia espiritual” (Rosa Cubillo, CVX de España).⁷

Esto plantea una serie de desafíos y posibilidades, que encuentran en la espiritualidad ignaciana orientación y respuesta.

⁶ Presidenta de OSCASI (Organización Social Católica del colegio San Ignacio)

⁷ Testimonios. Páginas de los seculares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

1. La posibilidad de realizarse como cristiano en el mundo (en medio de las realidades temporales) sin tener que negarlo ni huir de él.

¿Cómo lo plantean los laicos?

Cómo proceder en el mundo como cristianos, a partir de una adecuada comprensión de la realidad:

comprensión de la realidad (lectura creyente)

asumirse como parte de esa realidad

hacerse cargo de esa realidad (compromiso)

Cómo hacer y acontecer "políticamente" en esa realidad, para lo cual se requiere criterios de operatividad, eficacia, bien mayor, etc. y, por lo tanto, se requiere de discernimiento.

Necesidad de una espiritualidad

"La lectura creyente de la realidad, la encarnación y el compromiso, son para Ignacio tres inflexiones de una misma acción: el modo de proceder en el mundo. En los EE esto hunde sus raíces en la contemplación de la Encarnación [102-106] y, de forma implícita, a lo largo del resto de los EE culminando en la contemplación "para alcanzar amor" (230-237), donde nos propone mirar el mundo, la naturaleza, el devenir histórico, la actividad humana y a nosotros mismos, como Dios los mira.

"A mi entender, la dimensión social de los EE no habría que buscarla tanto en la letra de los mismos cuanto en la dinámica interior que provoca en el sujeto el hecho de haber sido alcanzado tan profundamente por el Señor. Dinámica que lleva a sentirse partícipe de la acción redentora de Dios en el mundo. No hay más que ver cómo, en Ignacio, la conversión a Cristo le lleva ineludiblemente, a la conversión a los pobres. "Ser puestos con el Hijo" (EE 147) no es sólo una vivencia interior, sino que se prolonga en un compromiso de vida y acción por los pobres como el que tuvo Jesús; y, como sabemos, esto le supone a Ignacio profundos costos personales e institucionales.

"La cosa se complica más aún cuando los laicos nos planteamos que una de las llamadas más legítimas y significativas de nuestra misión es a trabajar en el centro y desde el centro del mundo (centros de "poder" social, cultural, económico...). Eso sí, a favor de los más desfavorecidos; esto no es opcional si queremos ser fieles al Evangelio de Jesús. Cualquier ámbito de responsabilidad, desde la familia hasta los socio-políticos, son, de algún modo, centros de poder. Y por lo tanto, lugares donde la realidad no es neutra. O nuestro modo de proceder crece por la vía de la bandera de Jesús e incide en favor de los más pobres y excluidos, o está creciendo por la otra y se sirve de ellos" (Rosa Cubillo, CVX de España).⁸

"La formación y la comprensión de la realidad (incluyendo su mirada desde el plan de Dios): hoy en día nos encontramos inmersos en una dinámica de cambios que nos exige estar atentos a los signos de los tiempos para intentar orientar nuestro actuar hacia la mayor gloria de Dios, pero puede suceder que por desconocimiento o por incompreensión de la realidad y de las repercusiones que la misma está teniendo en los más necesitados, nos convirtamos en obstáculo para la promoción e instauración del Reino. Por ejemplo: desde la educación estamos tratando de hacer muchas cosas pero mejorar la propuesta educativa de los colegios. Esto está muy bien, pero hay quienes piensan que deberíamos centrarnos más en promover iniciativas para atender a los excluidos y desertores del sistema escolar. Ambas propuestas son muy válidas, pero a la hora de destinar recursos cuál debe privilegiarse. Ante esta realidad los laicos debemos desarrollar nuestra capacidad de discernir aquello que más nos conduce a la gloria de Dios" (Edgar Contreras⁹, laico de Venezuela).

"El deseo de unir un mundo "tan dividido", que contempla la Trinidad en la encarnación, conecta con que el amor sólo es auténtico si carece de fronteras. Esto me lleva a que la misión no se reduzca al entorno amical, sino que evangelice las estructuras en que participo. El amor medido no es tal si no se manifiesta en un "amor estructural" que sea el principal argumento de mi trabajo. El trabajo es donde paso más tiempo al día, es mi principal instrumento de transformación del mundo, y esto no sólo no puedo escindirlo del seguimiento de Cristo, sino que la vida laboral (trabajar y estudiar) es una de mis vías místicas principales.

⁸ *Ibid.*

⁹ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

“Al ser investigador social y docente universitario, una de las piezas más importantes es la elección de los temas a tratar y cómo hacerlo. Los pobres, tan presentes en la espiritualidad ignaciana, los vivo no como un “campo de misión”, sino como un ‘criterio de misión’. Y todas las misiones que emprendo, por ejemplo mi tesis doctoral, quieren verse preñadas por ese criterio. A la hora de programar las asignaturas, la opción por los pobres se convierte en un tipo de Nueva Ilustración cuyo < < siglo de las luces > > es la promoción de la justicia frente a un saber y poder que ejercen la sombra de la explotación, la dominación y la alienación” (Fernando Vidal, CVX de España).¹⁰

Desde la Compañía de Jesús:

El laico y “las demás cosas creadas”, como referencia de implicación y compromiso ‘político’.

CG31^a, dec 33, n° 2 -> sin los laicos la Iglesia no tiene cómo “hacerse presente al mundo en muchos campos de la actividad humana...”

El laico -“profeta”, pero sobre todo “político” de la opción fe-justicia- es intérprete privilegiado del PF, por ser el mejor intérprete del mundo moderno.

CG31^a, dec 28, n° 27 a); dec 33, n° 2 -> los laicos serán siempre para nosotros los intérpretes naturales del mundo moderno. Ellos nos ayudan a interpretar nuestra propia VC.

Desde la espiritualidad ignaciana -> ARDOR POR AYUDAR A LAS ALMAS

Ignacio experimentó el amor como permanente intercambio y encargo de dar. Es una mística de servicio. El ‘fin’ que da sentido a su vida y en el que desemboca toda su experiencia ‘peregrina’ de Dios es “ayudar a las almas”. Lo más concreto y lo más universal al mismo tiempo. Todo lo que sea servicio a los demás, en su realidad y en sus necesidades, en su cuerpo o en su espíritu, es la *voluntad de Dios* para él y, por lo tanto, es su *vocación*.

Este aspecto de la espiritualidad ignaciana se vive desde ese principio de realidad -evangélicamente hablando- que son *los pobres*.

¹⁰ Testimonios. Páginas de los seculares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

La idea de Ignacio es muy sencilla: los pobres nos ponen en la lógica del Reino. El proyecto de Dios para esta historia humana se nos revela desde los pobres. Son ellos los que nos dan entrada, verdadera participación, en el proyecto de Dios. En este sentido, los pobres son los que nos ubican en la realidad, según Dios. Ellos constituyen el principio de realidad para el creyente. La realidad no se ve bien, no se capta verdaderamente, si no se ve desde los pobres. En la realidad vista y asumida desde los pobres, se juega por tanto la posibilidad de tener acceso a la verdad. Toda otra ubicación que no sea la de los pobres nos sitúa fuera de la lógica de Dios, falsifica la verdad y nos hace cómplices en la mentira del mundo (Jon Sobrino).

Cf. Carta a los PP y HH de Padua, 07.08.1547. Obras Completas, BAC³, pp. 818-819.

Cf. Instrucción a los PP enviados a Trento, 1546. Obras Completas, BAC³, p. 785.

Por eso la *opción preferencial por los pobres* es cuestión teológica antes que sociológica.

Ayudar a las almas con ‘medios’ apostólicos. ¿Cómo lo hacía Ignacio? Cf. J.I. Tellechea, Ignacio de Loyola. Solo y a pie, p. 314:

1. Antenas captativas.
2. Concientización (sensibilizar gente).
3. Juntar voluntades y manos, y organizarlas.
4. Crear instituciones / medios adecuados.
5. Buscar apoyos que garanticen estabilidad y duración a la empresa.

Esta actitud se “regula y orienta” en el espíritu del *Principio y Fundamento*, y se “expresa” en la *opción al servicio de la fe y promoción de la justicia*. El adecuado uso de los ‘medios’ apostólicos exige “amar con la cabeza” (inteligentemente).

Es una espiritualidad para la acción -> operativa, dinámica y pragmática. Privilegia la praxis apostólica en el mundo, no para negarlo ni huir de él, sino para conquistarlo para Cristo. Esta acción apostólica es la que integra dentro de sí la dimensión contemplativa de la fe cristiana; para lo cual necesita integrar FE y TALENTOS humanos con los que se interactúa con las demás cosas creadas.

2. La posibilidad de la fe mediante el seguimiento a Jesucristo (y no recurriendo a subjetivismos intimistas o exterioristas, sin rostro ni entidad).

¿Cómo lo plantean los laicos?

Pasar de una fe como "creencias" a la fe como "experiencia" de Dios:

Una experiencia de Dios como experiencia del amor gratuito de Dios.
Una experiencia de Dios que se recibe desde el "silencio" interior y desde la "realidad" iluminada.

"Desde mi experiencia de laico que asume la vida en pareja como opción y que desea "vivir" (gustando) el matrimonio y la paternidad los EE han supuesto un conocerme y entenderme desde el amor de Dios. Un Dios que me ha dado la vida y que además me ha permitido tener una familia, un hogar, salud, amigos y la posibilidad de servir a los demás. Los EE me han permitido tomarle el pulso a mi vida haciéndome consciente de mis aciertos y desaciertos y del amor de un Dios que me eligió a pesar de lo indigno y pecador que yo me pueda sentir" (Edgar Contreras¹¹, laico de Venezuela).

Desde la experiencia inmediata y personal con el 'totalmente Otro' (Anotación 15^a), hacerse prójimo y consagrar su vida a los otros (Suzan de Matteo¹², Venezuela).

"El silencio y vivenciar son dos ejercicios pilares de mi seguimiento de Cristo, practicados en la oración diaria, el examen de conciencia, las horas de reflexión y la escucha de los demás y el periódico.

¹¹ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

¹² Presidenta de OSCASI (Organización Social Católica del colegio San Ignacio)

"El silencio lo entiendo como quiebra de ese discurso interior que impide "que la vida real sea revelación" a través de las mociones más esenciales.

"Vivenciar significa sentir la vida, no sólo pasar por la vida. Es ayudar a que emerja la verdadera realidad de la vida. Este "realismo espiritual" de mirar como mira Dios la existencia, es el primer y principal hábito que aprendió en los EE mi corazón, constreñido por tantas dictaduras" (Fernando Vidal, CVX de España).¹³

Desde la espiritualidad ignaciana -> CENTRALIDAD DE CRISTO

Desde el mundo se puede hacer / tener la experiencia directa e inmediata de Dios.

Una experiencia más 'mística' que 'ascética', cuyo fruto constante es la convicción de un "Dios mayor" -> lo que Ignacio hace, experimenta y vive, le descubre siempre "algo más", Alguien mayor.

Este Dios mayor es el Dios-Trinidad -> Ignacio conoce a Dios bajo la faceta de su relación salvífica con el mundo y con cada una de las personas (cf. meditación de la encarnación).

El eje que sostiene y dinamiza la experiencia de Dios es el amor a Jesucristo, revelador definitivo de Dios Padre.

Cristo es la razón y sentido de todo, pero de un modo distinto al de San Juan de la Cruz ("esposo que invita a las nupcias") y al de San Agustín ("maestro interior que enseña sin estrépito de palabras").

Cristo es la manifestación histórica del amor de Dios, tanto en la propia vida reconciliada (EE 61), como en un mundo "amenazado de redención" (EE 102, Encarnación).

La contemplación del rey que llama a su servicio [EE 91-100] y la meditación del combate en el mundo (EE 136-148, Banderas), tiene el sentido y el efecto de

¹³ Testimonios. Páginas de los seglares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

“ser requerido (nombrado) para algo necesario y posible”, y que además hace fecunda mi existencia.

El constante descenso de Dios-Amor a sus criaturas (EE 234-237, Ad amorem) convence y conquista a la persona para un *amor operativo* (“que se debe poner más en las obras que en las palabras”, EE 230), y para un *amor comunicativo* (“de lo que se tiene o se puede”, EE 231)

Una cristología, la de la espiritualidad ignaciana, menos cultural y más del seguimiento, menos evasiva y más humanizadora de la vida personal y de las realidades terrenas. La unión con Cristo no es tanto ‘mística’ cuanto de ‘compromiso’ con su misión histórica. Jesucristo acorta al máximo nuestra distancia de Dios y del prójimo.

El P. Jerónimo Nadal, el más fiel intérprete de su espiritualidad según San Ignacio, nos dice:

“la oración y la soledad sin medios exteriores para ayudar a las almas, son propias de las religiones monásticas... pero no de nuestro Instituto. Quien quiere soledad y sola oración, a quien le agrada el rincón y el huir de los hombres y el trato con ellos para aprovecharlos, no es para nuestra vocación; para ese tal hay cartujos... Nuestra vocación nos pide más”.¹⁴

Centrado continuamente en Dios, Ignacio desarrolló una nueva forma de oración apostólica, que, a decir del mismo Nadal,

“le hacía sentir la presencia de Dios y el sabor de las cosas espirituales en todas las cosas, en cuanto hacía, en cuanto conversaba, siendo contemplativo en la acción (lo que Ignacio explicaba diciendo que hay que hallar a Dios en todas las cosas)”.¹⁵

3. La posibilidad de crecer y madurar parejos (sin desniveles entre ambos) como personas y como cristianos.

¹⁴ Monumenta Natalis IV, 673; Pláticas de Alcalá, Comentario en la Instrucción 324.

¹⁵ Monumenta Natalis IV, 651.

¿Cómo lo plantean los laicos?

Cómo ser adultos y cristianos sin oposición ni yuxtaposición entre ambos aspectos.

El diálogo “a partir del Espíritu” (en discernimiento) orienta el crecimiento personal, las opciones fundamentales de vida, el ordenamiento y maduración de la afectividad, el modo de proceder en el ámbito familiar, profesional, laboral, social... ayudando así a descubrir al Dios “adulto y para adultos”.

Necesidad de descubrir el “modo laical” de lo más vertebral de la espiritualidad ignaciana: disponibilidad, indiferencia, libertar, tanto-cuanto, magis, 3º humildad...

Reivindicar la bondad y necesidad del “maestro espiritual” (acompañante).

“El ser contemplativos en la acción: particularmente creo que los laicos corremos el riesgo de entrar en dinámicas agotadoras y envolventes en las que Dios no entra o es considerado muy poco. Esto es un rasgo característico del contexto en el que vivimos, por ello los laicos debemos desarrollar nuestra capacidad de ver a Dios en todas las cosas y de tenerlo presente como horizonte de nuestras vidas. Todos conocemos las propuestas de Ignacio de examen del día, de la oración, de tener un grupo o comunidad de referencia pero en la cotidianidad hay que hacer grandes esfuerzos para no dejarse vencer por algo tan elemental como lo es el cansancio o la preocupación por cosas cotidianas. El desarrollar un modo de orar y de vincularnos con Dios en lo cotidiano es una necesidad creciente” (Edgar Contreras¹⁶, laico de Venezuela).

Una espiritualidad que hace tanto énfasis en el ‘discernimiento’ conduce a la fe en un “Dios de adultos”, y a una determinada relación intramundana (Suzan de Matteo¹⁷, Venezuela).

“Los hombres de Dios, conforme se acercan más a Cristo, pierden seguridad en sí mismos, para ponerla en la misma relación con Dios. En efecto, el centro de

¹⁶ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

¹⁷ Presidenta de OSCASI (Organización Social Católica del colegio San Ignacio)

gravidad de la existencia se desplaza desde mi columna vertebral a la interacción misma con el Otro. Antes, cuando era más mercenario del Imperio de Dios, lo tenía todo muy seguro; ahora, creo que mi seguridad es mi constante diálogo con Él. He comprobado que cuando uno se fía y deja que la vida se lleve entre dos, se multiplican los horizontes vitales y uno parece que vive más. La espiritualidad sólo aparece con el diálogo, cuando se supera el monólogo.

“Este diálogo a todos los niveles es algo que Ignacio fue aprendiendo durante toda su vida: relacionarse consigo mismo no desde el autoritarismo de la voluntad sino en un proceso abierto de diálogo consigo mismo. Esta estructura dialógica es la forma predominante de relación presente en todos los EE: entre <<el que acompaña>> y el <<acompañado>>, entre el ejercitante y Cristo. Esta actitud me lleva a querer que mi catecismo sea sobre todo la relación con Dios” (Fernando Vidal, CVX de España).¹⁸

“Frente a tantos reclamos del mundo exterior, frente a los vaivenes del entorno que ponen a prueba constantemente nuestra afectividad, una pedagogía como la ignaciana nos permite distinguir entre los movimientos interiores (mociones) para aproximarnos a la llamada singular que el Señor dirige a cada uno de nosotros, llamada hecha desde el profundo y concreto amor por cada uno de nosotros. Este discernimiento de espíritus nos permite reconocer, en nuestra <<historia de salvación>>, la misericordia del Señor y su amor que cura, reordena nuestra afectividad y la prepara para escoger entre la bandera del mundo y la del Señor.

“... teniendo en cuenta que la vida de un laico normal se compone de familia, hijos, profesión o trabajo, actividades de todo tipo y un sinfín de servicios posibles, el discernimiento se convierte en aquel instrumento que nos permite valorar nuestras intuiciones según la misión que Dios nos confía y confirmar posteriormente la bondad del camino elegido” (José M^a Riera, CVX de España).¹⁹

“La experiencia de los EE ha sido clave para mantenerme firme en el deseo de vivir mi ser cristiano desde la perspectiva de Ignacio, en cuanto me aporta elementos para asumir el día a día, en el que se presentan múltiples situaciones en las que entran en juego las convicciones personales, las exigencias de la vida en

¹⁸ Testimonios. Páginas de los seglares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

¹⁹ *Ibid.*

pareja, la oferta de la sociedad, la relación con los otros, el trabajo y los deseos. Los EE y el examen del día nos permiten echar la vista atrás y darnos cuentas si en este caminar vamos creciendo en el seguimiento de Jesús y la proclamación del Reino o si vamos perdiendo terreno.

“Ante el reto de la disponibilidad, la libertad, la indiferencia y el «tanto cuanto» que se nos presenta en los EE los laicos nos vemos confrontados en nuestra capacidad de conjugar profesión y apostolado, libertad y opciones asumidas, excelencia y humildad, disponibilidad y estabilidad en procura de decidir (con paz y tranquilidad) en qué vamos a gastar la vida procurando la mayor gloria de Dios. Sobre este particular, los laicos hemos de aprender a vivir en libertad desde nuestras opciones (en las que otras personas están directamente involucradas) y a conjugar nuestro apostolado y la profesión. Yo creo que los laicos debemos evitar la dualidad entre la profesión y su ejercicio y el servicio a los demás.

“En cuanto a nuestra disponibilidad hemos aprender a estar disponibles desde nuestras opciones, de manera que en nuestro actuar no neguemos o sintamos como obstáculos las opciones hechas. Por ejemplo: mi disponibilidad para el servicio y la atención a los colegios me supone viajar con cierta frecuencia, pero ello no puede suponer un descuido o abandono de mis hijos y esposa. En este sentido digo que la disponibilidad nuestra tiene sus matices y que los EE son experimentados desde unos parámetros que se van definiendo desde nuestra identidad.

“Por último, deseo expresarte que en nuestra condición de personas insertas en el mundo, que contamos (sin negar el amor y la bondad de Dios) con lo que heredamos de nuestros padres y con lo que hemos podido ir construyendo en nuestras vidas la respuesta al amor de Dios no se ve tan directamente vinculada al tercer grado de humildad, porque hay elementos que pesan mucho y que nos tientan constantemente a poner la seguridad en las cosas, por ejemplo: el trabajo, aun asumiéndolo como apostolado, es una fuente de ingresos económicos, sin los cuales no se pueden mantener otras cosas” (Edgar Contreras²⁰, laico de Venezuela).

Desde la espiritualidad ignaciana -> DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

²⁰ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

(El discernimiento es un modo de conocimiento hecho desde el 'corazón', desde el espíritu de la persona, desde la profundidad de su ser. Es un modo de conocimiento real, que descansa en la tendencia innata de la persona hacia el BIEN, hacia la BELLEZA y hacia la VERDAD. No es un conocimiento que niegue o prescinda de la 'razón' y del conocimiento intelectual; pero éstos no constituyen la facultad motora principal de este modo de conocimiento que llamamos "discernimiento")

La experiencia de Dios no se realiza exclusivamente en la oración ni en el retiro espiritual... sino que tiene como ámbito natural y ordinario la vida cotidiana -> a partir de la Encarnación Dios asume la cotidianidad humana = se hace un "hombre de calle" y no una "divinidad de templo".

Tanto la realidad del mundo como la presencia de Dios en este mundo, como mi lugar y responsabilidad en todo esto, requieren del 'discernimiento para...

Reconocer la voluntad de Dios, distinguiéndola de las dinámicas deshumanizadoras que se ofrecen hoy al hombre.

Reconocer en mí el combate entre lo de Dios y lo que contradice su voluntad -> las "afecciones desordenadas".

Creer en la libertad, y actuarla en opciones y compromisos.

Por eso la espiritualidad ignaciana se conoce en estos frutos:

Una persona más integrada en su interior.

Una persona más coherente y consecuente en su actuar en la sociedad.

"Buscar a Dios en todo" -> buscarlo a través de la oración era lo ordinario hasta entonces; pero buscarlo "en la acción" es la novedad que trae Ignacio. ¿Cómo es posible? Dando primacía al "saber experiencial" por encima del "saber académico". La 'experiencia' (y no la teoría) es el punto de partida.

Para descubrir la presencia activa de Dios en el mundo se requiere:

El *discernimiento* como metodología espiritual para:

buscar y hallar la voluntad de Dios

encontrar los «medios» que más conducen a la mayor gloria de Dios

El *examen de conciencia* (del "consciente"), tanto de la oración como de la acción.

Se trata de vivir la "vigilancia evangélica" (= análisis de fe de la realidad).

En la medida que el discernimiento permita «hallar la voluntad de Dios» y *elegirla* (= activar mi libertad en favor de dicha voluntad divina), se ponen a funcionar aspectos claves de la madurez humana -> libertad de elegir el 'camino' de mi vida y los 'medios' coherentes; ejercicio de la propia responsabilidad y de la corresponsabilidad histórica desde la integración familiar, el ejercicio profesional...; sentido trascendente de la existencia; dialéctica entre obediencia y libertad..

El discernimiento espiritual postula la reivindicación del «maestro espiritual» (= el "acompañante", que conoce más por experiencia que por erudición): "Inherente a la experiencia de EE y al crecimiento en Cristo por el camino de la espiritualidad ignaciana, es la confrontación, el acompañamiento personal: poner delante de otra persona mi vida para decir y escuchar aquello que yo no quiero o no soy capaz de descubrir. Es ésta una instancia objetivadora, sanante y animadora que no habría que echar en olvido al trabajar la pedagogía de la esperanza activa, de la resistencia, o de la capacidad de convivir con el misterio" (Rosa Cubillo, CVX de España).²¹

4. La posibilidad de ser-cristiano-con-otros, en contra de una opción individualista o de francotirador eclesial.

¿Cómo lo plantean los laicos?

Cómo vivir la fe cristiana y el compromiso de vida, con otro (en comunidad) y con "sentido de Iglesia".

La identidad y pertenencia eclesial es un punto débil en el laicado. Lo jerárquico de la Iglesia hace problema.

²¹ Testimonios. Páginas de los seculares... (Manresa, vol 67, n° 262, enero-marzo 1995)

“¿Qué hacer para que ese centro y ese “poder” no nos corrompa? Una, sólo una de las instancias de apoyo, es la comunidad cristiana. Comunidad en cuanto fraternidad evangélica que combine cuatro elementos fundamentales:

La acogida, el reconocimiento mutuo y la fiesta, tan necesarias en nuestra condición humana.

La plegaria y la celebración que actualicen sacramentalmente el motivo último que nos reúne como amigos en el Señor.

El cultivo de una vida alternativa en el mundo, que haga creíble ante la gente de hoy nuestra identidad cristiana.

La elaboración en común de respuestas evangélicas a las necesidades más urgentes de nuestro mundo” (Rosa Cubillo, CVX de España).²²

“Lo tercero que veo que me marca es lo de la vida comunitaria, que en mi caso se concreta en la Comunidad de Vida Cristiana (CVX)... Como soy un tipo bastante individualista, me costó tiempo comprender que las misiones no son mías, sino que participo, a través de la Iglesia, en una sola misión. Y esto me emociona mucho. Primero, intento vivir teniendo como sujeto existencial el “NOSOTROS”, no sólo el “YO”... Cada persona no tiene su misión, sino que todos tenemos una sola.

“Sentir que tu acción la conjugas desde el < < nosotros > > amplía mucho el horizonte de la vida y constituye relaciones sociales fundadas en Cristo.

“Cuando en ese “nosotros” incorporo especialmente a los pobres, los ciegos, los prisioneros y los hombres de corazón roto, mi estilo de vida cobra otras direcciones.

“Segundo, la vida en comunidad se concreta en mi pequeño grupo de diez compañeros con los que voy contemplando nuestras vidas en el mundo y leyendo las distintas mociones personales y grupales, con el fin de ir descubriendo por dónde seduce el espíritu a caminar en las distintas situaciones. La Comunidad de Vida Cristiana (CVX), cuyo “código genético” son los EE, ha sido el don del

²² *Ibid.*

Señor que, después de mi familia, más me ha guiado a encarnar el Reino de Dios en nuestro mundo" (Fernando Vidal, CVX de España).²³

"El sentirnos formando parte de la Iglesia (Pueblo de Dios y Jerárquica): sobre este punto pienso que a los laicos se nos hace más difícil sentirnos formando parte de una Iglesia (puta y casta) ya que esto nos exige actuar en procura de ganar el espacio que se nos ofrece, pero que no nos sentimos tan preparados para asumir. Por otro lado, pienso que la Iglesia debemos de asumirla con sus bondades y defectos y me da la impresión de que estamos esperando que las cosas se acomoden para nosotros asumirla, esto lo digo en referencia directa a la jerarquía y todo lo que ella supone" (Edgar Contreras²⁴, laico de Venezuela).

Desde la espiritualidad ignaciana -> SENTIR CON LA IGLESIA

Nuestra fe es eclesial. Esta eclesialidad es garantía de la objetividad de nuestra fe, que trasciende nuestra subjetividad. Así como para ser personas necesitamos de la comunidad familiar y de la sociedad, para ser cristianos necesitamos pertenecer a la comunidad eclesial, como dicen los Padres: "Un cristiano sólo no es cristiano"; "quien no tiene a la Iglesia por madre no puede tener a Dios por padre"; "la fe cristiana es siempre fe *eclesiástica*" (en el sentido original de esta palabra: fe nacida y vivida en la Iglesia). "La fe del cristiano es, y no puede dejar de ser, una participación en la fe común de la Iglesia... Es en el interior de la Iglesia que el cristiano puede decir, con toda verdad: Yo creo en Dios" (De Lubac).

El texto de los EE termina con unas reglas para 'Sentir en la Iglesia', entendiéndola como depositaria de la manifestación salvífica de Dios en Jesús, para el mundo. Estas reglas pertenecen plenamente a la dinámica de los Ejercicios. Lo que pretende Ignacio con ellas es "favorecer una asimilación profunda, mística en un sentido amplio de esta palabra, del misterio de la Iglesia, la gran protagonista de la 4ª semana de los Ejercicios" (Jesús Corella).

Esta actitud eclesial comporta la vivencia dialéctica de dos aspectos importantes:

²³ *Ibid.*

²⁴ Subdirector de CERPE (Centro de Reflexión y Planificación Educativa)

La autoridad y su dimensión jerárquica -> desde la "obediencia".

La "representación" inconforme y creativa -> desde la "libertad".

El sentir con la Iglesia, en nuestro contexto eclesial, como en el de San Ignacio, no puede significar sumisión mecánica a las autoridades religiosas. La expresión correcta de la actitud eclesial no nos es ofrecida ya pronta, acabada, sino que debe ser buscada, en el discernimiento, pues se trata de captar y obedecer las mociones del Espíritu Santo. Esto tendría en mente Ignacio al escribir en el proemio de las Constituciones de la Compañía de Jesús la supremacía de la "ley interna de la caridad" -ad amorem- por sobre toda ley externa, y aun "constituciones" (Const 134).

Ley interna de la caridad, libertad interior y amor a la Iglesia, constituyen la actitud eclesial previa y necesaria para el discernimiento en la Iglesia. Esta actitud posibilita el diálogo, con ánimo desarmado, de quien dice cómo se siente y oye cómo se sienten los otros. Esta actitud nos da fuerzas, también, para luchar por lo que nos parece ser la voluntad de Dios, usando de todos los medios disponibles

Notas sobre la participación del laico en el Colegio San Ignacio

Germán Castillo Pinto

Marco Histórico

“Para 1810, nos dice Francisco José Virtuoso, existía en la sociedad organizada bajo la capitanía general de Venezuela una Catolicidad bien definida y alimentada por una vigorosa institución eclesiástica”¹.

El autor considera que: “la Catolicidad penetra las costumbres, la moral, la simbología social, la educación y las experiencias sociales. La Catolicidad es una sociedad que no solamente profesa el catolicismo sino que se organiza globalmente desde esa profesión religiosa”².

Situémonos ahora en 1917, es decir, algo más de un siglo después de la referencia anterior, leamos lo que nos escribe Monseñor Carlos Pietropaoli, Delegado Pontificio ante el Gobierno de Venezuela, cuando se despedía del país. “Así creo haber cumplido modestamente las órdenes recibidas. De la eficacia de la acción desarrollada por mí hablará el porvenir, cuando los PP. Jesuitas habrán formado según el corazón de Dios el nuevo Clero y cuando junto al Seminario se levantará, según es nuestro deseo, el gran colegio para jovencitos laicos que dará a esta República un laicado católico que hoy no existe. Entonces será el momento de hacer desaparecer del Código de Venezuela la pésima y vergonzosa ley de

¹ Virtuoso, Francisco José. “La crisis de la catolicidad en los inicios republicanos de Venezuela (1810 - 1813). UCAB 2001, p. 15.

² Virtuoso, Ob. cit, p. 14.

Patronato mediante la conclusión de un buen Concordato intentado inútilmente por mí³.

¿Qué ha pasado en ese largo tiempo como para que, cien años después, enfrentemos una situación abiertamente opuesta a la que nos señala Virtuoso? Hagamos una panorámica de ese período para encontrar la respuesta.

Durante la época colonial, Venezuela, incluso como capitania general, no tuvo nunca rango de primer orden para la Metrópoli y tampoco fue una colonia rica. Fue más bien pobre y esa pobreza también afectó a la Iglesia. En consecuencia, la Iglesia venezolana no poseyó nunca un patrimonio importante, y aun sin compararla con los casos de Perú y Méjico, fue una Iglesia pobre.

Por esto mismo la Institución nunca llegó a tener raíces muy profundas. Sin embargo, hasta la época de Guzmán la Iglesia mantuvo con sus feligreses una relación muy sencilla, y al mismo tiempo muy provechosa para ambos, pues la firmeza moral con la que siempre enfrentó las situaciones que podían resultar conflictivas, le otorgó gran autoridad frente al pueblo.

La Iglesia se mantendrá apoyada en la lealtad de las clases altas y en el ingenuo fervor del pueblo con una fe marcada por la superstición, aunque ésta nunca derivó hacia conductas que merecieran sanciones ejemplares de carácter inquisitorial.

El proceso independentista venezolano parte del descontento que los blancos criollos manifiestan hacia la Metrópoli y de las contradicciones internas que surgen entre los grupos sociales más bajos y la dirigencia económica y social controlada por los mismos blancos criollos. Todos desean la independencia, pero no la misma independencia. Todos reciben la influencia ideológica externa (Ilustración y liberalismo) aunque la clase privilegiada económica, social y culturalmente, constituida por los blancos criollos, por esos mismos privilegios, la recibe y aprovecha más directamente.

³ Castillo Lara, Lucas Guillermo. "Apuntes para una Historia Documental de la Iglesia Venezolana en el archivo secreto vaticano. (1900 - 1922). Apéndice Documental". Tomo IV, Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Doc. 750, p. 225.

Venezuela, al igual que las demás repúblicas hispanoamericanas, nace bajo la inspiración tanto de la Ilustración francesa como de la española y del liberalismo.

El Liberalismo

El liberalismo tiene en nuestro caso, un triple modo de manifestarse, a saber:

1) El liberalismo manchesteriano que propone el modelo económico del “laissez faire”, “laissez passer” y que fue aplicado desde los primeros tiempos de la república (1830).

2) Un liberalismo más bien de corte cultural muy bien expresado por el Dr. Miguel Zúñiga Cisneros en el párrafo siguiente: “Y no hay duda de que el venezolano es hondamente liberal, que el liberalismo es en él inmanente, por lo cual es tolerante en religión, racionalista en filosofía, abierto a las nuevas corrientes del progreso social, e igualitario en sus relaciones humanas. Son desconocidas en nuestra historia las luchas religiosas, y ni siquiera en la época colonial hubo aquí procesos inquisitoriales. La religiosidad del venezolano es antes pragmática que ritual: nos importa más la conducta de las personas que su apariencia externa; que el hábito no hace al monje entre nosotros. Esa tolerancia e igualitarismo, ese espíritu liberal, ayudan a entender por qué en Venezuela no cuajaron las clases fundamentadas en el nacimiento, el color o el ideario”⁴.

3) El tercer modo corresponde al liberalismo penetrado de la filosofía ilustrada francesa o española. A este liberalismo, y en parte al cultural, serán aquellos a los cuales nos referiremos de manera especial en este trabajo.

A partir de este liberalismo ilustrado, el Estado tratará de quitarle a la Iglesia la mayor parte del poder que había venido ostentando desde el pasado. La Ilustración colocaba a la Educación como función del Estado y el quehacer educativo debía orientarse hacia la instauración del orden liberal. La dirigencia política comienza a moverse y con el apoyo de la masonería, no desmayará hasta lograr el sometimiento de la Iglesia al control del Estado.

⁴ Zúñiga Cisneros, Miguel. “Reflexiones sobre lo Venezolano”, p. 26. Caracas, 1961.

Numerosas acciones ejerció el Estado durante el período en estudio con este propósito, de las cuales mencionaremos las siguientes: Aprobación y ejercicio de la Ley de Patronato Eclesiástico en 1833. Se ejerce absoluto control sobre el nombramiento de las autoridades eclesiásticas, incluyendo las correspondientes a las parroquias; cese del cobro del derecho de diezmos para el sostenimiento del culto; control sobre la elaboración y ejecución del presupuesto eclesiástico (1833); el Congreso decreta que no está prohibida la libertad de cultos (1834); se decreta, en 1837, la extinción de la vida religiosa, persecución y expulsión de órdenes religiosas.

Durante el septenio guzmancista (1870-1877) se desata una grave crisis contra la Iglesia: El 2 de mayo de 1874 se decreta la extinción de los conventos, colegios y demás comunidades religiosas existentes en Venezuela, con lo cual según el P. Hermann González s.j. “se busca destruir de raíz la vida religiosa”⁵. El convento de las Carmelitas pasó a ser la sede del gobierno provincial, el de las Dominicas se dedicó a casa de reposo y manicomio; ni siquiera logró salvarse el de las religiosas Concepcionistas, cuya venerable historia databa de los años 1617-1637, cuando se inauguró. De ese momento, recogemos, por su peculiar estilo, un fragmento escrito para la ocasión por el cronista don José de Oviedo y Baños: “Pero la joya más preciosa que adorna esta ciudad y de que puede vanagloriarse con razón, teniéndola por prenda de la mayor felicidad, ... vergel de perfecciones y cigarral de virtudes: No hay cosa en él que no sea santidad, y todo exhala fragancia de cielo”⁶.

Se confiscan todos los edificios, bienes y demás títulos de las comunidades religiosas, los cuales pasan a ser propiedad de la Nación. Los estudios eclesiásticos vuelven a las universidades. Cierre de los seminarios (1872): “Porque en los seminarios clericales, por el aislamiento en que están sus alumnos y por los textos y doctrinas que en ellos se enseñan, se forma un clero extraño a las instituciones políticas y refractario a las ideas y marcha progresiva de la República”⁷. Por tanto,

⁵ González Oropeza, Hermann. “La significación política y eclesiástica del decreto de José Tadeo Monagas sobre la expulsión de Venezuela de los jesuitas de ambos sexos”, Noticias de la Provincia de Venezuela, n° 338, enero-febrero 1989.

⁶ Machado, José E. “El Día Histórico”. Tipografía Americana, Caracas, noviembre 1929. p. 293.

⁷ González Oropeza, Hermann. “Iglesia y Estado en Venezuela” Historia de su proceso. UCAB. Caracas, 1997 p. 333.

quedan extinguidos los seminarios clericales y sus bienes pasarán a las escuelas de artes y oficios. Se dicta la ley sobre el matrimonio civil (1873). Se expulsa al Arzobispo Guevara y Lira (1873). Se suprime el cobro de las primicias. Es demolido el templo de San Pablo para construir el Teatro Guzmán Blanco. Se secuestra el templo de La Trinidad para instalar allí el Panteón Nacional. Se propicia la creación de una Iglesia Venezolana, separada de Roma, con un clero ligado al régimen. Esta politización del clero se acentuará en tiempos de Cipriano Castro.

En su segundo mandato llamado el quinquenio (1879-1884) Guzmán quiere congraciarse con la Iglesia y con parte de la sociedad que cuestionó sus desmanes del pasado. Construye la Iglesia de Santa Ana, la Santa Capilla y el Palacio Arzobispal, con lo que ahora pareciera estar dando dos caras y pronunciando dos discursos. De cualquier modo resultaba poco menos que imposible dejar a un lado el daño causado a la Iglesia, especialmente al clero mal formado y empobrecido cuyos perniciosos efectos continuarán sintiéndose hasta las primeras décadas del siglo XX.

Cipriano Castro (1899-1908) precisamente se aprovechó de ese clero que desde Guzmán había disminuido cuantitativa y cualitativamente; en este caso, no sólo por lo mal formado, sino también porque una parte de él para conseguir cargos, escalar posiciones y obtener beneficios, se plegaba a los poderosos del Gobierno. Se declaró jefe del Estado y de la Iglesia venezolana y dictó la ley del divorcio. Restableció y en algunos aspectos agudizó la política anticlerical de Guzmán, especialmente contra las órdenes religiosas y sus colegios (Agustinos y Capuchinos) y los sacerdotes extranjeros.

En 1918 el Internuncio apostólico envía a Roma un informe donde da cuenta del lamentable estado en el que se encontraba la Iglesia y su clero. “La salud” de los jóvenes seminaristas de Caracas era muy precaria debido a una mala y escasa alimentación. No tenían buen calzado y algunos no podían salir a la calle por el deplorable estado de sus sotanas. En otra parte del informe dice textualmente: “La revolución que suprimió en Venezuela los Seminarios y los Conventos y que se adueñó de los beneficios eclesiásticos, confirió a esta Iglesia un golpe mortal, del cual aún no se han podido levantar, y que por ahora, a causa de la grave crisis económica, no se levantará fácilmente”⁸.

⁸ Castillo Lara, Lucas Guillermo. Ob. cit. Doc. 824 pp. 363 - 367.

El Positivismo

Junto al Liberalismo que pretendía establecer el predominio del Estado sobre la Iglesia, corría paralelamente el Positivismo, que buscaba descalificar la fe y la religión a favor de la ciencia y de la experimentación, con lo cual se favorecía el laicismo.

Dice Mariano Picón Salas que el positivismo venezolano puede compararse con un liberalismo vestido de ciencia, y no de una ciencia cualquiera sino de una ciencia natural, que es la que precisamente no puede aplicarse a los hechos históricos”⁹.

Frente al predominio religioso de la Iglesia Católica se aboga ahora por una tolerancia religiosa y una libertad de cultos y frente a la escuela católica se propone la escuela laica, natural, donde el niño reciba la formación ciudadana, de investigadores naturalistas que estimulen el comercio, la industria y la producción.

El positivismo tiene antecedentes remotos en nuestra secuencia cultural. Simón Rodríguez Andrés Bello y Simón Bolívar aparecen entre los precursores. Más tarde, a mediados del siglo XIX, aparecen Adolfo Ernst (1863) y Rafael Villavicencio (1866). Nosotros vamos a tomar como punta de partido el período guzmancista.

Guzmán llevó adelante un doble juego, por un lado “estimula la revolución del Positivismo y por el otro protege a un grupo de literatos adocenados, tradicionalistas y cortesanos, que son los que forman su coro de aduladores y a los que el pueblo designa con un mote burlesco: La Adoración Perpetua”¹⁰.

Dentro del torpe conflicto que Guzmán mantiene con la Iglesia es buena la estrategia de apoyar a estos intelectuales que en la universidad están formando a una clase intelectual supuestamente ganada para su proyecto político, pero esos egresados de la universidad apostarán por la ciencia. La ciencia como una nueva

⁹ Picón Salas, Mariano. “Positivistas y Modernistas” en Venezuela Independiente. Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1962 p. 14.

¹⁰ Díaz Sánchez, Ramón. “Evolución Social de Venezuela”. Otras manifestaciones de la cultura social bajo Guzmán Blanco. En Venezuela Independiente. Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1962, pp. 267 – 268.

religión, que crea un nuevo paradigma científico-social a través de lo útil, lo observado, lo objetivo, lo relativo; la ciencia como ordenadora social.

Los líderes del Positivismo con una actitud más radical ante la Iglesia fueron Rafael Villavicencio, Luis López Méndez, Luis Razzetti y José Gil Fortoul. De ellos Villavicencio es quien adopta una actitud más condescendiente, incluso llega a “buscar una conciliación, aunque sólo fuese formal entre la concepción científica y la concepción religiosa”¹¹. En cambio Luis López Méndez, quien coincide plenamente con el tiempo de Guzmán, es el más radical enemigo de la Iglesia y de la educación católica. Es un intelectual con una fuerte influencia de Condorcet. Es un positivista que se aleja de las corrientes positivistas universales y nacionales. Se aleja en lo interno de Laureano Vallenilla Lanz, como lo señala la investigadora Emma Ramírez¹².

Podríamos decir que él, en el ejercicio del liberalismo cultural que mencionábamos antes, el del libre hacer, se construye su propio positivismo y se centra en el desarrollo de sus ideas laicistas, anticlericales y antidogmáticas. Critica fuertemente al Papa, y a su encíclica, en la que se opone a la tolerancia religiosa y a la libertad de cultos. Rechaza que el Papa le niegue al Estado el derecho de legislar sobre el matrimonio civil y en consecuencia sobre la familia. Ataca duramente a la enseñanza religiosa y se pronuncia a favor de una escuela laica, y por la sustitución del pensamiento escolástico y sus ineficientes métodos de trabajo, por un pensamiento científico acompañado por la observación y la experimentación, en las escuelas y universidades.

Sin embargo, las proyecciones intelectuales de la experiencia positivista no habían trascendido al pueblo, se mantenían alojadas en un pequeño grupo de privilegiados del estudio. Una vez que el positivismo se irradia hacia todas las ramas de la actividad intelectual, se desarrollarán encendidas polémicas entre la religión y la ciencia, como los famosos enfrentamientos entre los partidarios del creacionismo y los del evolucionismo. El grupo de positivistas que adversaron a

¹¹ Díaz Sánchez, Ramón. Ob. cit. P. 265.

¹² Martínez V. Emma. “Comprensión Histórica del Pensamiento Laico en la Educación Venezolana (1777 - 1890). En Revista de Pedagogía, Vol XXI, N° 60. Escuela de Educación Universidad Central de Venezuela. Caracas enero- abril 2000, pp. 75 - 76.

la Iglesia y a la educación privada por aquella época, lo completarán Pedro Manuel Arcaya y César Zumeta.

De niño, en casa, a las horas de comida, yo viví esos debates entre mi padre, católico a carta cabal, de vieja data, quien con una vehemencia desusada en él y que por eso me daba miedo, discutía con mi hermano Francisco, a la sazón por graduarse de médico (1940), quien a su vez, con igual fuerza e inteligencia, hacía uso de toda la argumentación aprendida de la sapiencia del Dr. José Izquierdo.

Como puede verse, la situación de la Iglesia era delicada, requería el urgente rescate de los seminarios para salvar al clero e igualmente lo propio debía hacerse con los laicos católicos como objeto de su apostolado, a quienes acertadamente Monseñor Pietropaoli consideraba inexistentes para 1917. La Iglesia se preocupa, una preocupación que es asumida por la jerarquía, los párrocos, los sacerdotes seculares, los religiosos y las religiosas como asunto inmediato. El resto de la sociedad parece ajena al problema y cuando más se muestra dolida. La Iglesia, pues, toma cartas en el asunto y gestiona ante el Vaticano la venida de los jesuitas a Venezuela para atender el doble problema de la formación del clero (Seminarios) y la formación del laicado católico (fundación de un colegio).

Fundación del Colegio San Ignacio

Antecedentes

Uno de los primeros intentos para que regresaran los jesuitas a Venezuela, después de más de un siglo de ausencia fue el proyecto que el Dr. Abel Santos le propuso al Delegado Pontificio Giuseppe Aversa para fundar un Colegio de Jesuitas en Táriba. Debía ser un colegio de primer orden, solo con una condición. Prefería el Dr. Santos que “al menos en su mayoría, no fuesen españoles; no porque –decía él– yo sea contrario a los jesuitas españoles, sino porque aquí se cree en general que los religiosos españoles –(injuriosamente la más de las veces, pero algunas veces con cierto fundamento: y basta en la masa el ejemplo de uno para señalar al resto)– tenían siempre un poco de acritud y ciertas veces no saben permanecer en los límites de la prudencia, trocando el liberalismo de aquí con el liberalismo de Europa, mientras que entre los dos –(y esto es muy verdadero)– no existe de común otra cosa que el nombre”¹³. Lamentablemente el proyecto no

¹³ Castillo Lara, Lucas Guillermo. Ob. Cit. Tomo I, p. 181.

pudo concretarse porque la provincia jesuita de Colombia alegó no tener personal para ello.

En 1913 llega a Venezuela el nuevo Delegado Pontificio Monseñor Carlos Pietropaoli y en 1916 es nombrado Arzobispo de Caracas, Felipe Rincón González. Ambos personajes tendrán una importancia decisiva en la fundación del colegio de Caracas, el colegio San Ignacio. Pietropaoli con su diplomacia ejercida por igual ante el gobierno venezolano, el gobierno de Roma y el de la Compañía de Jesús, y Monseñor Rincón por su ascendiente ante Gómez, tanto así que sus adversarios solían llamarlo el “General Felipe”.

Una vez que los primeros jesuitas comienzan exitosamente su labor en el Seminario de Caracas (Pietropaoli había conseguido que se eliminara de la nueva Constitución el artículo que prohibía la entrada de sacerdotes y religiosos al país), “surgen las voces para que consoliden su obra en un colegio para la juventud. El primero que asoma la idea es Mons. Pietropaoli, quien en un informe al Vaticano expresa esa idea, y en otras ocasiones insiste en ello. El proyecto lo toma luego en sus manos con todo calor y empeño el nuevo Representante Pontificio, Mons. Marchetti, hasta darle forma final. En esta empresa lo ayuda el Arzobispo Rincón González con sus gestiones ante el Gobierno”¹⁴.

En mayo de 1917 llega a Caracas el P. Enrique Carvajal, Provincial de la Provincia de Castilla de la cual dependían estas regiones, y le promete a Mons. Pietropaoli “fundar a sus expensas, apenas las condiciones económicas lo permitan, un colegio de educación para jóvenes de familias señoriales, que falta y es deseado”¹⁵. (Pietropaoli habla de un gran colegio para jovencitos laicos).

En 1918 llega al país el nuevo Internuncio Apostólico, Mons. Francesco Marchetti, quien continúa las gestiones en pro de la fundación del colegio. En 1920 le escribe al Padre Wlodimiro Ledochowski, Propósito General de la Compañía. Monseñor aboga por la fundación de un Instituto de enseñanza modelo. Se queja de las respuestas ambiguas del Provincial de Castilla. Resta importancia a la cuestión financiera e informa de la buena acogida que el proyecto ha tenido ante los ministros de Instrucción Pública y del Exterior. “Ellos me declararon que los Padres no tienen nada que temer, porque aquí no hay ley en

¹⁴ Castillo Lara, ob. cit. p. 268.

¹⁵ Castillo Lara, ob. cit. Tomo IV, Doc. 748, p. 220.

contra de los Jesuitas”¹⁶. (Durante aquellos días, dicha declaración era muy importante, dadas las frecuentes alusiones que se hacían al decreto de Monagas). Refiere la posibilidad de que el Gobierno asuma el pago del arrendamiento o de los profesores, aunque muestra reserva en esta materia, pues “lo mejor sería conservar entera la propia libertad contentándose de las buenas disposiciones y de la protección del Gobierno, estableciendo sin embargo el Colegio con medios propios”. Recomienda al P. Ipiñázar para que se encargue de la obra del Colegio, el cual deberá depender de la Provincia de Castilla y no de la de Colombia. Al mismo tiempo le escribe al Vaticano y anexa a esta comunicación la enviada al P. General de los Jesuitas, destacando la idea de que es imposible que la Iglesia mejore si no hay buenos colegios. En otra carta, por intermedio del Secretario de Estado, informa al Vaticano sobre las gestiones cumplidas ante el Preósito de la Compañía de Jesús, para que el Papa, si lo cree conveniente, le haga saber a éste, que su augusto deseo sería ver cumplida la fundación cuanto antes.

El 16 de septiembre de 1920, el P. General, le informa a Mons. Marchetti, que acepta la fundación de un colegio modelo, en la capital de Venezuela. Sin embargo, ello no será posible sino para 1922.

El 2 de julio de 1921 el ministro P. Itriago Chacín le escribe un oficio al Honorable Señor R. Bartoloni, Encargado de Negocios ad interim de la Santa Sede, en el cual “tiene a honra manifestarle a usted que, como se resolvió en reciente sesión del Gabinete, fue opinión de este Despacho que no había inconveniente legal alguno para el establecimiento en esta ciudad de un Colegio bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús...”¹⁷.

No debía desconfiarse pues, de la acción educativa propuesta por el Colegio, por el hecho de que estuviere dirigida por una orden religiosa extranjera, especialmente la de los jesuitas. Los jesuitas llegan a Venezuela para establecerse en esta segunda etapa, en el Seminario de Caracas, en 1916, después de algunas visitas realizadas entre los años 14 y 15. Los que fundarán el colegio arribarán posteriormente.

¹⁶ Castillo Lara, ob. cit, Doc. N° 849 pp. 429 – 430.

¹⁷ Castillo Lara, ob. cit. Doc. N° 874, p. 489.

El 8 de enero de 1923 se lleva a cabo la ceremonia inaugural del Colegio. Un grupo de 126 jóvenes acude a recibir la formación que les impartirán los Padres y Hermanos jesuitas. Según el P. Arrizabalaga,¹⁸ para el curso siguiente ya suman 250.

La misión de la Compañía de Jesús, a través del colegio, es formar unos laicos en el conocimiento y defensa de la fe católica y de la Iglesia. Para lograr esto el programa educativo pretende los siguientes propósitos: La formación de la fe, la formación de la voluntad y del carácter, y la formación de los valores patrios. Para el conocimiento y práctica de la formación de la fe se le otorgaba una importancia de primer orden a la práctica religiosa: Las misas y el rosario diario, las procesiones, y otros actos litúrgicos. La devoción a María se canaliza también por la pertenencia a la Congregación Mariana (fundada el 2 de febrero de 1923) y el rezo semanal del Oficio Parvo. La asistencia del Padre Espiritual y la práctica de los Ejercicios Espirituales son igualmente parte de esta formación.

Otras actividades complementarias en esta materia fueron: La catequesis, las visitas a los enfermos del Hospital Vargas y a los necesitados de algunas zonas aledañas como La Sabana del Blanco, Lídice y Los Flores de Catia, la participación en el trabajo parroquial y en la Juventud Católica, que contaba con un grupo en el Colegio.

La lógica, el razonamiento y la apologética fueron herramientas fundamentales para este trabajo, que se complementaba con las clases de religión y la lectura de textos que se mantuvo hasta los años cincuenta, tales como: Los Diez Mandamientos de Monseñor Tihamer Toth, La Apologética de D'Harbe, A Dios por la Ciencia del Padre A. Simón y El Drama de Jesús de José Julio Martínez, s. j. Este libro también se usó en algún momento para el análisis prosódico y sintáctico en las clases de Castellano. Las clases en general, aunque se desarrollaban por el sistema de exposiciones magistrales, daban también lugar a interesantes debates donde los alumnos revisaban sus conocimientos.

Como algo muy puntual pero de indiscutible relación con la polémica que ocupaba la atención de todos por aquellos días, habría que mencionar las

¹⁸ Arrizabalaga, Luis M. "La Caracas que yo conocí". Servicios Venezolanos de Publicidad. Caracas, 1973, p. 15

conferencias dictadas por el P. José de Laburu, reconocido biólogo y científico jesuita, orientadas a ilustrar el tema Fe y Ciencia (1925).

La formación de la voluntad y del carácter exigió el cumplimiento de una disciplina que se consideró severa, sin menoscabo de la buena relación entre profesores y alumnos. La puntualidad, la asistencia, el desplazamiento en filas, especialmente para entrar y salir de las aulas, guardar los puestos asignados en clase, ponernos de pie para recibir al profesor, así como el cuidado y mantenimiento de las instalaciones, fueron exigencias diarias de obligado cumplimiento.

Queríamos entrañablemente al colegio. En muchos pasajes de la vida colegial y extra colegial estaba muy presente, con decisivo dictamen, ese sentimiento. En las crónicas de los primeros años escritas por el antiguo alumno Carlos Reyna Rodríguez (1926), él señalaba cómo, tan pronto concluían las clases y venían las vacaciones, un importante número de alumnos regresaba al colegio para disfrutarlas.

Doy fe de que así era efectivamente, pues de igual modo ocurría en nuestra época (1942-1953). Al iniciarse el período vacacional nos le presentábamos al Hno. Julián para pedirle un balón o una pelota y “parar la partida” o a que nos abriera el salón de la Congregación para deleitarnos con algún juego de mesa. A veces nos recriminaba y nos decía:

- “Pero bueno, ¿qué hacen ustedes aquí, no les acabamos de dar las vacaciones? ¡Váyanse a casa!”, pero nosotros ya le conocíamos y tan pronto le insistíamos un poquito, sacaba de su sotana y lanzaba por el corredor que desembocaba en el patio, una pelota para que saliéramos en carrera a tomarla. Eso sí, un poco antes de las doce, aparecía con el pito para dar por terminada la actividad. ¡El pito! casi que lo escribo con mayúscula, ese inefable instrumento, que aunque nunca reemplazó a la palabra, sí fue altamente socorrido hasta la saciedad en la vida colegial. Yo recuerdo haber oído alguna vez en la capilla, procedente de la zona de los mayores, un comentario parecido a éste: menos mal que aquí no es procedente el pito.

En cuanto a la formación de los valores patrios, además de las clases correspondientes de Historia y Geografía de Venezuela, se propiciaba la participación de los alumnos en las celebraciones de las efemérides patrias. Por aquellos años hubo dos muy importantes en las que el colegio participó plenamente, ellas

fueron el centenario de Ayacucho (1925) y el centenario de la muerte de Bolívar (1930). De igual modo nuestros alumnos, intervinieron en certámenes literarios tanto internos como fuera del colegio sobre temas patrios, así como en piezas de teatro. La organización de paseos y excursiones a todo lo largo y ancho del país también contribuyó a formar a nuestros alumnos con una clara conciencia venezolana.

Para completar el menú formativo, habría que mencionar de pasada a la actividad deportiva, la cual a través del Loyola S.C. - una organización tan antigua como el colegio - que ha dado infinitas muestras del coraje, la reciedumbre, la hidalguía y la solidaridad de nuestros atletas en una variadísima gama de disciplinas deportivas. De igual modo habría que decirlo del excursionismo y del CEL.

Las actividades culturales: canto, estudiantina, declamación, teatro, ocupan un buen número de alumnos. Los Padres y Hermanos también promueven con sus alumnos unas actividades tan formativas como las anteriores, pero de mayor corte social, y de servicio al prójimo. Así los domingos se visitaba a los enfermos del Hospital Vargas. Igualmente la obra del P. Barrena, la Casa Hogar Virgen de los Dolores para niños desvalidos y abandonados ocupa la atención de muchos colegiales. Las labores de catequesis en las diferentes zonas aledañas: Lídice, Sabana del Blanco, Flores de Catia, que a la vez fueron ocasión para relacionarse con esa realidad, aunque, en esta materia, las palabras pobreza y justicia no tenían la importancia actual.

La primera cosecha de laicos católicos preparados en el colegio egresa en 1926, quince bachilleres -de los cuales todavía uno está vivo, el Dr. Manuel Reyna- se lanzan a la vida, a una realidad difícil, pues en el país está instalada una dictadura de vieja data y muestra un ambiente de fuerte signo antirreligioso que presagia días difíciles.

En 1935, muere el dictador, Juan Vicente Gómez y accede al poder el General López Contreras. La situación del país tiene rasgos anárquicos, el país tanto tiempo reprimido, desea manifestarse, el paso de la tiranía a la democracia no es fácil, hay muchas cuentas pendientes y otras tantas por cobrar, el Gobierno vacila entre la legalidad o desenvainar el machete. La oposición reclama acción, participación, resultados. Un grueso sector del país quiere organizarse y así lo hacen los maestros, los obreros, los empleados, los grupos políticos. Los estudiantes se dividen. Anteriormente el tirano, como enemigo único, los mantenía

unidos. Ahora, a su muerte, la nueva realidad rompe tan deleznable lazo. El estudiantado reunido en la FEV desde 1927 se lanza en una campaña de fuertes ataques contra la Religión, la Iglesia, el Papa, las órdenes religiosas, sobre todo la de los jesuitas. Una mezcla del laicismo decimonónico, con los nuevos elementos del materialismo marxista, incorporados desde 1919, es el sustento ideológico de estas diatribas. Sin embargo, ahora la Iglesia tiene quien le ayude a manifestar sus planteamientos, a expresar sus ideas y a defender sus derechos. Un grupo de estudiantes, en su mayoría proveniente de los diferentes colegios de religiosos crea su propia organización, la Unión Nacional Estudiantil (UNE). El enfrentamiento está servido, será una lucha fundamentalmente ideológica, aunque con alguna frecuencia aparecerá la violencia. Los uneístas toman posición frente a los acontecimientos políticos y estudiantiles. A raíz de los graves acontecimientos del 14 de febrero de 1936, el Presidente López manda llamar a Miraflores al joven dirigente de la UNE, Rafael Caldera, para conocer su opinión sobre dichos sucesos. La presencia del laico ignaciano es de primera línea.

La situación es delicada en todos los órdenes, se declara la huelga general que no pasa a mayores por errores de los propios organizadores. El testimonio de un reconocido político de la época (1937), el Dr. Carlos D'Ascoli, a la sazón Secretario de Relaciones Interiores del Partido Democrático Nacional (antecedente de Acción Democrática), al evaluar la actuación de su agrupación política durante aquellos difíciles años para instaurar la democracia representativa, confiesa: "otro error de vastas consecuencias fue el habernos dejado llevar por Prieto y Villalba a un pleito, en todo caso de lo más inoportuno, con la Iglesia y los jesuitas. Y, peor que todo, haber, a raíz de la huelga general de junio, declarado ésta permanente cuando la idea al desencadenarla, era que se limitara a 24 horas"¹⁹.

En 1939 se fundaba la organización de Antiguos Alumnos, la cual mantendría siempre, con sus altos y sus bajos, a un grupo de ex alumnos dispuestos a trabajar con el colegio y por el colegio y la Compañía de Jesús.

Entramos en los años cuarenta. El hervor político sigue su marcha, las organizaciones sindicales (Frente Obrero y Frente Nacional de Trabajadores) y las políticas Partido Republicano Progresista (PRP) definen sus posiciones. El PDN

¹⁹ D' Ascoli, Carlos. "La Honra de Ser Político". Publicaciones del Banco Central. Serie Venezolanos Ilustres. Caracas, 1990, p. 161.

se transforma en Acción Democrática. (Social Demócrata) en 1941. En 1946 se formarán Unión Republicana Democrática (liberales de nuevo cuño) y el Comité Político Electoral Independiente (COPEI) de tendencia democristiana, quienes junto al Partido Comunista de Venezuela (1931), conformarán el marco básico de la política nacional en los próximos años.

La lucha ideológica va a ser de ahora en adelante, también una lucha política por controlar el poder. Ya no basta formar laicos bien claros en los principios de la religión y de la fe, hay que preparar líderes con vocación de lucha política, con sensibilidad social y conocimiento de los ingentes problemas del país. Se necesita un formador capaz de cubrir este perfil y ese es el P. Manuel Aguirre Elorriaga s.j. con sus cursillos de formación social. Un grueso número de laicos, de los que perseveran en la lucha y otros nuevos que se incorporan a ella, será la atenta y comprometida audiencia de tan destacado maestro. Serán también más adelante los multiplicadores de su palabra y de su ejemplo.

Es en estos años cuando arribo al Colegio San Ignacio.

En efecto, el 16 de septiembre de 1942 entró al San Ignacio de la mano de mi padre, el Dr. Pedro Manuel Castillo. Este próximo septiembre del 2002 se cumplirán sesenta años de haber tomado contacto con los jesuitas. Ingresé al colegio como alumno de 2º grado con el Hermano Francisco Muruzábal, s.j. Yo venía de una escuela particular regentada por la Sra. Isabel de Arteaga, venerable maestra, quien, a pesar de sus años, nos proveyó de nuestros primeros conocimientos: Lectura de corrido, escritura inglesa, catecismo, urbanidad e higiene personal.

Con estos conocimientos nos instalamos en el San Ignacio. El colegio tenía apenas diecinueve años de fundado y hacía escasamente un año que se había inaugurado el imponente -para la época- edificio de Mijares. De manera que estaba muy reciente el contexto en el que nace el Colegio.

Es la época de la llamada Primaria Inferior ¡qué disparate esto último! de 1º a 4º grados. Mis profesores fueron los H.H. Muruzábal, Marquiegui y Lanz. Del primero guardo con inmenso cariño el modo solícito como se preocupaba por administrarme cada mañana las gotas para mi delicado oído. Era el promotor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la práctica de comulgar los nueve primeros viernes de cada mes. ¿Quién podía ignorar la desazón de un compañero

con aquel catedrático de la bondad y el servicio? El segundo – al que decíamos Pepito – era la muestra más clara de la responsabilidad y de la puntualidad. Era un excelente lector y con él disfrutábamos mucho los tiempos en que se leía aquellos interesantísimos libros de aventura. Cómo no aprender a leer bien con aquella sostenida muestra de entonación y ritmo. Lanz, el tercero: un excelente calígrafo, con quien uno sin querer perfeccionaba la escritura; era el optimismo y la alegría, que provenían de su afición especial por la música.

Los años cuarenta en sus comienzos habían transcurrido dentro de una aparente calma hasta que el 18 de octubre de 1945 estalla la llamada Revolución de Octubre. Es derrocado el Presidente Isaías Medina Angarita y toma el poder junto con los militares el Partido Acción Democrática, el cual pretende aplicar un proyecto de país. “El proyecto social adeco puede caracterizarse como una propuesta de modernización, que concebía a las masas populares como su fuerza impulsora fundamental, pero controlada por el “partido del pueblo” con el modelo político de la democracia representativa”²⁰. El proyecto presentaba muchos rasgos de peligrosa ambigüedad y además el carácter popular hacía que fuese percibido por muchos como una amenaza socializante o “sovietizante”. De igual modo, el proyecto educativo mostraba los mismos riesgos y afectaba valores y derechos inherentes a la familia, a la Iglesia, a la libertad de enseñanza, todo lo cual produjo una reacción muy firme en vastos sectores de la sociedad.

Los laicos católicos exalumnos de los colegios de religiosos e incluso los alumnos de los años superiores tuvieron junto a las familias y otros sectores privados una participación decisiva. Unos en el hemiciclo de las cámaras donde se discutían las leyes, otros en la prensa, en la radio, en las acciones de calle, constituyeron un frente de tal fuerza que hizo renunciar al Ministro de Educación y enmendar en parte la acción del Gobierno.

Yo tenía entonces 12 años, cursaba el sexto grado, que me estaba costando un mundo. Junto con otros siete compañeros decidimos solidarizarnos con los mayores que habían resuelto no ir a exámenes como protesta por la aplicación del decreto 321, de marcado corte ventajista para la educación oficial. Se vivía un clima de intensa presencia política, yo –repito– con apenas doce años, era asiduo oyente

²⁰ CERPE, Folletos la Educación en Venezuela, n° 3. La Educación en el Proceso de Modernización de Venezuela (1836 – 1958). Cerpe 3ª edición, Caracas, 1984, p.9.

de las sesiones de la Constituyente. Recuerdo haber permanecido hasta la madrugada junto al resto de la familia oyendo a nuestros oradores defendiendo la libertad de enseñanza. A mí siempre me gustó oír un buen orador y había muy buenos, sobre todo de nuestro lado, en cambio la oposición, también densa en sus ideas, por regla general no contó en esa ocasión como orador con ningún Vázquez de Mella. Hicimos de pregoneros y salimos a la calle a vender el 321, el “Órgano de expresión de los Estudiantes Particulares”. Yo no recuerdo si había ballena, pero sí cómo tuve que correr más de una vez, sin soltar los periódicos, para evitar a la policía del régimen. Al leer el diario del Colegio San Ignacio, que acostumbraban a escribir los maestrillos (escolares jesuitas jóvenes que trabajaban en el colegio), encontré cómo en los momentos más dramáticos de la crisis los alumnos mayores y algunos ex alumnos se ofrecieron para hacer vigilia y preservar el colegio de cualquier ataque del oficialismo y sus partidarios. Hubo en estos momentos dos jesuitas de destacada actuación, el P. Carlos Guillermo Plaza, fundador de la AVEC y el P. Jenaro Aguirre. El primero fue el teórico, quien presentó claramente las ideas católicas sobre la materia en discusión. A Jenaro, como Rector del colegio le correspondió concurrir al despacho de Educación para hacer oír la voz de la educación privada. Fue una etapa estelar para la participación del laicado católico.

En 1948, se cumplían los veinticinco años de la fundación del Colegio. Los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, los profesores, el alumnado, los ex alumnos, los Padres y Representantes, celebramos a comienzos de 1949 tan importante efemérides. El acto deportivo, la misa en la histórica Iglesia de San Francisco, los actos académicos, las obras de teatro, el desfile hasta el Panteón, el Coro Hablado. Fue una jornada de participación masiva de la familia ignaciana y de los amigos de la Compañía de Jesús. Había mucho que agradecerle al Señor y Él nos estaba aguardando. En esa ocasión se hizo la presentación pública de la Banda de Guerra del Colegio, aunque el año anterior, en unas fiestas rectorales, ya había actuado en el campo de San Martín. A mí me correspondió junto a otros veinticuatro alumnos formar parte de aquella organización como fundador de la misma.

En estos años de mi vida colegial (1942–1953) participé en el coro de Triples del Hermano Lanz, y en la Cruzada Eucarística y el apostolado de la oración con el padre Aguirreolea. Con el grupo de la Juventud Católica trabajábamos con el párroco de Catedral, P. Alfonso Alfonso Vaz (promoción 1935). Con él

atendíamos unos círculos de estudio y le dábamos catecismo a los jóvenes y niños limpiabotas de la Plaza Bolívar. Durante la Semana Santa, junto con otros alumnos del colegio, ayudábamos al Hno. Félix Marquiegui s.j. en la Iglesia de San Francisco a organizar las confesiones para la Comunión Pascual que se llevaba a cabo en la Plaza Bolívar: el Lunes Santo (las damas) y el Martes Santo (los caballeros). En la puerta de la Iglesia entregábamos a los asistentes el material especialmente preparado para esa ocasión y distribuíamos equitativamente a los fieles en las colas para confesarse; también colaborábamos con el marcate y las pancartas para la sectorización de la plaza. Formamos parte, en 1950, del coro de mayores que reunió el P. Federico Muniategui s.j. con el propósito de dar un concierto de música sacra con la Sinfónica Venezuela en el Teatro Municipal y en el que interpretaríamos, entre otras piezas, el famoso "Tu es Petrus". El asesinato del coronel Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar de Gobierno y al mes siguiente la tragedia aérea de Monte Carmelo (Edo. Trujillo), donde perdieron la vida 27 colegiales del Colegio San José de Mérida, frustraron nuestro propósito. Inicié mi trabajo como docente, cuando cursaba el tercer año de bachillerato (hoy 9º grado) en el curso 1950-1951. En esa oportunidad un antiguo alumno que ya cursaba estudios de Derecho en la UCV y dictaba clases en el San Ignacio, me pidió que tomara unos cursos de recuperación académica que él daba por la tarde a algunos alumnos de los primeros grados, para nivelarlos; de manera que a esa edad, ya me podía considerar un profesor auxiliar del colegio de esos que ahora dictan los talleres por las tardes. Recibía, de los papás, unos noventa bolívares mensuales que para mí eran una fortuna y al mismo tiempo ayudaban a aliviar el estrujado presupuesto familiar de esos años. Así estuve hasta el año 1955 cuando ingresé como profesor de aula en el Colegio Nuestra Señora de Coromoto en El Paraíso, de las Madres Teresianas.

En 1953, me gradué de bachiller, y me fui a la UCAB como alumno fundador de la Escuela de Derecho. A pesar de haber salido del colegio, atendí dos encargos. El primero del Hno. Tobía, quien me pidió le ayudara a rescatar a la Banda. Pues ella había perdido a un buen número de sus miembros que habían concluido sus estudios de bachillerato. Durante un año estuve viniendo los sábados por la tarde a enseñarles a los aspirantes las marchas y algunos desplazamientos. Recuerdo que el Hermano me asignó el rango de Teniente de cornetas (nuestra primera banda, con todo y Jenaro, nunca tuvo esos rangos). Hasta donde yo guardo memoria, no creo haber hecho uso nunca de tal recurso. Fue una experiencia exigente, pero valió la pena porque el objetivo se cumplió.

El Hermano Lanz, por su parte, nos convocaba a un grupo de ex alumnos para que nos dispusiéramos a organizar las misas de Navidad y Año Nuevo que se celebraban en la capilla del colegio. Dos semanas antes veníamos por la tardecita para ensayar los aguinaldos y villancicos del repertorio, junto a tres o cuatro integrantes del coro vasco: Triki, Garmendia, Badiola y sus castañas. Era una actividad que disfrutábamos intensamente y los cantos tan delicados y hermosos contribuían a darle a aquellas misas un sello muy especial de honda espiritualidad y alegría por la llegada del Divino Niño. Después ya en bastidores, el Hermano, con su picardía típica, nos obsequiaba unos chatos de algún buen vino de las reservas de la casa.

Durante diez años mi acción docente se desarrolló en varios colegios de religiosas (1955 - 1967). (Teresiano de El Paraíso, Teresiano de La Castellana, Cristo Rey, San José de Tarbes de El Paraíso, San José de Tarbes La Florida, Nuestra Señora de Guadalupe, Santo Ángel y uno privado, no religioso, La Inmaculada). A partir de 1957, esta actividad se combinó con mi paso por la Dirección de Información Exterior de la Cancillería, donde desempeñaba un cargo de estudiante a medio tiempo, en el que me mantuve hasta 1961.

Entre los años 48 y 58 lo que ocurre en el país se siente y se vive en el colegio. El país queda primero bajo el control de una Junta Cívico Militar, y más tarde derivará a mediano plazo hacia una dictadura militar. A medida que la dictadura se afianza, todo el ambiente escolar parece invadido por una “calma chicha”, pareciera que no hay actividad y si la hay es muy formal y discreta. No hay Centro de Estudiantes. Hoy diríamos que para la participación fue un período de muy bajo perfil. A finales de 1957 es cuando parece despertar la comunidad.

Comienza un éxodo del campo hacia las ciudades y en Caracas un proceso de urbanismo y de extensión hacia el este de la ciudad. El colegio se muda para Chacao, se queda atrás más de un cuarto de siglo de historia. El “Cuadrilátero de Don Arístides Rojas” se abandona para situarnos por un lado, en la vecindad de las urbanizaciones de mayor prestigio de la época: Country Club, Los Palos Grandes, La Castellana y Altamira, que ya comenzaban a desarrollarse, y por el otro lado, en el límite sur, con el pueblo de Chacao, simbiosis de pasado y modernidad, de nacionalidades y oficios, de orígenes y culturas, que tienen su fuerza propia y se harán sentir en la vida colegial.

Será la tercera expansión del colegio, que diría Arrizabalaga, después de las que se hicieron en el pasado desde las primeras casitas para la mansión de Andueza Palacio y desde aquí para el “rascacielos” –según la época– de Mijares. A éste lo reemplazarán los pabellones de bachillerato, Villa Loyola y más tarde Villa Piscina. A su vez la casona presidencial será sustituida por la Quinta de Villa Loyola, donde se instalan las primeras profesoras de aula del San Ignacio, las Reverendas Hermanas de Cristo Rey –recientemente llegadas a Venezuela– y quienes desde entonces hasta la fecha han prodigado incansablemente su sabiduría y su piedad, su alegría y su disciplina, y su inefable fe en la niñez venezolana.

Con el traslado hacia Chacao, el colegio va a cambiar en una serie de aspectos importantes, que a su vez originarán modificaciones en el nuevo quehacer educativo. El alumnado procederá de zonas cada vez más alejadas del colegio, con lo cual serán problemas de obligada atención: el transporte, la seguridad, el tráfico y la puntualidad. El eje Mijares-Jesuitas lo sustituye un terrenazo a las faldas del Ávila, de unas diez hectáreas aproximadamente, donde se construirán unas modernísimas, amplísimas y variadísimas instalaciones deportivas. Un olímpico de fútbol y atletismo y una piscina con las mismas características. Un parque para jugar al béisbol, canchas de voleibol, basket y un gimnasio. Claro que no todo esto estaba listo desde el principio, pero las posibilidades se fueron haciendo realidad a muy buen paso. Todo ello sustituirá a aquel “patio” que decían los antiguos, especie de polideportivo donde al mismo tiempo jugábamos una partida de fútbol, una de basket y otra de béisbol con pelota de goma; sin contar las de pelota vasca que se jugaban en el frontón, al fondo del mismo espacio.

Las posibilidades del nuevo escenario facilitarán un crecimiento significativo de la matrícula, aproximadamente un 166%: de los 750 alumnos que estudiaban en jesuitas, se llega ahora, en algún momento, a más de 2000. El éxodo hacia la capital determina el proceso de urbanización y de extensión de la ciudad, el valor del terreno comienza a subir sin control y prolifera la vivienda multifamiliar. El alumnado, que en su mayor parte habitaba en las típicas casas de la Caracas vieja, pasa ahora a vivir en edificios, que darán origen a la “cultura del apartamento”. Es decir, que se crea un nuevo modelo de familia. A la disminución de la privacidad para el adulto, se le une la disminución de los espacios para el juego y otras actividades necesarias para el niño y el joven. Esto, unido a la excesiva e inmediata presencia de ellos en el mundo de los mayores, los incorpora obligada y prematuramente a ese mundo, es decir, que tanto a los jóvenes y sobre todo a los

niños se les acorta penosamente el tiempo de infancia y adolescencia. Por eso mismo, atosigados entre cuatro paredes, los jóvenes sobre todo buscan la libertad afuera en la calle o en el estacionamiento del edificio; allí podrán reunirse libremente con los vecinos y con cualquier otro tipo de persona que se les acerquen. Hoy la alternativa para evitar este riesgo es la televisión, los juegos virtuales, pero si antes corría el peligro de las compañías incontroladas, de oír todo, de pensar demasiado, ahora frente a la TV piensa muy poco o nada, con el subsecuente deterioro de ciertos rasgos de su capacidad intelectual indispensables para el trabajo escolar.

En la medida en que la dictadura se afianza en lo político, se fortalece el modelo económico que promueve entre otras políticas un amplio programa de otorgamiento de concesiones petroleras sin mayor control, un plan de construcciones fastuosas, como sinónimo de progreso, que requiere mucha mano de obra, que en buena parte provendrá de la inmigración. Se da pie a numerosos negocios, algunos de dudosa legalidad, pues aparecerán las corruptelas, como las comisiones y los sobrepregios. Estos vicios se generalizan y serán la base de fortunas mal habidas y una marcha desbocada hacia el individualismo, el hedonismo, el despilfarro y el consumismo.

Aparecen los nuevos patrones de ubicación y prestigio social: las cuentas bancarias, el uso desmedido de los artículos de marca y lujo, los carros último modelo, los constantes viajes. Esta situación lleva obligadamente al predominio del TENER sobre el SER. Los vicios se van arraigando y extendiendo pervirtiendo a todos los sectores de la sociedad, crecen con celeridad brechas sociales y se generaliza la pobreza. Se va configurando la Venezuela rentista, la Venezuela saudita, y la falsa imagen de país rico.

La fama de país rico, entre otras razones, atrae hacia él a un grueso número de inmigrantes, en su mayoría gente honrada, trabajadora, que viene a hacer su vida entre nosotros. Tienen sus costumbres, sus valores, sus criterios, los cuales incorporarán a la sociedad sencilla y homogénea a donde llegan y que muy pronto sentirá los efectos de esos aportes, con lo que se inicia un proceso de cambio mutuo.

La condición de familia homogénea integrada en su mayoría por alumnos de la clase media pertenecientes en gran parte a modestas familias caraqueñas, con un antecedente de dos o tres generaciones venezolanas; coincidirá ahora con un significativo número de compañeros de origen italiano, portugués, español, etc.

Estos alumnos y sus familias traerán a la vida colegial sus criterios, sus principios y valores, sus costumbres y sus normas de comportamiento familiar lo cual significará un reto para el desarrollo armónico y eficiente de la comunidad escolar. Esta realidad, unida al tipo de familia que se forma alrededor del apartamento, va a producir cambios importantes en la conducta del alumno, que se complicará más con la excesiva tolerancia que caracterizará a la democracia.

A mediados de los cincuenta comienza a formarse un grupo de profesores y maestros seculares de origen español que se destacaban por la calidad de su gestión académica. En gran parte ellos irán sustituyendo al grupo de ex alumnos laicos, que venía de la esquina de Jesuitas. Excelentes instructores en su materia, de reconocida puntualidad y responsabilidad en la exigencia disciplinar, pero ajenos a los requerimientos de otros aspectos relativos a la formación del alumno, estaban formados familiar y académicamente en esa cultura europea muy proclive al docente rígido. En este sentido cumplieron una etapa en la que este tipo de docente era necesario si se quería mantener un sistema disciplinario cerrado, en medio de tantas condiciones adversas: tipo de alumno, espacios amplios y abiertos, menor relación jesuita alumno, y ambiente socio-político que de dictatorial se pasó al otro extremo del “prohibido prohibir”. A lo largo de los sesenta se entremezclarán esas condiciones para producir situaciones bien difíciles y delicadas en esta materia. Sobre todo cuando en la sociedad aparecen las patotas, los consumidores de sustancias nocivas, etc. y se pensaba que esa forma de control rígido podía ser el mejor remedio.

El laicado femenino en estos primeros tiempos se manifestaba en una forma muy distinta, pues no había ni alumnas ni profesoras. El antecedente más remoto, en mi interpretación muy personal, es que los orígenes de ese laicado hay que buscarlo en el grupo de personas, en su mayoría hermanas y amigas de colegiales y también algunas mamás, que asistían, por los años cuarenta, al estadio de El Paraíso (hoy Brígido Iriarte) a ver los juegos del Loyola Football Club. Ese grupo de mamás y de hermanas y amigas ligadas a la divisa fue creciendo y se fueron con sus gritos al estadio Bomboná en San Agustín del Sur y posteriormente al Universitario en la década de los cincuenta. Este mismo grupo incrementado con otras mamás del Colegio se fue organizando bajo la dirección espiritual del P. Luis María Arrizabalaga, quien ya era asesor de ASIA, y comenzaron a organizar las primeras verbenas anuales en el campo de San Martín hasta los años 48-49. Estas verbenas que entonces se realizaban para ayudar a las Misiones, constituyen

el antecedente de nuestra flamante y actual “Verbena de las Verbenas”. De igual modo, ese grupo femenino que participaba en ellas, terminó dándole forma a una de las instituciones más queridas y de mayor empuje en el Colegio, La Organización Social Católica San Ignacio (OSCASI), que se funda en 1958 y que se ha mantenido como la entidad donde las mamás del Colegio conciben, planifican, organizan y ejecutan su apostolado social. En estos momentos de cambios, para estimular e irradiar la participación laical se ha señalado hacia OSCASI, la cual por su misma trayectoria y posible proyección está llamada a ser pionera en la aplicación de la “corresponsabilidad apostólica” aprobada por la Compañía de Jesús para sus obras.

La Provincia de la Compañía de Jesús en Venezuela ha traído a la palestra el sentimiento de una “corresponsabilidad apostólica” que “es una cualidad de nuestro servicio apostólico sin la cual no seríamos la Compañía de Jesús”, haciéndose eco de la propuesta del P. General en sus reflexiones sobre el encuentro de Loyola 2000²¹. El P. Arturo Sosa, actualmente Provincial, amplía ese sentimiento con estos aportes: “Para que el naciente sujeto apostólico de la Provincia de Venezuela crezca con esta conciencia de la misión universal de la Compañía de Jesús, uno de los objetivos propuestos para este año Arrupe que estamos abriendo, necesitamos examinar hasta dónde estamos influenciados por actitudes particularistas o localistas” ... “Comprendernos como miembros del sujeto de la Provincia y del cuerpo universal de la Compañía es el desafío que se nos presenta”²². Este planteamiento está empezando a sonar en la Provincia, y su mensaje: “no encasillarnos en las obras o proyectos”²³ inicia la apertura hacia nuevos horizontes.

La revisión que se propone para OSCASI va en esa dirección: hay que proyectar esa valiosa experiencia acumulada por la institución más allá del ámbito donde se ha desenvuelto la labor social de las mamás del Colegio San Ignacio. La apertura puede tener dos direcciones: la primera consistiría en darle cabida protagónica a otros actores de la Comunidad Educativa Ignaciana para que otros laicos presten también su aporte a los proyectos de la organización, y la segunda,

²¹ Sosa A, Arturo. Homilía con ocasión de la apertura del año P. Arrupe. Colegio San Ignacio, febrero, 2001 (mimeo).

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

más externa, para extender la Organización hacia otras obras e insertarla en otros escenarios como parte de esa “corresponsabilidad apostólica”.

Los años cincuenta terminan con la elección de Juan XXIII al solio pontificio, quien promoverá una serie de cambios muy importantes para la Iglesia y la Humanidad y dentro de los cuales el papel de los laicos en la sociedad cobrará una importancia de primer orden. A partir del año 61 trabajé para la Unión Panamericana como Oficial de Información Pública de la Alianza para el Progreso y como Coordinador de las Jornadas que ese programa desarrollaba en Venezuela, cargos que ejercí hasta la muerte del Presidente Kennedy en 1963. Ese mismo año ingresé de nuevo a la UCAB, pero ahora para estudiar la carrera de Educación, con una antigüedad de ocho años en el ejercicio de la Docencia, pues en medio todas estas responsabilidades en el campo de la Diplomacia, no abandoné nunca el aula ni mi contacto con el San Ignacio. Yo regreso al colegio, ahora en plan de profesor, en 1966. Yo hubiera podido ingresar antes, en 1959, cuando el P. Rector Jenaro Aguirre me llamó para que asumiera una cátedra de Historia de Venezuela, pero, por compromisos adquiridos con anterioridad, yo no tenía la disponibilidad con la urgencia que él requería. Más de una vez lamenté que los acontecimientos se hubiesen presentado de ese modo o en esas circunstancias por mi deseo de volver al San Ignacio y por la admiración y respeto que siempre le he profesado a Jenaro.

Durante estos años 60, el colegio había seguido aparentemente su marcha regular: En 1962 se había creado el Centro de Estudiantes. La disciplina por ese entonces no está a la altura de la realidad, se aprecia cada vez más disminuida; múltiples factores han provocado esta situación, entre otros se pueden citar: más espacios extensos y abiertos; el aumento de la matrícula; alumnado más heterogéneo; menor relación jesuita alumno, debilitamiento del núcleo familiar y de la atención a los hijos (papá y mamá, ambos, trabajan en la calle); influencia de modelos foráneos en la organización familiar, excesiva laxitud en los criterios de organización y funcionamiento en todos los órdenes de la Sociedad.

La educación académica se cuestiona por ser excesivamente memorística, libresca, con métodos rutinarios y obsoletos, de escasa creatividad. Era una educación de contenidos vacíos, muy poco relacionados con la situación venezolana y latinoamericana; una educación neutral, huérfana de valores, en la que no se hacía referencia a las graves situaciones de injusticia que se presentaban en la sociedad.

Era una educación de espaldas a la realidad. Había una escasa relación profesor alumno, profesor padre y representante e incluso entre profesores, tampoco era muy usual el contacto de los profesores con la Dirección. No funcionaba la Comunidad Educativa. La brecha generacional entre padres e hijos era insalvable, una gran mayoría de los alumnos desconocía cualquier figura, procedimiento y mecanismo de autoridad: “Prohibido prohibir”. Cualquier exigencia de orden, disciplina y cualquier sanción se consideraban inaceptables.

Se manejaba en los pasillos ámbitos del Colegio una situación delicada por un lado y desagradable e inaguantable por la otra. Empezaban a aparecer signos de separación entre jesuitas, entre profesores, entre padres y entre alumnos. En cada sector de éstos se alineaban dos bandos: los que veíamos como inaplazable promover un cambio en la educación y en el colegio y los que se mantenían aferrados a la tradición y al estado de cosas como estaba planteado o se mostraban indiferentes. Ante tan grave situación, la Comunidad Educativa lucía ineficiente y hasta desbordada. Los alumnos a través de diversas iniciativas que a su vez representaban otras tantas posturas frente al problema.

El grupo Kloaca publicó varios números de una revista que aunque señalaba ciertas verdades, otras podrían considerarse “sus verdades”. Su principal desacierto fue el tono destructivo que emplearon en la mayoría de sus escritos, con lo que sus críticas perdían buena parte de la razón que pudieran tener. Otra publicación fue “Agua Potable”, cuyo nombre ya anticipa ser una clara respuesta al grupo anterior, redactada por un grupo de alumnos y ex alumnos que rechazaban casi totalmente los planteamientos de Kloaca. En algunos aspectos presentaban algunas propuestas de cambio y en otras se mantenía fieles a la tradición colegial.

Un grupo de la promoción 1970 ocupó el CESI, que desde el tercer año se venía reuniendo y estudiando la situación del colegio, hizo sus planteamientos críticos sobre la situación, en un periódico que denominaron “El Primero”. En algunos puntos concretos coincidía con los del grupo Kloaca, pero la presentación y los procedimientos eran mucho más serenos y equilibrados. Abogaban por una Comunidad Educativa más activa, relacionada con la Comunidad Vecinal.

Posteriormente, un grupo de laicos, en este caso ex alumnos de la promoción 1973 y alumnos de los años superiores, desarrolló una iniciativa bajo el nombre de “Grupo Compromiso” que durante veinticinco años, organizó las

convivencias para los alumnos del colegio, conjuntamente con el jesuita encargado de atender lo relativo al ministerio sacerdotal.

Los profesores por su parte, también formularon sus planteamientos sobre el área que era necesario atender de acuerdo a las críticas que se venían oyendo en todos los ambientes del colegio. El primer tema que surgió fue el económico laboral (1970)

La cuestión laboral se centraba en la necesidad de reconocerle y establecer para el docente una serie de beneficios que significaran una mejora para su nivel de vida. Posteriormente se incorporó el sector administrativo a estas demandas. En el paquete de las mejoras que se solicitaban, había un acuerdo general; no así en el procedimiento para lograrlo. En esta materia se presentaron dos posturas: una consideraba negociar con el colegio un contrato colectivo de trabajo y para ello solicitaron el asesoramiento de CODESA: Se efectuaron varias reuniones y se llegó a redactar un anteproyecto de contrato. En la otra postura se estimaba innecesario el asesoramiento y la injerencia sindical, y se consideraba suficiente para el logro de los fines, un proceso de conversaciones con las autoridades del colegio, que nos llevaran a satisfacer las aspiraciones según la situación global del colegio.

Aunque eran posturas muy diferentes y que podrían haber desembocado en una crisis y una ruptura del colectivo; todo se manejó con mucha discreción y madurez y finalmente se nombró una comisión que se encargaría de negociar con el colegio los posibles beneficios que mejoraran la situación laboral del personal. De esa comisión formaron parte algunos profesores que ya venían cumpliendo informalmente esa tarea. Hay que decir que a ese momento de la vida del colegio también estuvieron vinculados los jesuitas. El procedimiento fue dando sus frutos porque se conjugaron, el trabajo consciente y sostenido de ese grupo de profesores, con la disposición del colegio a escuchar e ir aceptando las propuestas que se planteaban. Se puede decir que en esta materia se han conseguido importantes logros sin sacrificar por un lado, cuestiones fundamentales ni, por el otro, renunciar a legítimas aspiraciones. Hoy día estamos incorporando a tan delicado e inaplazable asunto a los Padres y Representantes, como miembros de la Comunidad Educativa.

Pero no era sólo el problema económico el que preocupaba al docente, sino todo un conjunto que se relacionaba con el quehacer educativo. Aparte de las

comidillas de pasillo, el Departamento de Ciencias Sociales junto a los de Física y Matemáticas, y el de Biología iban reuniendo información sobre los principales cuestionamientos que se hacían. Yo elaboré un listado de ellos que denominé Ideas y se lo entregué al P. Alfonso Tuñón, quien para la época era el Director de Estudios. A los pocos días, comienzos del mes de marzo de 1971, se convocó un Consejo General de Profesores; minutos antes de comenzar, el P. Tuñón me dijo que lo presidiera yo y así lo hice.

La asamblea se instaló con la presencia de la dirección; la junta directiva de SIPE (Sociedad Ignaciana de Padres y Educadores), una representación del profesorado, y de los alumnos (5º año) y la denominamos ASAMBLEA IGNACIANA DE REFLEXIÓN Y PLANIFICACIÓN (ASIRPLAN). Este organismo nuestro, bien puede considerarse como uno de los antecedentes del llamado Consejo Superior de la Comunidad Educativa creado posteriormente por el Ministerio de Educación, cuando comienza a organizar las comunidades escolares.

La asamblea después de varias reuniones, cumplido su objetivo inicial de crear un clima favorable a la reflexión y el trabajo dentro del colegio, se disolvió no sin antes constituir cinco comisiones que trabajaron tres preguntas básicas: ¿Quiénes somos? ¿A quién vamos a educar? ¿Y cómo vamos a hacerlo? Otros tantos temas globales para la labor educativa del San Ignacio.

La primera comisión, presidida por el P. Benito Azcune, se encargaría de los asuntos relativos a la formación religiosa, la fe y la espiritualidad.

La segunda comisión correría a cargo del profesor Humberto Mazzarri y se ocuparía de la formación político social (la justicia).

La tercera comisión asumiría todo lo relativo a los valores morales y la llevaría el Profesor Manuel Barroso Alfaro.

La cuarta comisión sobre los valores nacionales la coordinaría el profesor Germán Castillo Pinto.

La quinta comisión la llevaría los profesores Beatriz Santamaría y Gustavo Izaguirre, para ocuparse de la Educación para la Democracia.

Buena parte de los materiales producidos por estas comisiones alimentaron las reflexiones de los equipos de nivel y de los departamentos académicos. Cuando estas comisiones comienzan a funcionar desaparece ASIRPLAN. Igualmente, algunos de las reflexiones y conclusiones producidos en las referidas instancias, sirvieron para la elaboración de algunos de los aspectos contenidos en el primer Ideario del colegio, publicado en 1977.

Fue un período bien valioso como experiencia de trabajo conjunto de laicos y jesuitas para tratar de resolver el delicado problema que afectaba la institución. Fue una forma de participación laical distinta a las que hemos reseñado con anterioridad.

Las comisiones comienzan su trabajo y sostienen un rico intercambio de experiencias con las dos instancias organizadoras del colegio, que se estaban estructurando por aquellos días. Los Niveles y los Departamentos Académicos. Entre ellas dos, por razones de disponibilidad horaria para las reuniones, se le otorgó la prioridad a los niveles. Éstos, bajo la dirección de un Coordinador, quedaron encargados de atender la formación de los alumnos, la disciplina, el rendimiento académico, las relaciones con las familias.

En cuanto a los departamentos académicos, no todos tuvieron la posibilidad de reunir a la totalidad de sus integrantes en el horario escolar. El departamento de Ciencias Sociales, durante un buen tiempo, realizó sus reuniones por la tarde, de 2 a 3.30 p.m. Una vez cada quince días. En esas reuniones, además de atender los asuntos propios del departamento (objetivos y contenidos programáticos, metodologías, planes de estudio, evaluaciones, etc.), seguíamos la marcha del proceso correspondiente a la organización institucional. (Ideario del Colegio). Es un proceso en el que unos grupos de laicos están participando en la concepción del colegio (principios, valores, políticas, acciones concretas, etc.) para acercarlo a las exigencias del Concilio Vaticano II y a las orientaciones que se derivaban de la Carta de Río.

Se puede decir que aunque minoritaria, con respecto a la totalidad del profesorado, fue una participación más directa, más de gestión y de equipo para avanzar hacia una educación más liberadora, basada en el eje fe-justicia. Como en el primer proyecto, se trata de defender la fe, pero de una fe que se quiere suscitar en su interrelación con la justicia. Se trata ahora de formar agentes cambios sociales, con una opción preferente por los pobres.

Hay un propósito que no es una simple iniciativa de la Iglesia o de la Compañía de Jesús a la cual el laico se pliega. No, ahora se trata de un propósito común que interesa a ambos (jesuitas y laicos) por igual. Envuelve, pues, un modo de participación distinto que desembocará en la elaboración de un cuerpo de disposiciones que aclaren la intención, el rumbo y el modo de funcionar el colegio, para responder a esa carencia que había sido advertida por todos los sectores desde los comienzos de la crisis. Se trata de las “Directrices y Normas” del Colegio San Ignacio, publicadas en 1977.

El trabajo de estos años también reclama de toda la comunidad atender el problema de los costos de la educación. Se generaliza el reto de que nadie que presente el perfil para ingresar al colegio, se quede fuera por razones económicas. Para atender esta situación, se crea en 1976 la Asociación Fondo Educativo San Ignacio (AFESI). Es una iniciativa para organizar y maximizar todo lo referente al plan de becas escolares del colegio y de otras obras educativas de menos recursos. De este modo se aprovecharían mejor los aportes que daban diversas personas: padres y representantes, ex alumnos, amigos del colegio, etc..

En estos años setenta, el colegio con el apoyo de CERPE, desarrolló dos proyectos. El primero, “Ensayo en cinco secciones del primer año Ciclo Básico Común”. El segundo, “Planificación de una sección del primer año del Ciclo Diversificado, especialidad Humanidades”. Nos referiremos a este segundo, el proyecto de Humanidades.

Los fundamentos del mismo eran: “El proyecto supone la existencia de una realidad nacional que necesita desarrollarse y transformarse y es precisamente el alumno ‘Humanista’ de hoy (futuro dirigente del mañana) quien debe diagnosticar, acelerar e instrumentalizar ese cambio”²⁴. El punto de partida es, pues, un proyecto basado en análisis de experiencias que conducen al alumnado hacia planteamientos teóricos – prácticos, sobre la realidad mundial, latinoamericana y venezolana²⁵. “Se trata por tanto, siguiendo los objetivos del Ideario del Colegio San Ignacio, de preparar y enfrentar muy pronto a los humanistas con la sociedad que tratan de analizar y transformar”²⁶.

²⁴ CERPE - CRIDE. Doc. 3810

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

Para nosotros el proyecto siempre fue un escenario muy propicio para que en él se pudiera demostrar que toda aquella pedagogía orientada a formar “los agentes de cambio social” en la dimensión fe - justicia, era realizable en la práctica colegial. El proyecto lo llevarían adelante laicos y jesuitas. Se realizaría en dos años. Nadie podía ingresar al quinto año si no había cursado el cuarto año de humanidades en el colegio.

Nosotros le dedicamos catorce años a ese proyecto (1975-1988). Durante ese tiempo, ejercimos en algunos lapsos la coordinación del proyecto, fuimos profesor guía y responsable de las cátedras de Historia de Venezuela, Geografía Económica de Venezuela, Sociología y Codirector de teatro. El plan comprendía cinco áreas académicas, aparte de lo relativo a la formación religiosa. Las áreas eran: Filosófico-Matemática; Lingüística; Socio-Política; Literario-cultural; y Actividades complementarias. Dentro de éstas, se pueden citar: Dinámicas de Grupo, Periodismo (EDASI), Música (Coral de mayores junto con alumnos de otros cursos), Pintura, Deportes, Teatro (a esta actividad se le dio especial importancia por el amplio carácter formativo que encerraba: Solidaridad, espíritu de equipo, aceptación de críticas, respeto a la persona, ejercicios de lectura y memoria, amén de todo lo que giraba alrededor de la obra escogida; autor, época, temática, etc.). Una actividad que también benefició a los Humanistas aunque no era exclusiva de ellos, fue la de los Cine Forum organizados por el P. Alberto García Pascual y en la que yo le ayudaba dirigiendo los foros.

Los criterios de admisión al Proyecto Humanidades eran exigentes. Se trataba de buscar los aspirantes que, de una manera más notoria, mostraran una afinidad mayor -por sus aspiraciones, intereses y proyectos - con el mundo humanístico. Para hacer la selección, diseñamos un propedéutico de dos o tres días, durante los cuales debían responderse una serie de tests sobre diferentes materias, a saber: valores religiosos y morales; realidad venezolana; aspectos importantes sobre educación; conocimientos en asignaturas humanísticas, matemática e inglés. Las pruebas las preparaban y corregían el coordinador y los dos guías, quienes también se ocupaban de las entrevistas con el alumno y sus familias. Los tests psicológicos corrían a cargo del departamento de Psicología.

Los alumnos del colegio no tenían ingreso automático; por tanto debían realizar también el propedéutico y en alguna oportunidad no se admitió a un alumno que venía del colegio. Esta búsqueda del aspirante ideal, fue lo más difícil

del proceso y a pesar de la amplia batería de pruebas, ya señalada, muchas veces no acertamos con algunos de los admitidos. Los criterios de permanencia fueron igualmente estrictos, y alguna vez decidimos no darle inscripción para 5º año a unos alumnos con excelentes notas académicas, porque su actuación general estaba totalmente reñida con el Ideario del colegio.

El proyecto con sus idas y venidas, ha continuado su marcha, y hoy en día, pienso que las posibilidades de que las Humanidades del Colegio cumplan a cabalmente las expectativas planteadas, son muy firmes, porque en el equipo actual permanecen docentes que conocen el proyecto desde sus orígenes y sobre todo porque este equipo actual ha venido recibiendo una formación permanente que asegura la fidelidad de los resultados, desde el punto de vista de la “ortodoxia” ignaciana de hoy en día.

Para mediados de los setenta, ya estaba yo bien sumido en el ámbito educativo con la Compañía de Jesús en tres frentes:

- 1) Como formador de jóvenes, al frente del proyecto Humanidades al cual le dediqué unos cuantos años de mi vida - como quedó dicho - por considerar firmemente que constituía una opción válida para trabajar por ese país tan maltratado por múltiples calamidades.
- 2) Como formador de formadores en la Escuela de Educación de la UCAB, durante unos doce años aproximadamente, como profesor de Historia de Venezuela y de Historia de la Cultura. Y en la Escuela de Filosofía al frente de la asignatura Cátedra de Venezuela, como parte de la reorganización que el P. Arruza, adelantaba en esta Escuela.

En un país donde en los últimos tiempos los institutos de formación docente han estado dominados por el pensamiento laicista, estas escuelas representan unas instancias invaluable para contrarrestar el monopolio ideológico en tan delicada materia y al mismo tiempo garantizar la formación de laicos formadores de formadores con una formación humano- cristiana. De otro modo, la denuncia de Pietropaoli a comienzos del siglo pasado, sobre la inexistencia del laicado católico, regresaría con nueva fuerza.

- 3) El ingreso al CERPE en 1975. La aparición de este Centro venía a completar los instrumentos que requería mi proyecto personal de dedicarme a la Educación, como el medio eficaz a través del cual se podría cambiar esa sociedad dañada que se había venido configurando desde los años cincuenta y que a partir de 1974 iniciaba el desborde.

En este sentido, era comprensible crear una institución que se orientara a estudiar técnica y críticamente la educación y tratara de mejorarla a través de la labor investigadora. Mi trabajo en el Centro estuvo centrado en la investigación histórica para la elaboración de algunos números de la serie "La Educación en Venezuela". También trabajamos en los RAE (resúmenes analíticos en educación) para difundir las investigaciones que se estaban realizando en Venezuela. Nos ocupamos asimismo de la preparación de materiales didácticos. Publicamos entonces tres folletos dedicados al estudio de la Historia de Venezuela; el libro de lectura "Mi Gente", concebido para destacar, a través de actividades de comprensión, reflexión aplicación, los valores de algunos personajes claves de la vida nacional, entre los cuales se incluían: los partidos políticos, el petróleo, el barrio, y la misma Venezuela, como protagonista estelar. Nos correspondió también colaborar con la Distribuidora de Estudios en la revisión de algunas de sus publicaciones, entre las cuales podemos citar a "Angelito". La correspondencia plena del solape de las tres instancias no la pudimos mantener sino tres o cuatro años, porque resultaba demasiado exigente una jornada que comenzaba a las 7.30 a.m. en el San Ignacio y concluía a veces sobre las 10,30 p.m. en la UCAB.

En los años ochenta, durante el rectorado del P. Alejandro Goñi, se tomaron algunas acciones que bien pueden considerarse favorables a la participación laical.

- Se avanza en la línea de darle mayores responsabilidades a los profesores y empleados laicos dentro de la organización y funcionamiento del colegio. Me correspondió el honor de haber sido designado primer director seglar del plantel. Ejercí el cargo desde 1982 hasta 1988. Se tomaba una decisión que no debería tener marcha atrás y por eso a partir de mi cuarto año de

gestión comencé a preparar -en el pleno sentido de la palabra- a la persona que me sustituiría, la cual, gracias a Dios, ha respondido con creces.

Compartí con los Rectores con quienes trabajé, P. Goñi y P. Azcune, una relación de excelente entendimiento, mutuo apoyo y gestión compartida en la dirección del colegio

Fue prioridad de esa dirección, organizar y robustecer a la comunidad educativa. Se trabajó desde SIPRE en la designación de los delegados (padres y madres), cuyas actuaciones se han convertido en una importante instancia, organizada y constructiva, de participación laical en la vida del colegio. También se definió y exigió un compromiso de los Padres y Representantes con el colegio para involucrarlos en la situación global del mismo (religiosa, académica, económica) y en su destino, de acuerdo al Ideario, cuya segunda versión se publicaría en 1984.

Se continuó la política de atender al problema del costo de la educación para favorecer a los más necesitados. En esta oportunidad lo que estaba planteado era sustituir a AFESI, que era una asociación, por una fundación, pues ésta superaba los impedimentos legales para recibir donaciones y realizar otras operaciones que le estaban vedadas a las asociaciones. De este modo, las posibilidades de colaboración de los benefactores mejoraban cuantitativa y cualitativamente en beneficio de la institución -que ahora se llamaría FUNDAFESI- y de los becados que atendía. De igual modo se fortaleció el CESI y se le otorgó una participación más amplia al alumnado y una mayor responsabilidad, a través de sus delegados de curso.

En 1988 al dejar la dirección me encargué de la Coordinación del Comité Curricular desde donde cumplimos una tarea orientada al fortalecimiento de los departamentos académicos. Asesoramos a los departamentos en la ejecución de sus proyectos. En la oportunidad en que se estaba desarrollando el programa de lectoescritura, asumí la coordinación del departamento de Castellano.

El Comité dedicó muchas horas de labor a asesorar el trabajo de los departamentos en cuanto a la elaboración de sus planes de actividades, en la preparación de las pruebas, así como en los criterios y tablas de evaluación. Se trató de aplicar las pautas que habíamos elaborados para la selección y seguimiento de profesores, pero la escasa oferta de los mismos hizo prácticamente irreal nuestro

propósito. El Comité produjo y recibió una gran variedad de materiales sobre los más variados tópicos relacionados con la educación y logró reunir en sus archivos una valiosa muestra ellos para el uso de los docentes. Se trataba de un verdadero patrimonio intelectual donde estaban representadas muchas horas de trabajo de nuestro profesorado.

Paralelamente a mis labores en el Comité, asumí, como docente las clases de Cátedra Bolivariana con los alumnos de noveno grado. En relación a este trabajo quisiera hacer una breve referencia a algunos aspectos de mi práctica docente.

Uno de los aspectos que más tomé en cuenta en mi trabajo con los alumnos fue siempre el respeto hacia ellos. Una nota esencial de ese respeto fue el procurar conocerlos y tratarlos como personas, interesarme por ellos, saber quiénes eran, qué hacían, a qué aspiraban. Desde el primer día les hacía llenar una planilla donde debían consignarme una serie de datos personales, familiares, colegiales y extra colegiales. Durante la primera semana comentábamos dichas hojas y establecíamos una serie de relaciones, de afinidades, que servían para ir conociendo el grupo, los líderes, los aislados, a los nuevos (ubicarlos) y los intereses comunes. Se detectaban cualidades y destrezas individuales, que luego invocábamos a favor del grupo. Esa técnica nos resultó por regla general muy provechosa para desde el comienzo establecer un escenario, un clima y un grupo favorable al trabajo formativo que deseábamos cumplir.

Dos valores que predicábamos constantemente fueron la responsabilidad y la honestidad. Yo siempre les decía a mis alumnos - ellos deben recordarlo - que era muy difícil aprender a ser responsable y honesto, si no se tenía la posibilidad real de no serlo. Mientras más nos esmeráramos en perfeccionar la vigilancia y el control solamente, sin aprovechar todas las oportunidades posibles para suscitar en ellos conductas responsables y honestas, absolutamente convencidas, bien poco estábamos logrando en esa materia.

Algunas asignaturas, especialmente las de Sociales, se prestan para elaborar exámenes con preguntas para reflexionar, hacer análisis crítico, redactar un trabajo personal, etc. No eran por tanto pruebas memorísticas, ni las respuestas fácilmente localizables en los textos. Éstas eran las que usualmente utilizábamos en nuestras evaluaciones. Además, con bastante frecuencia los dejábamos solos trabajando en el salón, la duración de las ausencias era variable y tampoco se daban siempre, a

veces permanecía todo el tiempo con ellos. Siempre procuré que no percibieran aquel mecanismo como una trampa o una jugarreta mía; por el contrario les hice ver que eran oportunidades para formarse, para proceder libremente y para que aprendieran a actuar según sus convicciones, según su conciencia y no por el premio o el castigo. Yo solía conversarles sobre la falta de sentido que para mí tenía desaprovechar hora y media de mi tiempo en vigilarlos -lo cual consideraba hasta ofensivo para con ellos- en lugar de dedicarme a leer, escribir, meditar, atender a otra persona y hasta descansar.

Antes de terminar la prueba, que siempre la entregaban todos juntos al final, les pedía que me escribieran en la parte superior dos calificaciones: una nota sobre la parte de conocimientos ¿cuánto crees tú que mereces según lo que escribiste? y la otra, ¿cuánto te asignas en honestidad?. No le permitía a nadie inhibirse, no me importaba que contestaran lo que quisieran, pero que se enfrentaran a la exigencia. Como es usual en estos casos, al comienzo una mayoría no le otorgó mayor importancia, pero como el procedimiento se mantuvo y no hubo respuesta, sobre todo de las más curiosas, que no mereciera una reflexión, la gente fue comprendiendo el sentido de todo aquello y mejoraron ostensiblemente tanto la respuesta de conocimientos como la conductual. Como es lógico suponer, dentro de una curva de Gauss, las conversaciones más extensas las dedicaba a los casos extremos. Este sistema lo apliqué varias veces, sobre todo con los alumnos de tercer año (9º grado).

Entre 1994 y 1999 desempeñé el cargo de Director General Sectorial de Archivos y Publicaciones de la Presidencia de la República. Desde allí mantuve mi relación con el colegio, con CERPE y con los jesuitas en general. Desde esa posición pude colaborar con varios padres y hermanos de la Compañía de Jesús y algunas de sus instituciones, especialmente las bibliotecas.

La relación de estos hechos pone de manifiesto en términos generales cuál ha sido el comportamiento del laico en diferentes momentos de la historia nacional y colegial. En lo personal, el relato me deja claro que Dios Nuestro Señor nos quiso siempre para la educación, y digo nos, porque si yo intenté varias veces ir por rumbos diferentes a ella, también mi esposa quiso ser bioanalista antes que profesora. Cursó un par de meses como alumna del San Ignacio en el preuniversitario en Biología que funcionaba en la UCAB. Luego de graduarse conmigo en Estudios Internacionales en la UCV, como maestra graduada dio

clases de Patrias en tercer grado en el San Ignacio el año 1970. Al año siguiente se fue trabajar con las Hermanas de San José de Tarbes hasta la fecha.

Son incontables los muchachos y muchachas que han pasado por nuestras manos y a los que tratamos de ayudar a ser personas. Es un valioso patrimonio que nos pertenece y por el que te damos gracias, ¡Señor!

Año 1999

En septiembre de 1999, una vez cumplido mi trabajo con las publicaciones de la Presidencia de la República, me incorporé a la Asociación de Antiguos Alumnos (ASIA), e igualmente regresé al Centro de Reflexión y Planificación Educativa (CERPE).

En ASIA, como director ejecutivo, encargado de cumplir los mandatos de la junta directiva, que desde comienzos de los noventa estaba cumpliendo un plan de rescate de la Asociación, debilitada significativamente en los últimos años en sus vínculos con el colegio. Restablecido ese lazo, se quería ahora (1999) fortalecer la institución, ampliando el número de sus asociados. Ésta ha sido una de las tareas más importantes que hemos venido cumpliendo. Se sabe que existen tres tipos de ex alumnos: aquellos que al mismo tiempo son padres y representantes del colegio, por tener a sus hijos y a veces también a las hijas inscritos en el colegio; en segundo lugar, aquellos que sin ser papás mantienen una estrecha relación como benefactores del colegio y de la Compañía; finalmente, los egresados que después de graduados se alejan de tal modo de la institución que se desconoce de ellos su ubicación y destino. Hemos logrado incrementar el número de afiliados de las dos primeras clases.

Este fortalecimiento de ASIA corresponde a la línea de la Compañía de Jesús de promover al laico, sobre todo si se piensa que el antiguo alumno es – como ya hemos dicho en otra oportunidad – un laico de excepción, pues se supone que la formación recibida puede constituir ahora un terreno propicio para que fructifique el proceso de actualización al cual desee acceder, no sólo como antiguo alumno de su colegio, sino de la Compañía de Jesús en general. Aunque parezca paradójico, creo que mientras más firme y clara sea la vinculación con la obra a la cual se pertenece, mayor debe ser la disposición a entender y aceptar la “corresponsabilidad apostólica” de la que ya hablamos anteriormente.

Para despertar el interés de los antiguos alumnos, se ha restablecido la publicación del boletín de ASIA, del cual se han publicado hasta la fecha nueve números. Se promovió en 1999 el III Congreso de antiguos alumnos de la Compañía de Jesús y el próximo mes de mayo tendrá lugar el IV Congreso, cuya temática versa precisamente sobre este punto de la participación del laico. Se han organizado encuentros deportivos, se ha participado en la verbena del colegio y en algunos encuentros informales para propiciar el reencuentro de ex alumnos. En dos oportunidades hemos celebrado “El Día del Antiguo Alumno”.

La asociación está apoyando directa y efectivamente a las principales organizaciones colegiales de acción social, como son: FUNDAFESI (Plan de becas y otros programas relacionados con la calidad educativa del colegio) y OSCASI, con los programas sociales que promueve en algunas zonas marginales.

Está comenzando a ponerse de manifiesto que existe un grupo de antiguos alumnos interesados en participar en los cursos de formación que la Compañía está promoviendo, a fin de constituir un contingente de laicos muy calificados como “Compañeros de Jesús”, capaces de pertenecer al “sujeto apostólico de la Provincia”. Deberían ser las ASIA de Venezuela los objetivos fundamentales de esta acción formativa, precisamente por los antecedentes que tienen sus asociados.

El otro campo donde ahora estoy ubicado es el CERPE. En 1975 participé en la fundación de este Centro, que significó para mí una ocasión privilegiada de poner por obra mis proyectos apostólicos y profesionales en ese momento. Mi regreso a esta institución tiene en este momento para mí dos significados muy especiales, uno de carácter institucional y otro personal. Institucionalmente CERPE ha aceptado una reestructuración que le confiere mayor protagonismo en la cuestión educativa, sobre todo en lo específicamente relacionado con la Compañía de Jesús y sus propios planes y proyectos, pues se abre otra perspectiva enmarcada en los procesos de deliberación apostólica que está efectuando la Compañía de Jesús. En este sentido, CERPE pasa a ser la Oficina de Educación de la Provincia de Venezuela. Se mantiene la tarea investigativa que el Centro aplicaba a la realidad venezolana, pero debe asumir ahora como prioridad el desarrollo de las políticas educativas de la Compañía. He encontrado, pues, al CERPE con nuevas perspectivas más adecuadas a las exigencias de los tiempos actuales.

En lo personal tengo la satisfacción de encontrarme de nuevo con un compañero de ruta desde los viejos tiempos de los años 60, el actual director del CERPE, P. Javier Duplá. Son muchas las vivencias y anécdotas desde los tiempos en que estudiábamos la carrera de Educación en las viejas aulas de la UCAB en la Esquina Jesuitas. Vayan estas líneas como testimonio de amistad y de buenos auspicios por la obra que ahora juntos tenemos entre manos.

Apuntes para una espiritualidad del Educador Cristiano

Antonio Pérez Esclarín

Los educadores cristianos asumimos la educación como una propuesta evangelizadora-liberadora para que los alumnos puedan desarrollar todas sus potencialidades y realizar a plenitud sumisión en la vida. Esto implica el cultivo de su espiritualidad, de modo que el alumno pueda abrirse a la vivencia de una fe que se expresa en el servicio solidario de los más débiles y pequeños, y en el empeño tenaz por colaborar en la construcción del Reino de Dios en la tierra.

Asumimos que la espiritualidad tiene que ver con la manera de ser cristiano hoy, en tiempos de globalización y también de brutal exclusión, donde el individualismo más feroz y la codicia se presentan como virtudes fundamentales, y donde el seguir proponiendo la solidaridad, el servicio, la justicia, el amor eficaz, la opción por los perdedores..., aparece cuando menos como algo anacrónico, *demodé*, completamente trasnochado. Si la espiritualidad consiste en seguir a Jesús y es un caminar según el Espíritu, no podemos dejar de contextualizar ese seguimiento, ese caminar, en un mundo (Pérez Gómez 1998) de absoluto relativismo cultural y moral, donde se impone cada vez con más fuerza la ética del todo vale, la tolerancia superficial entendida como ausencia de compromiso y orientación, la competencia salvaje, el individualismo egocéntrico junto al conformismo social, el reinado de las apariencias, de las modas, del tener sobre el ser, la exaltación de lo efímero y cambiante, la obsesión por el consumo, consecuencias lógicas de una forma de concebir las relaciones económicas, que condicionan la vida de los seres humanos, reguladas exclusivamente por las leyes del mercado. El mundo se ha convertido en un gran supermercado que nos ofrece

saciar todos los caprichos que el mismo mercado nos recrea permanentemente. Por eso, abunda también la religión a la carta, de acuerdo al consumidor. En el bazar de las creencias, todo vale por igual : horóscopos, tarot, astrología, sectas, gurús, pentecostalismo, libros de autoayuda, sectas. En palabras del jesuita centroamericano Benjamín González Buelta, “cuando la Iglesia Latinoamericana ha comenzado a mirar hacia abajo, el imperio nos está invadiendo de sectas que nos invitan a mirar hacia arriba”.

Tenemos así la proliferación de una religiosidad hecha a nuestra medida, muy cómoda, sin exigencias ni prójimo, con el único DIOS MERCADO, que nos ofrece una felicidad reducida a los meros niveles del consumo y rebaja los sueños a conseguir objetos de marca que nos distingan y nos siembren la ilusión de que somos superiores y mejores. La esperanza anda desrumbada y agónica. Nieva mucho y fuerte en los corazones que buscan calor llenándose de cosas.

Seguir a Jesús hoy

Los cristianos debemos comenzar por preguntarnos qué significa seguir a Jesús hoy, a comienzos del siglo XXI, no vaya a ser que nos suceda como a los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13 y ss) que no lo reconocieron a pesar de que caminaba a su lado. Ellos buscaban al Jesús muerto, al Jesús de sus ideas y recuerdos, no al Jesús vivo, al resucitado. Tal vez también nosotros no estemos reconociendo a Jesús porque seguimos empeñados en buscar a un Jesús que ya no existe, el Jesús de nuestra infancia, el Jesús de ayer, el que nos propone una religión acomodaticia y poco exigente.

De ahí la necesidad de leer la realidad de los tiempos que vivimos, en lo que se ha venido a llamar “crisis de civilización”, a la luz del evangelio, para que seamos capaces de leerla con el corazón de Dios y seamos fieles y eficaces en el seguimiento al Jesús vivo, que continúa caminando a nuestro lado.

Para los cristianos, Jesús nos hizo una doble e importantísima revelación: en primer lugar, nos reveló cómo es Dios, pues los hombres se habían hecho una imagen falsa de Él y lo estaban presentando como un Ser lejano e inaccesible, como un Tirano, como Dios de la violencia y de la guerra... Había sucedido lo que tan acertadamente expresara Feuerbach: Según la Biblia, Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza; y los hombres le pagaron con la misma moneda: se

hicieron un Dios como eran ellos: pequeño, mezquino, vengador... Jesús acabó con tanta confusión y nos reveló a Dios como Padre, un Dios-Amor, un Dios Solidario que se conmueve ante el clamor del desvalido, del huérfano, de la viuda, del pobre, y en la locura de su pasión por los más necesitados, nos envía a su Hijo para que nos enseñe el camino de la filiación y de la vida plena. Por eso, en segundo lugar, Jesús nos reveló también lo que significa ser hombre. Cuando nos invita a seguirle, no nos ofrece una vida insípida e incolora, sino que nos está proponiendo el camino hacia la plenitud, a la auténtica realización como personas. Jesús es la respuesta a todas las preguntas esenciales, esas preguntas que nos enfrentan al misterio de la existencia y de la vida que hoy evade la humanidad, porque si se las planteara con responsabilidad y se atreviera a responderlas con sinceridad, tendría necesariamente que cambiar de rumbo.

Jesús es camino para ir al Padre, para reconocer al otro como hermano y para, al vivir las exigencias de la filiación común, fundamento de la fraternidad, encontrar la plenitud. Es, por ello, *camino y meta* al mismo tiempo. El Padre común nos convoca a vivir la solidaridad efectiva, que haga posible la fraternidad. De ahí que frente a todo intento de dualismo que ha entendido la espiritualidad como oposición a carnalidad, o como huida del mundo, vivir espiritualmente o según el Espíritu, debe significar la manera en que los seres humanos se trascienden a sí mismos hasta alcanzar las posibilidades últimas de la existencia. Como tal, la espiritualidad implica a la vez el conocimiento del significado más profundo de la existencia humana y el compromiso de hacerlo realidad. Si realmente creemos que Dios es Amor y que todos somos amados incondicionalmente por Él, debemos convencernos de que nacimos para la felicidad. Dios quiere para todos y cada uno de nosotros vida, vida en abundancia. Como Padre infinitamente bueno quiere que todos disfrutemos de condiciones de vida dignas y vivamos felices. Todos decimos que queremos ser felices pero no buscamos la felicidad. La confundimos con su mero reflejo y la buscamos en las cosas materiales. Creemos que la felicidad consiste en conseguir el objeto de nuestro apego y no queremos entender que la felicidad está precisamente en la ausencia de los apegos, y en que ninguna cosa se adueñe de nuestro corazón. Como ha escrito magistralmente Frei Betto, “todo ser humano es un peregrino de lo Absoluto. Exceptuando a Dios, nada nos sacia. Y como Dios habita en la profundidad del Amor, tanteamos en busca de ilusorios consuelos, incurriendo en la ambición que nos hace confundir las cosas”.

Ahora bien, si realmente creemos que Dios es Amor, creemos que todos somos incondicionalmente amados por El y creemos que estamos llamados a amar a Dios, a amarnos nosotros y amar a los demás, debemos transformar el amor *en servicio, en solidaridad*, nuevo nombre de la caridad. El amor es esencialmente acción. Es la fuerza dinámica del servicio práctico. El que ama de verdad, no sólo está dispuesto a darlo todo, sino que está dispuesto a *darse*. Amar al prójimo como a mí mismo me exige querer para él la misma educación, vivienda, modo de vida que quiero para mí y para los míos y comprometer mi vida en hacer eso posible. La defensa de los derechos humanos, se convierte en la obligación de hacerlos posibles. En definitiva, el amor es un principio de acción, una entrega comprometida a cambiar y combatir todo lo que impide la vida humana de los demás, especialmente de los hermanos más débiles y pequeños, los pobres, los excluidos, los despreciados, los ancianos y desvalidos, los indígenas, los sin techo y sin escuela, todos aquellos con los que Jesús se identificó y por los que nos juzgará en la hora definitiva: *“Lo que hicieron a uno de esos hermanos más pequeños, me lo hicieron a mí” (Mateo 25,40)*. Seguir a Jesús implica, por consiguiente, un compromiso con el pobre, con el excluido, con el necesitado, con el débil, con todos aquellos a los que se les niega la vida, en los que Dios se oculta y al mismo tiempo se revela. Traduciendo todo esto al campo educativo, seguir a Jesús es optar por el alumno más necesitado, más débil, más problemático, viendo en él al propio Jesús. El amor se transforma en servicio, en solidaridad, como expresión de la genuina libertad cristiana y como camino para vivir la plenitud humana y alcanzar la felicidad. Dicho con los versos de R. Tagore :

Yo dormía
y soñaba
que la vida era alegría.
Desperté
y vi que la vida era servicio
Serví
y vi que el servicio era la alegría.

El seguimiento supone un encuentro previo con Jesús y una conversión

Para seguir a alguien, es preciso haberse encontrado primero con él. El encuentro con Jesús, un encuentro buscado por Él, es el fundamento de toda espiritualidad cristiana. *“No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido y los he puesto para que vengan y den fruto” (Juan 15, 16)*. El ser sujetos de la predilección de Dios, sujetos de su elección, el captar la gratuidad de su amor especial, el sabernos elegidos como educadores para continuar sumisión recreadora y humanizadora del mundo, debe llenarnos de agradecimiento, alegría y estímulo para tratar de vivir las exigencias de esa predilección especial. Por mucho que uno dé, nunca podrá devolver ni siquiera una mínima parte de lo mucho que hemos recibido. Porque se nos ha dado mucho, debemos mucho a los demás, pues Dios nos eligió para hacerse presente por nuestro medio en ellos. Todos somos hijos de Dios, pero somos pocos los que lo sabemos y lo experimentamos, y por eso tenemos el deber de enseñarlo con nuestra vida a los demás.

El encuentro con Jesús, el ser encontrado y elegido por Él, la invitación a seguirle, implica caminar a su lado, no tanto hablar o reflexionar sobre el camino. Una profesión de fe sin seguimiento sirve de muy poco. Seguir a Jesús es (Peresson 1999) “proseguir su obra hasta conseguir el Reino”, lo que exige, sobre todo, ser solidario: “Jesús fue un hombre solidario y todo su mensaje y acción viene a ser anuncio y realización de una solidaridad sin fronteras”. La práctica inclusiva de Jesús no permite que sus seguidores tengan prácticas excluyentes por razones de género, raza, cualidades, condición social...

Jesús (Peresson 1999) “invirtió completamente las estructuras de la sociedad: en lugar de acumulación de riquezas injustas, planteó el compartir en solidaridad; en lugar del poder absoluto y aplastante, propuso el servicio; en vez del prestigio excluyente, reconoce y valora en cada persona su dignidad de hijo hija de Dios, y la igualdad fraternal; y sustituyó el peso aplastante de los preceptos y leyes humanas por el primado del mandamiento nuevo del amor que nos hace libres”. Por ello, el seguimiento de Jesús exige una profunda *conversión*, una ruptura con el modo en que el mundo ve la realidad y entiende la vida, la felicidad, la plenitud de aceptar la locura de que el único modo de ganar la vida es perderla, locura de incluir en el corazón y en el proyecto de vida a los excluidos que son los predilectos de Dios.

Los seguidores de Jesús debemos atrevernos a mirar la realidad con los ojos de los pobres para ver las cosas como son y no aceptar las explicaciones y análisis de los que buscan que todo siga igual y nada cambie. Desde los pobres, como ha escrito Jon Sobrino, “se ve mejor el mundo como es, no se aprisiona su verdad. Pero como esa realidad es pecado y como el pecado busca siempre ocultarse, pasar desapercibido o incluso hacerse pasar por lo contrario, llegar a ver el mundo desde los pobres es también conversión; objetivamente, en contra de las apariencias, y subjetivamente, en contra del propio interés que busca hacer coincidir la realidad con lo deseable para uno. La opción por los pobres es, pues, antes que nada, una opción por la verdad, por ver la realidad de este mundo tal cual es, una conversión epistemológica radical y una apuesta – verificada después – de que desde los pobres se transparenta mejor la verdad del mundo”.

Por todo esto, el seguimiento a Jesús o caminar según el Espíritu, la espiritualidad, no puede ser entendida como una especie de arrobamiento o embeleso, que nos aísla del mundo y de los demás, sino que debe expresarse en frutos de vida (amor, paz, justicia, solidaridad...), y en oposición al pecado, es decir, a toda actitud y conducta que niega e impide la vida (egoísmo, desprecio, explotación, codicia, idolatría...), es especial al pecado *mortal*, que consiste precisamente en aquellas acciones que causan la muerte de los demás o los condenan a formas de vida inhumanas. Renunciar a la carne y vivir según el Espíritu es estar siempre disponible para Dios y para los demás. Ofender a Dios es negar al hermano.

La conversión no se hace de una vez por todas, sino que implica un esfuerzo permanente por ser fieles al Espíritu de Jesús, por seguir caminando a su lado en el servicio a los demás, sobre todo a los más pobres y necesitados. Esto implica aceptar las propias debilidades como propuesta de superación continua, sabiendo que Dios conoce nuestras flaquezas y traiciones y las perdona antes y más profundamente de lo que lo hacemos nosotros mismos. Dios parece hablar el lenguaje de los waraos que, para decir perdón, dicen *olvido*.

Por constatar lo difícil de un caminar a contracorriente, tachado como locura o absurdo por el mundo, y constatar la fragilidad de una conversión siempre amenazada por los halagos de una cultura que cuelga sus baratijas en nuestras flaquezas, necesitamos hoy mucho de la oración. Para vivir y hacer vivir, para amar y hacer amar, para reír y hacer reír, necesitamos espacios de soledad y oración.

Para los cristianos, la cruz no es la última palabra. Es paso, es pascua, a la vida. El Padre resucitó a Jesús y quedaron derrotados la muerte y sus heraldos. El verdugo no triunfó sobre la víctima. Por eso, el cristiano vive su espiritualidad como esperanza, y frente a las antiutopías del presente que niegan el futuro, afirma con pasión el Reino y entrega su vida a hacerlo presente. Seguir a Jesús y aceptar a Dios como Padre es vivir abierto al futuro, aferrado a la esperanza, sin la cual no se concibe el amor. Esperar (Bazarra, 1999) “es ir por el mundo sembrando, arriesgando. Ser hijo es tener siempre una esperanza, algo por lo que luchar, por lo que vivir”. La fe nos obliga a ser utópicos. Jesús nos ordenó que buscáramos el Reino, la fraternidad, y nos dijo que, al buscarlo, de algún modo ya se hacía presente entre nosotros. Los educadores cristianos debemos ser sembradores de esperanza y trabajar con pasión por la transformación profunda del mundo que vivimos. Es urgente, en consecuencia, que recobremos nuestra vocación profética para denunciar los ídolos que causan la muerte (violencia, opresión, avaricia, corrupción, injusticia...) y anunciar con valor al Dios de la Vida.

Seguir a Jesús como educadores cristianos. La parábola del buen samaritano: el excluido se hace prójimo.

Los educadores cristianos tenemos en la parábola del buen samaritano un modelo claro y concreto de la pedagogía de Jesús (Burone, s.f.):

En esto un jurista se levantó y, para ponerlo a prueba, le preguntó:

- Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

Jesús le contestó:

- ¿Qué está escrito en la ley? ¿qué es lo que lees?

Replicó el jurista:

- Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma, con toda la mente y al prójimo como a ti mismo.

Jesús le respondió:

- Has respondido correctamente: hazlo y vivirás.

Necesitamos encontrarnos con nosotros mismos, y dejarnos encontrar por Dios, para que Él señale los pasos de nuestra vida y nos dé la fortaleza para andarlos.

La oración no puede ser sustituto del caminar, del seguimiento, pero no es posible seguir adecuadamente a Jesús sin oración. Una oración que transforme la vida, que dé fruto, que se traduzca en disposición a cambiar, en fuerza para seguir, en cercanía a los demás. Necesitamos orar mucho para ser fuertes, para comprometernos verdaderamente en vez de hablar tanto y tan bonito del compromiso. La oración proporciona fuerzas para perseverar, para seguir firmes a pesar de los fracasos. Sólo con una vida de oración es posible mantener viva la esperanza, reavivar la utopía, permanecer fieles en la solidaridad. Una oración que no mueva al servicio, que no se traduzca en cercanía con el prójimo, es una oración estéril. En vez de ser una súplica humilde y confiada o un diálogo con el Dios de Jesús para conocer sus pasos y tener la fuerza de seguirlos, es un monólogo narcisista con uno mismo.

Seguir a Jesús implica aceptar la cruz y anunciar la esperanza de su resurrección.

Si hoy sólo se puede ser cristiano en el servicio eficaz a los más pobres y aceptamos que vivimos en un mundo donde impera la muerte pues niega la vida, o una vida digna a las mayorías, seguir fielmente a Jesús pasa necesariamente por aceptar también su cruz. El rechazo de la pobreza desde la solidaridad con los pobres, el optar por los cristos rotos de Latinoamérica, el entender la fe como un compromiso de ayudar a bajar de la cruz al pueblo crucificado, implica estar dispuesto a correr la propia suerte de ese pueblo. Jesús sigue crucificado en los crucificados de nuestra historia. Por eso está en la cruz gritando por la vida y por la resurrección. “Jesús de Nazareth, solo entre el cielo y la tierra, clavado en la cruz de todas las injusticias, de todos los egoísmos y pecados, clavado en la cruz de todos los crucificados de esta tierra, nos entrega su vida para que seamos hombres y mujeres de esperanza. También hoy es posible decir ‘todo está cumplido’ ante el juicio del mundo que sigue clavando a hombres y mujeres en las tantas cruces de cada día, porque a través de nuestras muertes podemos creer en la esperanza, en la utopía, en la vida a pesar de que parece que sigue imperando la muerte. Desde la cruz, Jesús nos grita que sí es posible la vida, que es posible la resurrección. Nos está gritando que su causa, la causa de Dios, no ha muerto y debemos continuarla” (Martínez, 2001).

El jurista, queriéndose justificar, preguntó a Jesús:

- ¿Y quién es mi prójimo?

Jesús le contestó:

- Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Tropezó con unos bandoleros que lo desnudaron, lo cubrieron de golpes y se fueron, dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo. Lo mismo un levita, llegó al lugar, lo vio y pasó de largo. Un samaritano que iba de camino llegó a donde estaba, lo vio y se compadeció. Le echó aceite y vino en las heridas y se las vendó. Después, montándolo en su cabalgadura, lo condujo a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al posadero y le encargó: Cuida de él, y lo que gastes te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que tropezó con los bandoleros?

El jurista contestó:

- El que lo trató con misericordia.

Y Jesús le dijo:

- Ve y haz tú lo mismo. (Lucas 10, 25-37)

Primera lección: Los valores no se recitan, se viven

El jurista sabía perfectamente lo que había que hacer para heredar la vida eterna: amar a Dios y al prójimo. Jesús reconoció que su respuesta era correcta, pero enseguida le añadió que, si quería tener vida, debía practicar lo que sabía. El saber lo que hay que hacer no sirve de nada si no se practica. No se trata de recitar el catecismo, dar excelentes clases de moral o proponer una serie de valores, si no se viven. Por eso, cuando el jurista le pregunta “¿quién es mi prójimo?”, Jesús no le da una lección teórica, sino que le echa un cuento para que descubra quién se hizo prójimo en la acción práctica del servicio solidario. No se trata de enseñar teorías, definir valores, sino de hacerse prójimo.

El educador cristiano, que trata de seguir a Jesús Maestro, debe practicar la pedagogía del testimonio, de modo que sus alumnos lo perciban como una persona que se esfuerza por vivir lo que propone, de modo que puedan encontrar en él un modelo para sus vidas. Jesús siempre vivió lo que decía proclamaba. Su palabra fue siempre acción.

Segunda lección: vio y se compadeció

Hay que ver las heridas de los demás, pero no basta con ver. El levita y el sacerdote vieron al hombre golpeado y herido, pero siguieron de largo. Pensaron que ese no era su problema. No le vieron con ojos misericordiosos, no lo miraron con compasión, no se compadecieron de él. Compadecerse significa padecer con, implica sentir, sufrir con el otro, sentir sus dolores. El samaritano sí lo hizo, y por eso se acercó a ayudarlo.

Muchos ni siquiera hoy ven los dolores de los demás. Viven aislados, lejos de los rostros dolientes de los pobres, lejos de tanta miseria, tanta carencia, tanta vida desgranada y rota... Incluso han puesto barreras y murallas para no ver...

El educador cristiano ve al alumno golpeado, humillado, necesitado y no pasa de largo porque lo ve con ojos misericordiosos. Es capaz de escuchar e interpretar sus gritos de rebeldía, su supuesto desinterés, sus profundos silencios... Y se acerca a ayudarlo.

Ve y escucha y enseña a ver y escuchar con ojos y oídos de misericordia. Por eso, enseña la sensibilidad y la ternura, sin las cuales no es posible la solidaridad. En palabras de Peresson, "sólo cuando se llega a compartir la vida y el sufrimiento de los demás, puede surgir la verdadera solidaridad. El dinamismo de la verdadera solidaridad comienza cuando el otro deja de ser extraño y entra a formar parte de nuestra propia vida, de nuestros sentimientos y afectos". Tenemos que sentir el hambre de los otros como nuestra hambre, la falta de trabajo de los otros como nuestro desempleo, el fracaso de los demás como nuestra propia derrota. La educación a la solidaridad nace de un contacto vital con los más necesitados, con los alumnos más débiles, con los golpeados por la vida, por la miseria, por las carencias, por el desamor. Donde los demás pasan de largo, el educador cristiano se detiene, encuentra en el abatido y golpeado al propio Dios y corre en su ayuda.

Sanó sus heridas

La solidaridad no es sólo compasión, sino acción. Es servicio, ayuda eficaz para que el débil y golpeado recobren la salud y la vida. Por ello recurre a todos los medios a su alcance, utiliza las posibilidades del desarrollo científico y tecnológico para ayudar al mayor número posible de personas. Los educadores cristianos

debemos esforzarnos por hacer todo lo posible por sanar las heridas de los alumnos más golpeados, lo que implica mantenernos permanentemente actualizados y en búsqueda para poder realizar nuestra labor sanadora con mayor eficacia. Y trabajamos también por convertir los centros educativos en verdaderas escuelas de solidaridad, de ayuda mutua, de atención privilegiada a los más débiles y pequeños. Si no podemos cambiar el mundo, sí podemos imaginar cómo querríamos que fuera, y empezar a construirlo en nuestras aulas y en nuestras escuelas.

Para terminar, les ofrecemos este bellísimo poema de Monseñor Leonidas Proaño, quien fuera en su diócesis de Riobamba (Ecuador) un gran defensor y fiel amigo de los indígenas. El poema viene a ser un excelente resumen de lo que, con muchas más palabras y menos sabiduría, hemos tratado de decir nosotros.

SOLIDARIDAD

Mantener siempre atentos los oídos

Al grito del dolor de los demás

Y escuchar su pedido de socorro

Es SOLIDARIDAD.

Mantener la mirada siempre alerta

Y los ojos tendidos sobre el mar

En busca de algún naufrago en peligro...

Es SOLIDARIDAD.

Sentir como algo propio el sufrimiento

Del hermano de aquí y del de allá

Hacer propia la angustia de los pobres...

Es SOLIDARIDAD.

*Llegar a ser la voz de los humildes
Descubrir la injusticia y la maldad
Denunciar al injusto y al malvado
Es SOLIDARIDAD.*

*Dejarse transportar por un mensaje
Cargado de esperanza, amor y paz
Hasta apretar la mano del hermano,
Es SOLIDARIDAD.*

*Convertirse uno mismo en mensajero
Del abrazo sincero y fraternal
Que unos pueblos envían a otros pueblos
Es SOLIDARIDAD.*

*Compartir los peligros en la lucha
Por vivir en justicia y libertad,
Arriesgando en amor hasta la vida
Es SOLIDARIDAD.*

*Entregar por amor hasta la vida
Es la prueba mayor de la amistad:
ES VIVIR Y MORIR CON JESUCRISTO
LA SOLIDARIDAD.*

Bibliografía

Bazarra, Carlos (1999), *Muéstranos al Padre*, San Pablo, Caracas.

Burone, Leonel, (s/f), "El desafío de los predilectos". AVEC, Materiales de Apoyo, Documento 61, (mimeo).

Gebara, Ivonne (s/f), "El gemido de la creación y nuestros gemidos" y "Jesús desde una perspectiva ecofeminista", Ediciones El Pueblo, Caracas.

Martínez Munárriz, Ángel (2001), "Visión humana de la vida". Maracaibo (mimeo).

Peresson, Mario (1999), *Educación para la solidaridad planetaria*. Indo American Press y Librería Salesiana, Bogotá.

Pérez Esclarín, Antonio (1999), *Educación en el tercer milenio*. San Pablo, Caracas.

Pérez Gómez, Ángel I. (1998), *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*. Morata, Madrid.

Sobrino, Jon (s/f), *Opción por los pobres* (mimeo)

Este libro se terminó
de imprimir en
Caracas en
mayo del 2002
en los talleres de
EDITORIAL TEXTO, C. A.
